

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otros órdenes de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

útiles 1

Útiles es un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales. Alienta la creación de nuevos terrenos de conflicto en el trabajo precario y en el trabajo de los migrantes, estimula la autorreflexión de los grupos feministas, de las asociaciones locales y de los proyectos de comunicación social, incita a la apertura de nuevos campos de batalla en una frontera digital todavía abierta.

Útiles recoge materiales de encuesta y de investigación. Se propone como un proyecto editorial autoproducido por los movimientos sociales. Trata de poner a disposición del «común» saberes y conocimientos generados en el centro de las dinámicas de explotación y dominio y desde las prácticas de autoorganización. Conocimientos que quieren ser las herramientas de futuras prácticas de libertad.



Esta licencia permite:

- Copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto.

Siempre que se cumplan las siguientes condiciones:

 **Autoría-Atribución:** Deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. El nombre del autor/a y del traductor/a deberá aparecer reflejado en todo caso.

 **No Comercial:** No puede usarse este trabajo con fines comerciales

 **No Derivados:** No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

- Se deberá establecer claramente los términos de esta licencia para cualquier uso o distribución del texto.

- Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones si se obtiene el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, USA.

© 2003. **Precarias a la deriva.**

*Este libro ha sido realizado gracias a la financiación de la Dirección General de la Mujer de la Comunidad Autónoma de Madrid al Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid.

Febrero de 2004

Título:

A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina

Autor:

Precarias a la deriva

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

Edición:

Traficantes de Sueños

C\Hortaleza 19, 1º drcha.

28004 Madrid. Tlf: 915320928

<http://traficantes.net>

e-mail:traficantes@traficantes.net

Impresión:

Queimada Gráficas.

C\ Salitre, 15 28012, Madrid

tlf: 915305211

ISBN:84-932982-

Depósito legal:

a la deriva

por los circuitos de la precariedad femenina

precarias a la deriva

**traficantes de sueños
útiles**

En la elaboración de este libro han colaborado con sus energías e inspiración Marisa Pérez, Andrea Aguilar, Cristina Vega, Maggie Schmidt, Paulina Jiménez, Nerea Fillat, Silvia López, Sania Samichec, Kathrin Herold, Sylvia Degen, Gabriela Molina, Mari Paz Carrizo, Gloria Núñez, Julia Martín, Inés Valcarce, Raspa, Liad, Carolina Junco, Sandra Gil, Nuria García, Belén Macías, Irene García, Soraya González, Toña Medina, Jazmín Beirak, Marina Orfila, Paloma, Cristina, Amaia P. Orozco, Sira del Río, Arantxa Zaguire, María Paredes, Luzmar Quiroga, Gracia Romasanta, Laura Cortés, Ángeles Oliva, María Ruido, María Gómez, Fernanda Rodríguez, Rosa Delgado Pascual, María Serrano, Ruth Rivero, Cristina Peñamarín, Marta Malo y los hombres y mujeres del Colectivo Estrella y del Colectivo Traficantes de Sueños, así como todas las mujeres que participaron en el piquete encuesta del 20j/2002, todas las mujeres que habitan y construyen la Eskalera Karakola cotidianamente y todas las mujeres que han participado en el *Gran Chow*, en nuestros talleres y en cada una de nuestras derivas.

Índice

Advertencia:	11
El proceso:	15
1. El laboratorio de trabajadoras presenta: Precarias a la deriva	17
2. Primeros balbuceos del laboratorio de trabajadoras. El proyecto de «Precarias a la deriva»	21
3. Indypiquete contra la precariedad y la guerra (huelga del 10 de abril de 2003 contra la guerra en Irak)	43
4. Encuentros en la segunda fase. El continuo comunicativo: sexo, cuidado y atención	47
Diarios de viaje:	77
1. Las manipuladoras de códigos I. Relato a tres voces de una deriva con traductoras y profesoras de idiomas	79
2. Las manipuladoras de códigos II. Relato personal de una quinta parada imaginaria en la deriva con traductoras y profesoras de idiomas	91
3. Cuidado entre dos orillas. Relato a tres voces de una deriva con trabajadoras domésticas	97
4. La salud en el alambre: relato de una deriva de una enfermera social	105
5. Sin el mute. Relato de una deriva con teleoperadoras rebeldes	109

Conversaciones:	117
1. Estoy aquí pero estoy allí. Una entrevista con cuidadoras transnacionales	121
2. Al filo de lo imposible. Charla con una <i>chainworker</i> nómada	139
3. De la atención primaria a la asistencia precaria. Una entrevista con trabajadoras del cuidado en el ámbito público	151
4. «Orgullo puta». Hablando con una estudiante y trabajadora del sexo	169
Relatos precarios:	179
1. Cuerpo cuerpo el cuerpo	181
2. La vida en 30 m ²	183
3. Velocidad absurda. Atravesar la barrera del sonido en el espacio/tiempo editorial	187
4. ¿Privilegiada? Sí, pero	193
5. Algunas imágenes de las precariedades en el mundo de la comunicación	197
6. Telefonía erótica sí dígame	205
7. <i>Belle de jour 2003</i>	211
Apuntes de un pensar en proceso:	215
1. Cuidados globalizados	217
2. Inventando barrio, pensando en precario	249
3. Mamá, ¡Quiero ser artista! Apuntes sobre la situación de algunas trabajadoras en el sector de la producción de imágenes, aquí y ahora	259

Advertencia

El libro que tienes entre manos es (junto con un dvd de edición limitada) la primera criatura, polifónica y en proceso, de una trayectoria de investigación-acción sobre la precarización de la existencia (dicha en femenino) emprendida por un conjunto de mujeres con la huelga general del 20 de junio de 2002 y todavía en marcha. Un *frankenstein* coral hecho de remiendos y encuentros en una búsqueda de nombres comunes, singularidades a potenciar, formas de cooperación, resistencia, fuga y espacios de organización desde la multiplicidad.

No es, pues, el resultado de una investigación tradicional, con sus números y su objetualizadora objetividad, ni tampoco siquiera una cartografía exhaustiva de los terrenos afectados por una tendencia inexorable a la precarización laboral y existencial. Se trata más bien del conjunto dislocado y abierto (como dislocado y abierto está nuestro «nosotras») de relatos, diarios y apuntes nacido de una interrogación mutua y crítica sobre nuestros cotidianos, que se interpela a sí misma e interpela a aquellas que encuentra por el camino: ¿cuál es tu precariedad? ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu guerra?. La consigna: partir de sí, para no quedarse en sí (como querría el capital y el patriarcado); desobedecer las segmentaciones y fronteras del capitalismo global integrado para estar juntas y revueltas; aferrar la ciudad-empresa como terreno común y de conflicto: situarse dentro y contra (la precarización, la movilidad forzada, el acceso desigual a los recursos, la explotación, el miedo, la soledad...). Algunas herramientas fundamentales: la deriva, como dispositivo de desconexión del espacio-tiempo enloquecido y rutinizado de la movilización total y de redescubrimiento, con nuevos ojos, ojos comunes, de los circuitos de la precariedad; el taller, como lugar de puesta en común y profundización; y las asambleas, como espacio de autoanálisis, detección de problemas y formulación de algunas hipótesis de trabajo y acción.

El libro está organizado en 5 apartados: en *El proceso* aparece descrita la trayectoria recorrida desde los comienzos de Precarias a la deriva hasta el momento, sus puntos de partida y sus hallazgos, así como algunas reflexiones y lecturas que han ido espoleando nuestros andares. A continuación, *Diarios de viaje* recoge las narraciones de algunas de las principales derivas que hemos

realizado en común. *Conversaciones* incluye cuatro entrevistas realizadas para profundizar en una serie de temáticas que habían aparecido de manera recurrente en las derivas y conversaciones posteriores: la crisis y privatización de los cuidados, las familias transnacionales, el continuo crecientemente capitalizado cuidado-atención-sexo, el trasvase de sexo y afecto en dirección sur-norte, la precarización y cadenización del trabajo de servicios, la movilidad forzada, las prácticas de cooperación contra la precarización de la existencia... En *Relatos precarios* publicamos todos los relatos escritos a raíz de una invitación a narrar la propia experiencia de precariedad en nuestra lista de trabajo, que agrupa a medio centenar de mujeres. Por último, bajo el título *Apuntes de un pensar en proceso* hemos reunido tres textos de inspiración heterogénea que aspiran a hacer algunas contribuciones teóricas: dos de ellos son fruto de un largo proceso de elaboración colectiva (uno sobre la globalización del cuidado, otro sobre una experiencia de autoencuesta de un colectivo juvenil de barrio); el último es una valiosa aportación individual sobre la precariedad en un mundo, como es el del arte, en el que puede parecer tan obsceno hablar de pasta .

Hubo cosas que se quedaron en el tintero, por falta de tiempos. Otras que están por escribir. Puedes seguirnos la pista en <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm> y en la casa okupada de mujeres la Eskalera Karakola (c/ Embajadores 40; Madrid).

el proceso



Precarias a la deriva **(Tránsitos entre trabajo y no trabajo)**

*(No te pierdas su próximo estreno
el viernes 11 a las 16h en la Escalera Karakola)*

Sinopsis: somos precarias. Lo que significa decir alguna cosa buena (acumulación de múltiples saberes, conocimientos y capacidades a través de unas experiencias laborales y vitales en construcción permanente), muchas malas (vulnerabilidad, inseguridad, pobreza, desprotección social) y la mayoría ambivalentes (movilidad, flexibilidad). Pero nuestras situaciones son tan diversas, tan singulares, que nos resulta muy difícil hallar denominadores comunes de los que partir o diferencias claras con las que enriquecernos mutuamente. Nos resulta complicado expresarnos, definirnos desde el lugar común de la precariedad. Una precariedad capaz de prescindir de una identidad colectiva clara en la que simplificarse y defenderse, pero a la que urge una puesta en común. Necesitamos comunicar las carencias y excesos de nuestra situación laboral y vital a fin de escapar de la fragmentación neoliberal que nos separa, debilita y convierte en víctimas del miedo, de la explotación o del egoísmo del sálvese quien pueda. Pero, sobre todo, queremos hacer posible la construcción colectiva de otras posibilidades de vida a través de una lucha conjunta y creativa.

El proyecto

Para empezar a «salir del armario» (como se gritaba el otro día al salir de la iglesia de San José), las trabajadoras inmateriales, del sexo, las empleadas del servicio doméstico, de la hostelería, las huelguistas del Ramón y Cajal,... vamos a empezar a hablar(nos) de nuestras precariedades singulares

¿Cómo? Pues en vez de sentarnos estáticamente alrededor de un círculo, hemos optado por una alternativa más dinámica y móvil, como nosotras: la deriva. Derivas como itinerarios a través de nuestros modos de vivir, pensar y sentir el tiempo (estrés, exceso, intensificación, aceleración), el espacio (movilidad, territorios de vida), la renta (precariedad material, inestabilidad), la comunicación, las redes relacionales y de cuidado, el conflicto, la jerarquía, el riesgo (inseguridad, vulnerabilidad) y el cuerpo (disciplina, maltrato del cuerpo, placeres). Estos serán los hilos conductores de pequeños viajes guiados por los distintos territorios de la precariedad. A cada uno de ellos iremos armadas de nuestras capacidades afectivas y comunicativas, pero también de una cámara de fotos y otra de vídeo para grabar los recorridos. Porque, como el tiempo no nos sobra y queremos que nuestros esfuerzos vayan dando resultados aferrables, nos hemos puesto un primer objetivo muy concreto: producir, a partir de las derivas, un material audiovisual que sirva para un debate que pueda abrir el proceso a nuevas mujeres y darle una nueva proyección.





Primeros balbuceos del laboratorio de trabajadoras

El proyecto de «Precarias a la deriva»

*Trabajo flexible ¿Es que somos invisibles?
Trabajo inmaterial ¡Ay que estrés mental!
Trabajo de jornalera ¡Eso es la repera!*
(Cancioncilla de *Precarias a la Deriva* para la
Huelga General del 20 de junio de 2002)

El piquete-encuesta

Precarias a la Deriva es un proyecto de investigación-acción que estamos llevando a cabo distintas mujeres que o bien ya habían iniciado una trayectoria de reflexión y práctica en torno a las transformaciones del mundo laboral individualmente o en grupo (*TrabajoZero* o *Sexo, Mentiras y Precariedad*), o bien deseaban comenzarla. Las inquietudes de las integrantes de este proyecto abierto convergen el 20J de 2002, día de la Huelga General convocada por los sindicatos. En este día y en los precedentes, nos juntamos para pensar una intervención «acorde a *nuestros* tiempos», conscientes de que la huelga laboral, como expresión más importante de lucha, no nos satisfacía fundamentalmente por tres motivos: (1) por no recoger (y esto no es ninguna novedad) la experiencia de explotación y reparto injusto del trabajo doméstico y de cuidado mayoritariamente realizado por mujeres en el ámbito «no productivo» de las unidades de convivencia, (2) por la marginación a la que, desde los presupuestos y formas de acción que generalmente la animan, se condena a determinados trabajos cada vez más extendidos y comunmente agrupados bajo la etiqueta de «precarios» y (3) por no conceder atención alguna al trabajo precario, flexible, invisible e infravalorado específicamente feminizado y/o migrante (sexual, doméstico, atención, escucha, etc.). Tal y como ha vuelto a señalar recientemente una compañera a propósito de la convocatoria de huelga «política» contra la guerra del 10 de abril de 2003, «¿cómo inventar nuevas formas de huelga cuando la producción se fragmenta y se deslocaliza, cuando está organizada de tal modo que dejar de trabajar por unas horas (aunque sean 24) no afecta necesariamente al proceso de producción, y cuando nuestra posición contractual es tan frágil que una huelga supone poner en riesgo la posibilidad de seguir trabajando mañana?».

Entendíamos que muchos de estos trabajos «en los márgenes» (trabajos invisibles, desregulados, desanclados) no se veían interrumpidos o alterados mediante una huelga de este tipo y que la precarización del mercado laboral se había ampliado, de tal modo que la mayor parte de las personas trabajadoras ya ni tan siquiera se veían afectadas por las nuevas reformas contra las que se celebraba la mencionada huelga. Tratamos entonces de pensar en un nuevo modo de transitar ese día de lucha, un modo que sirviese para ponernos en comunicación con esas nuevas realidades, y decidimos transformar el clásico piquete de cierre por un piquete-encuesta. Francamente, no nos veíamos con cuerpo para increpar a una precaria contratada por horas en un super o para cerrar el pequeño comercio de frutos secos de una inmigrante porque, al fin y al cabo, a pesar de los muchos motivos que existían para parar y protestar, ¿a quién se había convocado en esta huelga? ¿En quién se había pensado? ¿Existía un mínimo interés sindical por la realidad de los precarios, de los inmigrantes, de las amas de casa? ¿Acaso el paro detenía el proceso productivo de las trabajadoras domésticas, de las traductoras, diseñadoras, programadoras, de todas las trabajadoras autónomas cuya interrupción, o no, ese día no haría más que duplicar su trabajo del día siguiente? Nos pareció más interesante, dado el desfase entre experiencia de trabajo y práctica de lucha, intentar abrir un espacio de intercambio con algunas de las mujeres que trabajaban o consumían durante ese día y con las que circulaban por la calle. Este pequeño y discreto esbozo de investigación fue el punto de inicio del proyecto de las derivas.

El intercambio de aquel 20J resultó muy fructífero. No tanto por lo que nos iban contando aquí y allá, por lo que íbamos haciendo visible para nosotras, para otras, sino por el espacio de apertura que vislumbramos, por las potencialidades de encuentros no codificados que se avecinaban, por el placer de un diálogo en lo social-no-catalogado y sin la mediación de aparato alguno, al margen de la grabadora, de la cámara, del bloc de notas.

«En los márgenes»

Estas y otras preguntas surgían, como hemos dicho, de reflexiones que de uno u otro modo ya llevaban tiempo circulando en nuestro entorno. En primer lugar, también nosotras nos situamos ante algunas líneas de continuidad y cambio en los procesos productivos y ante el nuevo contexto laboral en el que éstos tienen lugar, un contexto fuertemente marcado por el neoliberalismo.

Una tendencia dominante señalada por buena parte de las reflexiones neomarxistas es la emergencia del llamado *trabajo inmaterial* (trabajo afectivo, comunicativo, creativo, de manipulación de códigos...).¹ Este trabajo, que tiene que ver con procesos cognitivos, de producción de saberes, lenguajes y vínculos no es, a pesar de lo que se desprende de muchos análisis, homogéneo y esto se debe fundamentalmente al valor social que se le asigna, que es lo que establece una diferencia irreductible entre hacerle una paja a un cliente y diseñar una página *web*.

Bien, esto es importante para el debate, sobre todo porque las cuestiones que atañen a la «reproducción» en un sentido estrecho, es decir, como trabajo doméstico y de cuidado (pagado o no) y en un sentido amplio, como comunicación, gestión, socialización, producción de bienestar, de estilos de vida, etc. en el entorno doméstico ampliado, es decir, de acuerdo con una formulación que va más

¹ Véanse, en este sentido, las obras de A. Negri, por ejemplo, *El trabajo de Dionisos*, Madrid, Akal, 2003 y sus artículos en la revista *Futur antérieur*: «Valor y afecto», junto a M. Lazzarato, «Trabajo inmaterial y subjetividad» o, de este último, «El “ciclo” de la producción inmaterial»; todos ellos en www.nodo50.org/cdc/textos.html. Véase también M. Hardt, «Affective Labor», *Boundary 2*, 1999, en www.iade.org.ar/imperio/4.7.html.

allá de la «producción y la reproducción de la vida inmediata» de Engels,² quedan habitualmente a la sombra. En su concepción más estrecha, esto se justifica debido a que estos trabajos no responden a la denominada «tendencia hegemónica», sino que se interpretan simplemente como el legado de un desequilibrio histórico que establece una continuidad e interrelación entre el trabajo con y sin salario, en casa propia y en casa ajena, que desarrollan las mujeres y que, por extensión, determina la posición de éstas en el mercado laboral (¿o es a la inversa?), tanto en lo que se refiere al tipo de puestos de trabajo que desempeñan (trabajo de oficina, de atención al público, de enfermería y cuidados, modelo, etc.) como en lo que respecta a las diferencias salariales y laborales en general. El surgimiento del Tercer Sector, con una transferencia precarizada de algunos trabajos reproductivos de unas mujeres a otras, introduce aquí un elemento novedoso que conviene tener presente. En su concepción más amplia, si es que aceptamos esta distinción, la reproducción de la vida inmediata como vínculo afectivo resulta un campo extremadamente difuso que rápidamente se confunde con la vida («la vida puesta a trabajar», «reapropiación del tiempo de vida»...), desdibujando los aspectos de dominación que hacen de la vida, la cooperación, las relaciones afectivas, los gustos, el saber y la sexualidad un terreno extremadamente resbaladizo cuya «naturalidad» sigue sin ser cuestionada.

En este sentido, entendemos que algunas de las orientaciones que inciden sobre el trabajo inmaterial hacen oídos sordos o no toman verdaderamente en serio la cuestión de la reproducción y su vinculación con la dominación patriarcal y racial. Frente a esto, nos reclamamos parte de un debate de largo recorrido en el feminismo que justamente sí elabora la idea marxista de la reproducción en un sentido amplio, atravesado por múltiples relaciones de poder. Esta orientación entronca con las ideas de Foucault sobre el poder y los procesos de subjetivación, es decir, sobre las formas modernas de la dominación, que no están basadas en el ejercicio directo de la violencia sino en la producción activa de sumisión; una idea que ha sido ampliamente desarrollada bajo distintos enfoques por pensadoras como Butler o Pateman. Entronca también con muchos de los enfoques radicales, materialistas y psicoanalíticos en el feminismo, desde los que se da un peso importante a cuestiones como la división sexual del trabajo, el control de la sexualidad, la heterosexualidad normativa o la socialización en la familia.

Los debates en torno a la reproducción, que salpicaron toda la década de 1970, cuentan hoy con nuevas aportaciones que es preciso sacar a la luz.³ De ellas rescatamos un análisis sobre la reproducción, sobre la articulación del capitalismo, sobre el patriarcado, sobre la dominación basada en la raza y, ahora más que nunca, sobre la historia del colonialismo, de las asimetrías geográficas de las que también son producto las desigualdades que tienen atenazados los desplazamientos de la población de las últimas décadas. Rescatamos también un pensamiento y una práctica política que tematizan el cuerpo como lugar y expresión de la dominación y la explotación, y pensamos el «cuerpo productivo» o la «producción de cuerpo (sexuado)» como un proceso continuo de encarnación de subjetividades que se encuentran simultáneamente sujetadas y en pugna por determinar sus condiciones de desarrollo. Rescatamos, asimismo, la teorización feminista sobre lo público y lo privado como una forma de abordar las continuidades y discontinuidades entre lo que sucede en el entorno de las relaciones y los hogares y lo que sucede en el ámbito socialmente más valorado del empleo, el Estado y la política. La creciente integración de estos ámbitos, por ejemplo, de la vida y el empleo, pero también de la formación y el empleo o de lo

² F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Fundamentos 1982.

³ Véase, entre otras, D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid, Cátedra, 1991; C. Sandoval, *Methodology of the Opressed*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000; G. A., Jónasdóttir, *El poder del amor ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Madrid, Cátedra, 1993; R. Braidotti, *Metamorphoses. Towards a Materialist Theory of Becoming*, Polity Press, Cambridge, 2002; C. Carrasco (ed.) *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Icaria, Barcelona, 1999; J. Flax, *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*, Madrid, Cátedra; C. Morini, *C. La serva serve. Le nuove forzate del lavoro domestico*, Roma, Derive Approdi, 2001.

personal y el empleo, como proceso histórico que produce diferenciaciones y como crítica política a las segmentaciones de la modernidad, nos parece una vía de indagación fundamental.

En segundo lugar, las elaboraciones sobre el trabajo inmaterial, a cuya homogeneización nos resistimos, dan cuenta de otros modos de organización del trabajo que se nutren de las propias características de las actividades que se agrupan bajo esta etiqueta, pero sobre todo de las estrategias de la reestructuración neoliberal, que consisten básicamente en recortar costes y derechos y en acrecentar el ejercicio del mando sobre una fuerza de trabajo cada vez más fragmentada y móvil, que en la actualidad trabaja (acaso haciendo lo mismo) bajo un régimen de sobra conocido por muchas mujeres: por obra, con horarios flexibles e imprevisibles, con jornadas extensivas y periodos de inactividad sin renta, por horas, sin contrato, sin derechos, como autónomo, en casa, etc. Así pues, su desarrollo tiene que ver con cuestiones claves sobre las que volveremos más adelante como la reordenación del tiempo, el espacio, el contrato, la renta o las condiciones. Las consecuencias de estas modalidades son de todas conocidas: aislamiento e incapacidad de organizarse la vida «como Dios manda», estrés, cansancio, imposibilidad de desarrollar una sociabilidad autodeterminada, de protestar, control social, miedo a «salir del armario» y a expresarse libremente en todo tipo de cuestiones, etc.

En tercer lugar, todo esto ha de vincularse, además, a otros aspectos de la vida social que favorecen que determinados sujetos ocupen determinadas posiciones de desventaja, siendo su movilidad muy limitada o incluso nula. Esto es lo que sucede cuando alguien carece de papeles, decide embarazarse, es madre o sencillamente mujer, tiene una presencia «inapropiada/ble», por ejemplo, por ser transexual, de color, tener pluma, por su constitución física, etc. La articulación de todos estos elementos resulta una fuente constante de diferenciación y jerarquización que hace que determinados grupos sean sistemáticamente más pobres y tengan menos oportunidades y posibilidades de elección. De modo que la llamada «feminización del trabajo» como dimensión servil cada vez más extendida o como generalización de la precariedad se produce sobre un terreno tremendamente irregular que refuerza, reproduce y modifica las jerarquías sociales ya existentes en el patriarcado y el orden racista legado del colonialismo. Es precisamente en este transfondo en el que hoy se dirimen simultáneamente los cambios en las formas de los hogares y las familias, la reestructuración global de los cuidados o las actuaciones y retóricas del género.

Del laboratorio de trabajadoras a las derivas

Aquel primer piquete-encuesta del 20J, que valoramos como limitado aunque muy inspirador, dio paso a un nuevo proyecto de interpelación basado en el desplazamiento, es decir, en la posibilidad de preparar y llevar a cabo una serie de recorridos que atravesaran los distintos circuitos metropolitanos de la precariedad femenina. Así, frente al corte empleo/vida, un corte muy cuestionado desde el feminismo, optamos por una práctica de investigación que atendiera al *continguum* espacio-temporal de la existencia y a la experiencia de la doble, más bien múltiple, presencia⁴ como transposición subjetiva o, como dirían los situacionistas, como técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos, en este sentido, de ambientes psíquicos.

⁴ Véase L. Balbo, *La doppia presenza*, Inchiesta, 32, Bari, 1978 y F. Bimbi, «La doppia presenza: fattori strutturali e processi sociali nella diffusione di un modello complesso di lavoro femminile dalle economie centrali a quelle periferiche» en Mariella Pacifico (ed.) *Lavoro produttivo, lavoro riproduttivo. Contributi sulla divisione sessuale del lavoro*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989.

Podíamos haber dedicado más tiempo a asentar, sentadas las bases teóricas de nuestra investigación, las hipótesis que barajábamos o la perspectiva feminista desde la cual la abordábamos. No obstante, lo que nos impulsaba, por encima de todo, era el deseo de conocer en el trayecto, de comunicarnos por el camino, de conocer aquellas nuevas (y no tan nuevas) situaciones y realidades del mercado laboral precarizado y de la vida puesta a trabajar.

Decidimos, además, que este tránsito hacia la deriva debíamos realizarlo en primera persona, es decir, contándonos cada una a las demás y caminando hacia una aproximación prudente, pero sostenida, de las diferencias entre nosotras, y entre nosotras y otras cercanas. Hablamos entonces, en este sentido, de buscar lugares comunes y, simultáneamente, de singularidades a potenciar, una aproximación que ha ido creciendo a partir de debates posteriores que nos han hecho modificar el enunciado inicial «somos precarias», por otros menos interesados en la identidad de partida y más atentos a los procesos de (des)identificación.⁵

Lo cierto es que nuestras situaciones son tan diversas, tan parciales, que nos resulta muy difícil hallar denominadores comunes desde los que trabar alianzas y diferencias irreductibles con las que enriquecernos mutuamente. Nos resulta complicado expresarnos, definirnos desde el lugar común de la precariedad; una precariedad capaz de prescindir de una identidad colectiva clara en la que simplificarse y defenderse, pero a la que urge una puesta en común. Necesitamos comunicar las carencias y excesos de nuestra situación laboral y vital a fin de escapar de la fragmentación neoliberal que nos separa, debilita y convierte en víctimas del miedo, de la explotación o del egoísmo del sálvese quien pueda. Pero, sobre todo, queremos hacer posible la construcción colectiva de otras posibilidades de vida a través de una lucha conjunta y creativa. La insistencia en la singularidad proviene del deseo de desarrollar una política que no vuelva a reproducir falsas homogeneidades. Pensábamos, en relación con esto último, en la situación específica de algunas compañeras migrantes en el servicio doméstico y en las consecuencias de un vínculo que exigía, que exige, formas de compromiso distintas a las que algunas estamos habituadas.

En términos generales, se trataba de producir una cartografía del trabajo precarizado de las mujeres a partir del intercambio de experiencias, de la reflexión conjunta y del registro de todo lo visto y contado, en un intento de materializar al máximo (por medio de fotografías, diapos, vídeo, grabaciones, relatos escritos, etc.) estos encuentros, con el fin de poder comunicar los resultados y las hipótesis que se derivaran de los mismos, de tomarnos en serio la cuestión de la comunicación no sólo como herramienta de difusión, sino también como nuevo lugar, competencia y materia prima de la política. Nuestro punto de partida: la casa okupada de mujeres La Eskalera Karakola, el de llegada; desconocido. Es el pasaje lo que ahora nos ocupa.

Las derivas

La idea de la deriva, una idea que algunas ya habíamos experimentado en otros contextos de investigación y cuya fuente fundamental es el situacionismo,⁶ no siempre resultaba fácil de explicar. No obstante, el propio curso de los acontecimientos fueron aclarando el sentido de sustituir las entrevistas estáticas por recorridos urbanos. Al plantear a algunas compañeras esto de preparar

⁵ «Si –como observa Braidotti– la única constante en los albores del tercer milenio es el cambio, entonces el desafío reside en pensar sobre procesos y no sobre conceptos [...] la cuestión no es saber quiénes somos, sino más bien, por fin, en qué queremos convertirnos, cómo representar mutaciones, cambios y transformaciones, y no al Ser en sus modos clásicos»: Rossi Braidotti, *Metamorphoses*, Polity Press, Cambridge, 2002 p. 1-2.

⁶ «Teoría de la deriva», en <http://www.sindominio.net/ash/is0209.htm>

una deriva, insistíamos especialmente en el hecho de no llegar sólo a los sitios de trabajo actuales o pasados, sino en la posibilidad de entrelazar los sitios y ver qué pasaba. Así, acabamos incorporando en nuestros recorridos calles, casas, empresas, transporte, supermercados, bares, comercios, sedes sindicales, etc. Optamos por el método de la deriva como forma de ir hilando esta red difusa de situaciones y experiencias, con vistas a producir una cartografía subjetiva de la metrópoli a través de nuestros recorridos cotidianos.

En la versión situacionista de la deriva, los investigadores se dedican a vagar sin rumbo por la ciudad, permitiendo que las conversaciones, interacciones y micro-acontecimientos urbanos les sirvan de guía. Esto les permite establecer una psicocartografía fundada en las coincidencias y correspondencias de los flujos físicos y subjetivos: exponiéndose a la gravitación y repulsión que ejercen ciertos espacios, a las conversaciones que surgen por el camino y, en general, a la manera en que el entorno urbanístico y social influye e interviene en los intercambios y los estados anímicos. Esto significa andar atentas al cartel que asalta, al banco que atrae, al edificio que ahoga y a la gente que va saliendo al paso. En nuestra particular versión, optamos por cambiar la deriva aleatoria del *flâneur*, tan propia de un sujeto varón, burgués y sin compromisos, por una deriva situada que recorrería los espacios cotidianos de cada cual manteniendo el carácter multisensorial y abierto del acontecer. La deriva se convierte, así, en una entrevista en movimiento atravesada por la percepción colectiva del ambiente.

¿Cómo se hace una deriva? Partimos de sectores precarios feminizados; para empezar elegimos cinco:

- doméstico,
- *telemarketing*,
- traducción y enseñanza de idiomas,
- hostelería y
- enfermería social⁷

⁷ Para nosotras, cualquier texto, cualquier reproducción, resulta demasiado plana con respecto a lo que fueron las derivas; de todos modos, hemos pretendido acercarnos a ellas a través de algunos relatos, publicados a continuación, en este libro, pero también consultables vía web en <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm>.

Dejando para una fase ulterior otros igualmente importantes: prostitución, becarias, publicistas, comunicadoras, mediadoras, educadoras. Las mujeres que nos guiaron (en ocasiones, alguna de nosotras, en otras, compañeras, amigas, conocidas) eligieron una serie de localizaciones relevantes: la casa, el lugar de trabajo, el súper, el parque, el cibercafé... que fuimos uniendo a modo de puntos de un itinerario cargado de significación, como el mapa de redes de azar y simultaneidad que compone nuestro cotidiano. Así, de mano de una profesora de inglés, pudimos conectar, en parte de forma fortuita y gracias a la espontánea visita guiada de uno de sus alumnos y jefe de NCR (multinacional de instalación y mantenimiento de cajeros automáticos) la realidad del trabajo flexible de nuestra compañera en la nueva fábrica recompuesta según las exigencias del mercado globalizado.

La deriva posibilita contemplar la cotidianidad como dimensión de lo político y fuente de resistencias, primando la experiencia como categoría epistemológica. La experiencia, en este sentido, no constituye una categoría preanalítica, sino una noción central para comprender la imbricación de las actuaciones diarias y, lo que es más importante, los modos en los que damos sentido

a la cotidianidad localizada y corporeizada. No se trata exactamente de una técnica de observación; no pretende, por lo tanto, «reproducir» o acercarse a la experiencia tal y como sucede habitualmente (un ideal de la antropología clásica difícilmente realizable) sino producir un movimiento simultáneo de acercamiento y distanciamiento, visualización y extrañamiento, tránsito y narración. Así pues, nos interesa el punto de vista de quienes nos guían (cómo definen y experimentan la precariedad, cómo se organizan diariamente y cuáles son sus estrategias vitales a corto y largo plazo, cuáles sus expectativas) sin obviar, en este proceso, el diálogo y la complicidad que se produce durante nuestro encuentro. Ya no hay vuelta atrás. Una vez en casa, la cabeza sigue bullendo hasta la próxima cita.

De todos estos pasajes pretendemos extraer los nombres comunes de esta dispersión de singularidades desconocidas entre sí, ajenas incluso, que componen la nueva realidad laboral precarizada. Porque soñamos con ir sustituyendo, aunque sea un poco, la debilidad de la dispersión por la fuerza de las alianzas, por la potencialidad de las redes. Pero la dificultad de ambos objetivos sale a la luz durante las derivas. Las realidades del trabajo precario son muy, muy diferentes: los recursos de los que disponemos unas y otras, los apoyos materiales y afectivos, los salarios, los derechos, el valor social de lo que hacemos, las distintas disponibilidades y sensibilidades.

La precariedad como proceso

Partimos, que conste, de una definición rudimentaria de precariedad y precarización como proceso, y definimos una serie de ejes iniciales que podían dar cuenta de un complejo existencial con muchas patas. Lo cierto es que esta palabra-valija ha ido cobrando cuerpo gracias a las aportaciones de todas; hemos preferido cargarla para después ir dotándola de mayores grados de precisión. Se trata de un fenómeno que conectamos con:



- las nuevas formas de empleo (muchas de ellas vinculadas a la externalización y a la deslocalización, a la extensión del trabajo autónomo y de los contratos por obra o servicio, a la estructura empresarial descentralizada y miniaturizada o a la multiplicación incesante de las variaciones en los tipos de contrato);
- la dislocación de los tiempos y los espacios del trabajo (en los horarios flexibles, a tiempo parcial, en el teletrabajo y en los talleres domésticos), cuyos efectos sobre las unidades de convivencia y las redes de cuidados están todavía por estimarse;
- la intensificación del proceso de producción (resultado del *just in time* con horas extras que han perdido ya esta consideración, tanto en lo que se refiere a la no obligatoriedad como al salario);

⁸ Nuestras compañeras, Sira del Río y Amaia Pérez Orozco explican todo esto y mucho más en «La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados», *Rescaldos. Revista de diálogo social*, n. 7, 2002. También en www.sindominio.net/karakola/pre-carias/cuidadosdossier.htm

⁹ Habitualmente, en las definiciones y clasificaciones del precariado, se suelen obviar los aspectos sobre los que nosotras tanto insistimos. Una de las clasificaciones con las que nos hemos topado, pensada exclusivamente a partir del empleo y al margen del problema de quién ocupa qué posición, distingue entre trabajo migrante, sujetos con relaciones laborales totalmente desreguladas, con frecuencia ilegales, con gran probabilidad informales; *permatemp* industriales (personas permanentemente temporales), trabajadores atípicos dependientes ligados a la producción material flexible, que viven condiciones de chantajeabilidad continua impuesta por la incertidumbre respecto a la renovación del contrato de trabajo; *chainworkers*, todos los trabajadores atípicos que trabajan en los servicios y en las cadenas fordistas del terciario comercial privado y público; y *brainworkers*, todos aquellos que, con salarios ínfimos y horarios de trabajo cada vez más largos, prestan sus saberes y conocimientos en las empresas del trabajo inmaterial (comunicación, internet, producción semiótica, actividades relacionales, logística, etc.). Véase el texto de valoración del *MayDay* milanés de 2002, escrito por Andrea Fumagalli, en http://www.pescarafree.org/news/mayday_2002.html

– la incorporación de cualidades imperceptibles inherentes a la fuerza de trabajo, difícilmente estimables/retribuibles o asimilables en términos de cualificación y, por lo tanto, difícilmente desagregables en unidades de trabajo simple a las que correspondería determinado valor (la atención personalizada, las capacidades comunicativas, la empatía, la buena presencia, etc. Se espera que las *au pair* sepan idiomas, aunque esto no forme parte de sus cualificaciones formales para el puesto de trabajo);

– el recorte de los salarios y la pérdida de los derechos que han caracterizado tradicionalmente el trabajo «típico» del fordismo y del pacto social keynesiano (derechos que van desde los permisos de maternidad hasta la regulación de las pagas, las vacaciones o las bajas por enfermedad).

Pero también con otras condiciones, a las que se suele aludir con menor frecuencia, como:

– la inexistencia de salario (en el caso de las amas de casa);

– la ausencia de regulación laboral por mínima que ésta sea (como continúa siendo el caso del trabajo doméstico asalariado –especialmente aquél en régimen interno–, por no hablar de la situación general de las personas que carecen de permiso de trabajo y residencia);

– la ambigüedad del vínculo entre quienes emplean y quienes son empleadas.

Cabría aventurar una definición de la palabra precariedad, suficientemente amplia para dar cuenta del alcance y la multidimensionalidad del fenómeno, pero también lo bastante concreta como para que el término no acabe perdiendo toda fuerza explicativa: llamaríamos entonces precariedad al conjunto de condiciones, materiales y simbólicas, que determinan una incertidumbre acerca del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto.⁸ Esta definición permitiría superar las dicotomías público/privado y producción/reproducción y reconocer y dar visibilidad a las interconexiones entre lo social y lo económico que hacen imposible pensar la precariedad desde un punto de vista exclusivamente laboral y salarial.⁹

Los ejes

Dedicamos unas cuantas reuniones a definir los ejes de nuestra aproximación, que más tarde, en el curso de las derivas, han ido cobrando cuerpo. Los ejes que fueron saliendo de nuestros debates partieron de nuestras distintas vivencias del tiempo (estrés, exceso, saturación, imposibilidad de planificación, inestabilidad,...), del espacio (movilidad, territorios de vida, fronteras, desplazamientos y sedentarismos...), de la renta (trabajos muy mal remunerados, falta de recursos, adelantos por parte de amigas y familiares del sector garantizado, reducción o limitación total del acceso a los servicios públicos y malversación de tarjetas varias...), de las relaciones y cuidados (comunidades laborales, afectivas, sociabilidades), del conflicto (posibilidades y procesos de lucha...), de la jerarquías (en muchas ocasiones difusas y dolorosas), del riesgo (inseguridades, vulnerabilidad) y del cuerpo (disciplina, maltratos varios, cuidados arrebatados, sexualidades

obligatorias...). Después de varias derivas, los ejes cobraron forma y existencia más allá de nuestras propias intuiciones iniciales.

La cosa quedó finalmente así: (1) movilidad, (2) territorios fronterizos, (3) corporeidades, (4) relaciones y saberes, (5) lógica de empresa, (6) renta y (7) conflicto. Los ejes no agotan la experiencia pero ayudan a interpretarla. Lo que sigue son algunas reflexiones entrecortadas e insuficientes al hilo de nuestras primeras cinco derivas. Las siguientes páginas son un batiburrillo de descripciones, apuntes y testimonios para hipótesis incipientes, encontronazos con la forma-texto para hablar de la forma-deriva y enunciados que aspiran a expresar la alegría e insatisfacción que sentimos ante lo que apenas son nuestros primeros balbuceos. Una suerte de balance sobre la primera fase del proyecto.

La movilidad

La movilidad es la cualidad que mejor describe la maleabilidad actual de la fuerza de trabajo en los tres ejes: tiempo, espacio y tarea (o sujeto). Movilidad en la disposición de los ritmos y horarios, movilidad en el puesto de trabajo y, más allá del mismo, en el ámbito geográfico, en las decisiones vitales, en las formas de vida, y movilidad en las funciones o *unit acts* y en la forma de desarrollarlos, siempre sujeta a mutaciones, a procesos de evaluación y ajuste, a una auditoría constante. La movilidad se opone al viejo estatismo, a la burocratización y a la rutina y, sin lugar a dudas, a la capacidad de organización de los sujetos que en cualquier momento pueden ver modificadas o recombinadas sus funciones y desconocen los límites de lo que han de hacer y, en general, de lo que son.

Si en el pasado la gente luchó contra la reificación de la vida cotidiana, encarnada fundamentalmente en el trabajo, pero también en la familia y el consumo de masas, determinando un cambio de rumbo en las políticas empresariales y, en particular, en la gestión de los recursos humanos,¹⁰ hoy la seguridad y la continuidad se han convertido, nominalmente al menos, en valores en alza, aunque el precio que haya que pagar por ellas sea con frecuencia demasiado alto y se acabe asumiendo la propia movilidad y disponibilidad, sin restricciones, como posibilidad de ir componiendo un destino que, por lo menos, no está prefigurado. Lo único estable es el estar de paso permanentemente, la «costumbre de lo imprevisto»¹¹ que caracteriza el trabajo por horas, por obra o «hasta que una encuentre algo mejor». Algo que, como nos comentaron nuestras guías por el misterioso mundo del *telemarketing*, no acaba de ocurrir, de modo que una vuelve, una y otra vez, a rebotar entre las distintas campañas que las empresas virtuales en el sector contratan en condiciones cada vez más competitivas con las grandes multinacionales de la comunicación.

Durante la deriva de enfermería social, Mari Paz nos explicó con detalle cómo la falta de expectativas laborales aceptables en España y la demanda de este trabajo en otros países está determinando un flujo de jóvenes enfermeras que, además de trabajar en lo suyo, aspiran a aprender idiomas y a vivir en otros lugares.¹² El tránsito por los trabajos pasados y presentes (un centro de salud al que se accede haciendo sustituciones, un centro de atención a toxicómanos con bastante caos

¹⁰ L. Boltanski, L. y E. Chiapello, E., *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal, Madrid, 2002.

¹¹ P. Virno, *Virtuosísimo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.

¹² Véase H. Beneker y E. Wichtmann, «Plan de servicio sin fronteras. Sobre la migración de enfermeras» en *Extranjeros en el paraíso*, Virus, Barcelona, 1994.

organizativo y falta de recursos, vuelta al centro de salud, un curso de formación para trabajadores sociales del IMEFE al que hay que incorporarse de un día para otro) da una idea de la imprevisibilidad sostenida en un diseño vital, que además del empleo (del interés, la seguridad y el salario) valora otro tipo de cuestiones: la relación con los demás como algo que nunca está determinado de antemano y como algo que se estima en su singularidad, o esa idea misma de «lo social» como un bien público que excede el trabajo porque es socialización, aprendizaje, intercambio, toma de conciencia, contexto vital pero que, como insiste Mari Paz al comparar sus visiones a las de su madre, también trabajadora en lo social, hay que aprender a dosificar, a utilizar a favor de una misma. El dilema de este ámbito de acción, formulado en el agenciamiento con su madre, «trabajar para la gente» *versus* «trabajar para el sistema», es importante porque pone de manifiesto cómo opera la absorción de la vida por el trabajo y del trabajo por la vida. Trabajando para la gente una pierde los propios límites con respecto al trabajo y funde sus energías y sus emociones en un ejercicio de sociabilidad continua y comprometida que presta una importancia menor a la mediación, en este caso, estatal, que existe en el centro de salud, donde la tendencia privatizadora y empresarial se ha disparado en los últimos tiempos y donde el sistema de incentivos aliena un trato y unas pautas perversas de medicalización y dejación.¹³ Trabajar para el sistema, por el contrario, regula este ejercicio de fusión entrando en una relación que pone en primer plano la mediación institucional (normalmente no desde un punto de vista crítico), acota el vínculo y lo amarga al despojarlo del carácter abierto, experimental e ilimitado de la relación con los otros. Estamos hablando también de la diferencia entre un enfoque estrictamente médico, ajustado, eso sí, a la «viabilidad» de mínimos de la salud como recurso y otro social, necesariamente entrelazado a los hábitos y a las historias de todas y cada una de las personas que vemos en nuestro viaje al centro de salud de Alcobendas.

La movilidad como condición existencial, subjetiva, nos enfrenta constantemente a la ambivalencia de unos efectos entre los que cabe destacar el desarraigo y la falta de una identidad estable, una práctica desequilibrada de fuga, nostalgia y sumisión... Hemos cogido el tren en Atocha y una vez sentadas, escuchamos atentas estas reflexiones, previamente escritas por una compañera, mientras nos dirigimos veloces hacia el extrarradio.

A la desarraigada se le compadece o repudia culpándola de falta de identidad, raíces y costumbres. Pero construir la identidad con elementos culturales autóctonos es absurdo en el mundo cambiante en que vivimos, de dislocaciones, hábitats temporales, migraciones, y mestizaje.

¹³ Los ejemplos de esta implicación son múltiples: la delicada «captación» de las chicas con fines anti-conceptivos durante una consulta fijada con otro propósito o la propia labor que desarrolla su madre, al margen de sus obligaciones, con un grupo de mujeres maltratadas o con otro compuesto por personas diabéticas.



Territorios fronterizos

El segundo eje es la frontera, tanto en su sentido más pegado al terreno (el cierre de fronteras y la precarización que esto conlleva), como en un sentido más general de construcción de fronteras que determinan el acceso interior y las jerarquías en terrenos mucho más difusos, como pueden ser el domicilio en el que se trabaja y las relaciones personales que se establecen con las personas empleadoras y sus familias. Quizás la imagen más nítida de todo esto nos la proporcionó Ismucané, una compañera ecuatoriana que trabaja en el servicio doméstico, cuando nos habló de las barreras que van erigiéndose en el trabajo de las internas, especialmente en el de las extranjeras. Como ha señalado A. Macklin, este trabajo está marcado por una serie de ambigüedades que sitúan a las que lo realizan simultáneamente dentro y fuera: dentro de la nación y fuera del Estado, dentro de la economía y fuera de las relaciones laborales, dentro del hogar y fuera de la familia.¹⁴ El espacio del hogar y de la familia, que en principio se conforma como un espacio liso, va revelando sus estrías: sus lugares prohibidos, sus hábitos (alimenticios, de limpieza, de ocio, de orden, de compra, de vacaciones, etc.) convertidos en auténticas reglas que se van instituyendo en la práctica,¹⁵ sus formas de tratamiento, etc. El uniforme, explica Ismucané, es la primera frontera, la que establece en el cuerpo y ante los demás, el lugar que ocupa cada cual en un espacio autocontenido.

Realmente es algo muy desagradable, además que es una imposición, no te preguntan si te lo quieres poner o no te lo quieres poner, o cómo te sientes, si te queda bien o no te queda bien. Nada. Te lo imponen en algún momento para hacer esa diferenciación, o para sentirse mejor, sentirte que tú estás arriba y que esa persona, que tiene sentimientos, que tiene sus ideas, que quizá ha venido para hacer un montón de cosas diferentes, para mantener a su familia, o sea, no piensan en nada de eso, solamente en que en ese momento las personas que te visitan o el medio de familia en el que están vean que esta persona es inferior, es inferior a ti, nada más» (Deriva con trabajadoras domésticas).

La comida (el acceso a determinados alimentos o los horarios y lugares para comer) constituyen otro territorio fronterizo fuertemente sexuado. Las reglas de la hospitalidad que rigen en el hogar garantizan aparentemente el acceso igualitario a los alimentos que hay en la nevera. Sin embargo, las jerarquías existentes determinan unos límites cada vez más estrechos y arbitrarios («¿quién se ha bebido el zumito del niño?»). La asistenta y la *baby sitter*, como el ama de casa, experimentará un régimen alimenticio severo que la «obligará» a comer a saltitos, de pie en un momento perdido, como si estuvieran a dieta, o de las sobras.¹⁶

¹⁴ «Labour of love? The migration of women as domestic workers», *Regina*, special issue ifu, 2000.

¹⁵ Nunca hagas, nos explicaba Viki, nada extra, nada más que lo que te han pedido, porque si lo haces, a partir de ese momento, se habrá convertido en una regla y cuando no lo hagas te pedirán explicaciones.

¹⁶ Véase, S. Bordo, «El hambre como ideología», en C. Luke (comp.), *Feminismos y pedagogías en la vida cotidiana*, Morata, Madrid, 1999.



También las teleoperadoras nos han hablado extensamente de la ropa de trabajo como exteriorización de la posición, aunque en este caso, ésta opere en un sentido inverso, puesto que de lo que se trata es de producir indiferenciación entre trabajadores que en ocasiones disfrutaban de condiciones laborales diferentes, pero que también pueden coincidir en una determinada campaña. Durante la deriva con teleoperadoras y frente a un edificio anónimo, de esos de cristal opaco, Teresa y Bea nos contaron cómo las trabajadoras de Uni2, que cobraban más y a las que se les recomendaba acudir «muy bien vestidas», debían servir de modelo, sin saberlo, para otras trabajadoras con salarios más bajos y peores condiciones.

¹⁷ En un sentido similar opera la voz, que ha de estar perfectamente adiestrada para producir un efecto de «sonrisa telefónica» o para ocultar la localización desde la que se habla, como es el caso de las teleoperadoras marroquíes, con nombre y acento español que prestan servicios de atención telefónica para España a precios de Marruecos.

¹⁸ Véase S. Bordo, «Anorexia Nervosa: Psychopathology as the Crystallization of Culture» *Philosophical Forum* 17 pp., 73-103, 1987.

(...) y les habían dicho que podían vestirse todos igual para que no hubiera diferencia, y eso la gente lo ve bien, o sea, no protestaban, nadie se quejó de que eso estuviera ocurriendo, y nosotros nos enteramos por casualidad, pues porque no veíamos a nadie que pareciera teleoperador porque al teleoperador parece que le distingues por la calle (Deriva con teleoperadoras).

La imagen, ya sea para diferenciar ya para igualar, es fundamental, aunque una trabaje a través de la línea telefónica¹⁷. En realidad, el principio es el mismo: la imagen, especialmente si una es una mujer, es parte de la empresa, pero también es algo propio, algo que atañe a la autoestima y a la percepción que una tiene de sí misma en relación con las demás personas. Por eso nadie quiere identificarse como teleoperadora. Este doble carácter posibilita que los intereses de la empresa, diseñados de acuerdo a una racionalización del «deseo» y la «necesidad» de maximizar los beneficios, pueda resultar indistinto con respecto a los de quienes trabajan en ella: personas jóvenes de paso, universitarias con aspiraciones, chicas preocupadas por su imagen. Esto es lo que les sucede a quienes, trabajando en el *telemarketing*, aspiran a tener una concepción «más elevada de sí mismos» (de cara, por ejemplo, a sus familiares) y se representan y actúan como si trabajaran en una empresa del sector de las telecomunicaciones: «nadie trabaja para Qualytel, nadie trabaja para Iberphone, todo el mundo trabaja o para Gas Natural o para Iberdrola o para Madritel o para Telefónica. O puedes decir que trabajas en Jorge Juan». La teleoperadora, tal y como nos explicó Teresa, ya no se nombrará por su ocupación, ni por su formación y, desde luego no por su profesión, sino por el nombre de la empresa contratante. ¡Lo importante es poder hablar!

Corporeidades

Todo esto nos adentra en el terreno de los cuerpos productivos. Una cuestión que para nosotras tiene hoy una foto fija: la del macro-cartel de Nike en Sol, interpeándonos a cada una de nosotras: «Y tú, ¿quién eres?»: la «diva», la «yoganista», la «luchadora» o qué se yo; una negra sudorosa con guantes de boxeo, otra, rubita ensimismada en posición de loto, otra rockerilla de pastel con pantalones plastificados... Una condensación de identidad que habla de las posibilidades de una experiencia corporeizada o incorporada que ha asumido la sensibilidad que anima a «hacerse un cuerpo (sexuado)», sensibilidad que hace de la anorexia una experiencia extrema de una corporeidad común.¹⁸

La fusión, en el cuerpo, de vida y trabajo es un hecho normal para muchas mujeres que trabajan de cara al público, por ejemplo en el comercio, la hostelería y el nuevo trabajo administrativo, en el que se entremezclan papeleo telemático y atención al cliente. El deseo de gustar (a una misma y a las demás), un deseo poderosamente domesticado en las mujeres, es aquí recuperado para el control laboral difuso y la producción de una subjetividad basada en la entrega sin condiciones.¹⁹ La reivindicación feminista de autodeterminación corporal (*our bodies, ourselves*), inspirada en una visión del cuerpo colonizado, y de la colonización como superposición de capas sobre una naturaleza virgen, precisa de una reflexión actualizada.

La creciente abstracción de los productos comerciales y culturales, convertidos en imágenes o estilos de vida, sometidos a los dispositivos de inconsciente óptico y al test óptico de los que habla Benjamin, ha dado primacía a un cuerpo en el que productos y atributos llegan a confundirse. Los anuncios de moda, los de Mango, por ejemplo, muestran un cuerpo en el que las prendas resultan imperceptibles o tan perceptibles como otros rasgos físicos: la delgadez extrema, la pose recostada y desvalida (que en ocasiones apenas si alcanza a tenerse en pie), el sombreado de los ojos (que da una idea de evanescencia, enfermedad y maltrato), la carnosidad de los labios (que sugiere una hipersexualización en un cuerpo hipertrófico), el vaciado del fondo que contribuye a resaltar los elementos corporales, etc.

De este modo, la oportunidad de hacerse un cuerpo convive con propuestas corporales en las que la (auto)disciplina, ya sea deportiva ya alimenticia, se convierte en el común denominador. Se trata, en último término, de ganar al cuerpo, saber someterlo frente al estrés, el agotamiento, el envejecimiento, la enfermedad, la depresión o la desidia.

En esta batalla quienes primero pierden son las trabajadoras domésticas.

- *Y cuando le digo agotamiento físico, ¿qué se imagina?*
- *Ay, el agotamiento, mucho trabajo y mucho de todo, o sea, es como una enfermedad que ya uno no da más*
- *¿Usted siente agotamiento físico a diario?*
- *Sí, sí, sí, a diario, porque una se levanta por la mañana, porque aunque se trabaje medio tiempo uno, se es madre, esposa y además de eso tengo a mi madre aquí, que soy hija, entonces tengo que estar haciendo las cosas, ordenando todo, una madre nunca descansa, es la primera en levantarse y la última en acostarse* [Preguntando a una mujer ecuatoriana en el Parque del Oeste durante la deriva con trabajadoras domésticas].

*El trabajo es pesado. Sí, me canso mucho. A veces me duele la espalda. Pero el doctor dice que es solamente del trabajo. Me dieron unos ejercicios para eso. Ni parece que sirven los dichos ejercicios. Tengo que seguir trabajando, entonces ¿cómo quiere que me pase el dolor? La cabeza también me duele. Y cuando me pongo a pensar en mis hijos siento que me duele el pecho. El doctor dice que es depresión. No tengo nada en el corazón... [Testimonio de una interna, Anacaona, investigación sobre las empleadas domésticas latinoamericanas en Bélgica, *Las voladoras o de la migración internacional de mujeres latinoamericanas*, 2003].*

El desgaste físico y los achaques son enormes y a ellos se añaden, además, otro tipo de exigencias referidas a la presencia (algo que también atañe a la raza como algo dado y acentuado), a la salud o a otras cualidades más inmateriales como las actitudes, aspectos todos ellos nada desdeñables para los empleadores.²⁰

¹⁹ «Pensémos, por ejemplo, en la dependiente a la que me he referido anteriormente. Evidentemente, la corporeidad de esta mujer es anterior a su empleo en Zara, no podemos reducirla a un mero efecto de su socialización en el trabajo. Sin embargo, resulta inseparable de la misma desde el momento en el que su empleo demanda una estilización que va más allá de la ropa. ¿Cómo experimenta esta mujer su cuerpo cuando sale de casa camino del trabajo, y a la inversa, cuando regresa a casa sin desprenderse del uniforme? ¿Qué *transposición* tiene lugar en/a través de su cuerpo? No es posible pensar en un fenómeno de estas características sin tener presente un sujeto “intelectualizado” en el sentido de *agente* capaz de fabricar y poner en circulación productos y/o ideas culturales y capaz, asimismo, de subvertir o desplazar su funcionamiento». C. Vega, «La domesticación del trabajo», <http://www.sindominio.net/karakola/sexoment.htm>.

²⁰ Todo esto lo cuenta con detalle Barbara Ehrenreich en su libro *Por cuatro duros. Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos*, Barcelona, RBA, 2003. Sobre la relación de poder empleadora-empleada, véase también los resultados de la investigación de Anacaona anteriormente citada: «La sirvienta latina confirma su inferioridad, comportándose con deferencia y adoptando actitudes maternales frente a la patrona: se preocupa por ella, la escucha, la tolera, la comprende; también acepta un trabajo mal pagado, pues no tiene capacidad para negociar su salario; y por último –en múltiples ocasiones– se presenta físicamente de manera deplorable. La falta de seducción en estas mujeres se debe al tipo de trabajo que hacen, pues luego de horas de limpiar, de utilizar productos fuertes, todo su aspecto es lamentable. Esto

acrecienta el sentimiento de desvalorización, haciendo que se sientan feas, deterioradas y envejecidas antes de hora. Algunas mujeres decían que antes de los 40 años su vida se había terminado».

²¹ En el *telemarketing*, la mayor parte de la gente que trabaja son mujeres (80 o 90%) y de los hombres que hay, la mayoría son *gays*, aunque depende también de las campañas.

Por ejemplo, en la campaña de la declaración de la renta prefieren coger hombres, porque da una imagen más técnica, pero para atención al cliente, para dar largas, prefieren a las mujeres, porque tienen más desenvoltura. En cuanto a la edad, la media es de unos 22 años y la mayoría son estudiantes. Aunque ahora se empieza a percibir que están entrando mujeres de 40 o 50 años.

²² También en este campo del *telemarketing* funciona la división sexual del trabajo: la información sobre reparaciones se asigna habitualmente a hombres (al igual que la campaña de declaración de la renta), mientras que la persuasión en la venta y el apoyo emocional en la atención recaen en manos de mujeres.

²³ «[...] te dan un curso de cómo atender al cliente, típicas palabras negras, no puedes decir que “no”, no puedes decir “problema”, un montón de cosas que no se pueden decir. No sé si alguna vez habéis hablado, las empresas no tienen “problemas”, tienen “incidencias” [...] y luego algunas palabras que son las que tienes que decir habitualmente, entonces te enseñan eso, y luego es con la práctica. Si estás además en una empresa muy estricta, con las escuchas y demás, como puede ser (-atento) pues sí que tenían mucho en cuenta esas cosas [...] bueno, pues ya te acostubras, y ya hablas así en tu vida privada, porque yo me acuerdo cuando empecé a trabajar de teleoperadora y cogía el teléfono

Nada en el trabajo doméstico, incluso en el de cuidado y la enfermería, pasa por el autocuidado, nada que no sea la capacidad de la trabajadora para aguantar y preservar su herramienta más necesaria, que es su propio cuerpo, y la entereza ante la enorme tristeza de lo que se dejó atrás («Migración –nos dice una mujer en el parque– es estar lejos de la tierra de uno»). El tiempo libre, en definitiva, es tiempo para trabajar más. La insistencia de Ismucané en hablar de la necesidad de sentirse tratada «como una persona», como «un ser humano», tiene que ver con esta fabricación de la sumisión, de la reducción de su ser a mero cuerpo para la reproducción de otros, pura fuerza de trabajo despojada de toda cualidad.

El estrés y el agotamiento físico para unas y el cansancio, los achaques y la depresión para otras dan forma a las experiencias de clase, género y migración que se imprimen en la intimidad de los distintos cuerpos productivos.

Relaciones y saberes

«Escucha y relación, sobre todo relación con la gente». Así describe Mari Paz lo que pone a trabajar en el desarrollo de sus funciones como enfermera social. Algo que comparte con las teleoperadoras²¹ (así como con las trabajadoras domésticas, con las prostitutas y con otras mujeres en trabajo precario feminizado). La capacidad de atención y empatía, la anticipación a los deseos de las otras personas, no tanto el facilitar soluciones, como hacer que el otro se sienta bien en un sentido más general, la paciencia y la capacidad de reproducir una «sonrisa telefónica» son herramientas fundamentales que se apoyan en una sensibilidad común alabada por algunas feministas en el marco de la ética del cuidado. Los conocimientos técnicos,²² pero sobre todo relacionales, algo que la empresa pasa rápidamente por alto mediante un cursillo de tres días (sin sueldo ni garantías de entrar en la campaña) y la asistencia sobre la marcha de trabajadoras más experimentadas, son la clave del éxito. En estos cursillos y dependiendo del tipo de servicios prestados –asistencia técnica, información, urgencias, venta, encuestas, etc.– se establecen pautas comunicativas sobre la duración de la llamada, los modos de retener, diferir o cortar la comunicación, la argumentación a desarrollar, la entonación, las palabras prohibidas y potenciadas²³ o la activación del célebre «mute» o «túnel negro» mediante el que se deja la llamada en espera con distintos fines y al que las teleoperadoras en lucha han contrapuesto el «Sin el Mute», expresión que da título a una revista de elaboración propia que aborda los problemas laborales del *telemarketing*.

«Normalmente, durante el primer año, la gente sí que ve que su carácter se hace mucho más seco, está más a la defensiva porque, además, en atención al cliente tú eres la primera barrera, la gente llama para decir que no le funciona algo y tú no estás ahí para solucionárselo sino para aguantar la bronca, luego ya, si se lo puedes solucionar, ya pasas la llamada o lo que tengas que hacer, pero tú estás para aguantar la bronca. Entonces es muy importante diferenciar, saber que cuando sales de tu trabajo, cambiar y poder poner una sonrisa, pero cuesta muchísimo [...] Yo cuando cojo una llamada, yo sé, primero, que el hombre no está enfadado conmigo, que no es personal de ninguna manera y que si él me grita y yo le grito la vamos a liar, con lo cual, yo, con mucha paciencia y toda la tranquilidad del mundo, pero, no porque me lo impongan, sino porque de verdad me lo tomo así, porque a mí me da igual. Yo comprendo que él tiene un problema pero a mí plin, porque no es mi problema, entonces,

yo voy a hacer lo que pueda, esto algunas veces se lo puedes decir, otras no, pero tú tienes que mantener la idea de que yo voy a hacer lo que pueda y aunque me diga que yo soy una incompetente, yo no lo soy, y tengo que aguantar el chaparrón, y mentalizarte así. El problema que se suele tener en este trabajo es que empiezas a hacer las cosas lo mejor que puedes, pero no puedes, si es que no lo puedes hacer bien, porque no es tu trabajo arreglar nada, sólo es aguantar, entonces, eso sí que es duro porque, pues eso, que alguien te esté contando algo que realmente te da pena que el hombre lleve sin teléfono dos días, y no poderle decir, pues mire, dése de baja porque no se lo vamos a solucionar. Entonces simplemente es darle largas, decirle que vas a hacer todo lo que puedas y plantearte tú que eso que tú estás haciendo tu trabajo» [Deriva con teleoperadoras].

Las trabajadoras más avezadas o con mejor carácter serán capaces de poner coto a las tensiones produciendo auténticas escisiones subjetivas. No obstante, la integración de saberes y disposiciones genera dolorosas contradicciones. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el teléfono de atención a mujeres maltratadas contratado por el Instituto de la Mujer, en el que es preciso gestionar sobre la marcha una orientación comunicativa densa –escuchar, comprender, tranquilizar, consolar, informar, derivar, decidir, consultar, etc.– en una situación de fuerte tensión emocional.

«Sí, yo llego a este servicio y me dicen, tienes que derivar, pero, claro, la persona me dice (...) por ejemplo, en un caso de violación, era muy claro, le dices tiene que ir a una policía de éstas que tienen servicio a la mujer y te dicen, ya, pero es que en mi pueblo no hay, porque trabajas para toda España y si viven en un pueblo -, ya, pero está a 200 km, pues nada, la mandas a su comisaría, y no va a ser lo mismo, entonces tendrás que darle unas pautas de decirle, pues tiene que hacer esto, esto y esto, pero yo eso lo digo porque quiero, y la empresa quiere que yo lo diga, pero sin embargo no me obliga a hacerlo, no me ha dado formación, con lo que si yo lo hago mal ¿qué responsabilidad tengo? Tengo una responsabilidad personal, pero la empresa te puede decir esto lo has dicho tú y no estás obligada a decir eso y, de hecho, no lo puedes decir...» [Deriva con teleoperadoras].

Éste es un elemento clave en el cuidado, que nos sitúa nuevamente ante la tesitura que representa trabajar para la gente y no quemarse, dar con un modo de autopreservación subjetiva, de entereza en el contacto. Tal y como nos explica Ismucané, aunque las cosas vengan mal dadas y,

«por muy dura que sea la situación, no se puede llenar de rencores y malos sentimientos, entonces, esos sentimientos afloran y enseñas, si es cuidado de niños, enseñas a esos niños, enseñas todo lo que sabes. ¿Entiendes? Todo, todo lo que arrastra tu vida y que te ha transformado en una persona especial o una persona determinada, que te hace que tú transmitas a esas personas todo lo que eres. Pero por eso no te pagan» [Deriva con trabajadoras domésticas].

Otro elemento interesante en lo relacional que merecería una mayor indagación es la importancia del vínculo con las personas con las que se trabaja, algo a lo que aludieron tanto las teleoperadoras como nuestra guía en la enfermería social. En el caso de las primeras, las empresas tratan por todos los medios de reducir el contacto entre las empleadas, ya sea dedicando poco espacio físico para el descanso, como tuvimos ocasión de comprobar *in situ* todas apretujadas en el *office* de Qualytel, ya utilizando estrategias orientadas a fomentar la competencia y el individualismo, como la llamada «promoción horizontal»²⁴ o los incentivos,²⁵ también empleados en la sanidad pública.

*en mi casa y decía “telefónica buenas tardes” y además te despides diciendo “muchas gracias por su llamada”, es inconsciente, porque es una cosa que estás acostumbrada a decir durante ocho horas al día, no sé cuántas llamadas puedes atender al día, con lo cual la llamada en tu casa puede ser una de ellas» [Deriva con teleoperadoras].*²⁴ *«Respecto a la promoción interna, antes era por antigüedad, ahora se hace con la gente que lleva poco tiempo porque están poco quemadas. Hay una promoción vertical y una promoción horizontal (te pasan de una campaña a otra...), la promoción horizontal, aunque no mejoras en lo que se refiere al dinero ni a la categoría, representa un aumento en el prestigio, ya que se pasa por un nuevo proceso de selección, la empresa lo comunica a los compañeros, es una demostración de que le gustas a la empresa. El trabajo está más ligado a las campañas que a las empresas, eso aumenta la sensación de inestabilidad, aunque lleves años trabajando en el sector del telemarketing, un día puedes estar trabajando en una empresa y al día siguiente en otra»*

[Deriva con teleoperadoras].

²⁵ Dependiendo de las campañas se cobra una cosa u otra en forma de incentivos, además es algo difícil de controlar porque, por ejemplo, en las campañas de ventas, es algo que depende de que luego el comercial vaya a hacer la venta y esto crea mal ambiente. El pago de incentivos también crea muy mal ambiente (en el 061 se pretendió pagar incentivos por conseguir que no se tuviera que enviar una ambulancia a la persona que llama para solicitar los servicios, pero se paró; Bea y Teresa creen que fue un globo sonda).

²⁶ Al principio, nos cuentan las compañeras, escogían a los coordinadores entre la gente con más experiencia. Es lógico: si conocían más el trabajo podrían, también, coordinarlo mejor. Pero enseguida se dieron cuenta de que esa gente estaba demasiado quemada, que precisamente haber sufrido el trabajo les hacía más refractarios a convencer a sus compañeros de que agilizaran sus llamadas o de que no se escaqueasen. Así que han terminado captando a los coordinadores entre los nuevos empleados, más manipulables, gente recién llegada y más ingenua a la que todavía se le puede vender las historias de la empresa.

²⁷ El anonimato de estas empresas es un hecho común...

²⁸ A propósito de la ciudad como espacio de lucha, véase www.hackitectura.net/osfavelados/txts/geografias.html.

No obstante, la empresa sabe que buena parte del trabajo se desarrolla gracias al intercambio entre las trabajadoras, que es el que asegura la transmisión del *savoir faire* acumulado gracias a la veterania de quienes llevan más tiempo y, ¡atención!, están más quemadas,²⁶ y de la información necesaria en el curso de las llamadas, algo que no reside en las escasas carpetas que pudimos ver en las salas, tampoco en los ordenadores, sino justamente en el cerebro de quienes se comunican. El control de este proceso descansa en un *management* modulado que emplea técnicas de vigilancia (escuchas y grabaciones), jerarquización (personal de operaciones –teleoperadores/as, coordinadores/as y supervisores/as– y personal de estructura, de confianza), deslocalización y asincronías temporales (la pauta de trabajo es la campaña y algunas trabajadoras estarán ubicadas en la sede de la empresa operadora, mientras que otras estarán en la empresa contratante y así se irá cambiando constantemente) y diferenciación basada en el salario o el valor (de la campaña, del sexo de quien la ejecuta, del vestuario, de la empresa, etc.). La sensación de estar de paso es permanente, la organización científica del trabajo, es total.

A pesar de todo, las relaciones se establecen, las trabajadoras en rotación vuelven a encontrarse, la experiencia y la resistencia se acumulan y la socialización se proyecta fuera del espacio de trabajo, primero en el Dunking Donuts al que nos conducen, el único lugar asequible en el barrio de Salamanca, donde se ubica Qualytel en una clandestinidad casi completa,²⁷ y lejos de las opulentas calles de esta zona, en las casas, en los bares, en los parques, en el transporte, en la ciudad. Las relaciones, constreñidas por los ritmos laborales intensivos o por la aceleración de la vida urbana, buscan espacios interiores y exteriores de desahogo. Bea y Teresa siguen manteniendo contacto con muchas de sus compañeras y compañeros anteriores. Mari Paz, en nuestro paso por su antiguo trabajo en un centro de atención a toxicómanos, queda para esto y para lo otro con sus antiguos camaradas de noche.

«Quien más me ha ayudado es el equipo. Yo a veces tenía ganas de ir a trabajar simplemente para poder estar con mis compañeros, porque yo no tenía vida social. Mis amigas de la carrera se han pirao fuera a trabajar, muchos de mis amigos, pues igual, Madrid vas a un ritmo de trabajar que te cagas y es que no les puedo ver, si yo tuviera mucha más de mi gente aquí me agobiaría porque no puedo verla. Entonces, mucho de mi sustento afectivo está en mi trabajo» [Deriva con una enfermera social]

La fuga de la sociabilidad con respecto al comportamiento pautado del trabajo es un hecho común cuya concreción más interesante la encontramos en los parques, donde se reúnen migrantes compatriotas y donde se traban todo tipo de contactos. La fragmentación de la casa donde se sirve, la invisibilidad de los papeles y el anonimato de la extranjería se recomponen en un espacio público que se resiste a la dinámica posmoderna del «no lugar». Y pensamos, si existiera hoy un lugar específico para la lucha contra la precariedad, ese sería la ciudad en toda su extensión;²⁸ este parque, aquel bar, la escalera del edificio, toda la manzana, el metro, los cruces, los portales, el solar... Esto nos da importantes pistas para idear el conflicto a partir del *continuum* espacial que se despliega en el tránsito existencial y no exclusivamente laboral (Qué hacer, por ejemplo, con el aislamiento de lo doméstico? ¿Podemos seguir la pista? ¿Encontrarnos en otros ámbitos? ¿Inmiscuirnos?) y en las figuras y posiciones que hoy encarnan estos flujos situados (¿las eventuales compañeras del *call-center*? ¿Las usuarias del internet café, del Lidl, del 36?).

La lógica de la empresa

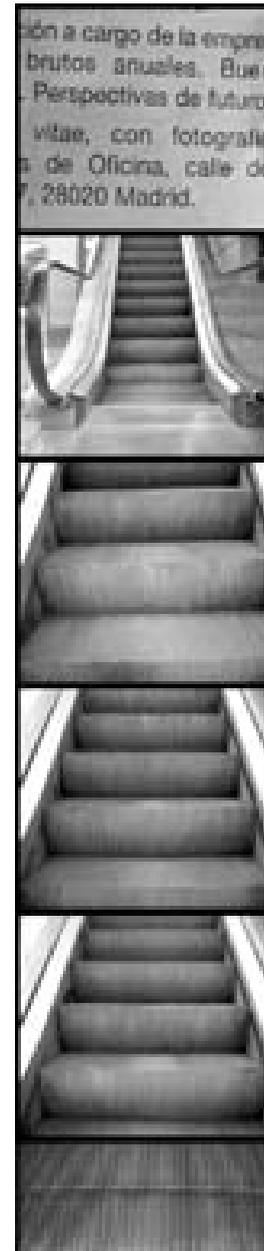
«Digamos que hemos caído en la misma productividad que el capital espera de un trabajador, que esperaba de un trabajador en la fábrica, sólo que ahora en la fábrica de la vida y casi nunca hacemos nada que no sea con una intención clara, digamos, cuyo fin, casi cuya duración, haya sido predeterminada con antelación» [Deriva con traductoras y profesoras de idiomas].

Cuando las diferencias salariales son realmente una cuestión de matiz porque todo el mundo gana una mierda, el valor de lo que se hace y de lo que se es producido dentro y fuera del trabajo, pasa a un primer plano. Lo que decíamos antes: los estilos, las señas corporales, los lenguajes, las tradiciones culturales, los recorridos existenciales, las competencias informales y su reinterpretación en el seno de la empresa social. Para la gente, en su mayoría universitarios, que vienen de la hostelería, del Tele Pizza o del buzoneo, este trabajo de oficina, comentan las teleoperadoras, supone una mejora. Hablamos de una «movilización total» en lo que se refiere al diseño en la que intervienen desde los elementos medioambientales (el barrio, la presencia, la disposición de los distintos objetos en el propio puesto...) hasta la difuminación del ejercicio del poder. No negarse, no irritarse, todo es posible de un modo diferido...

«En la empresa nunca dicen que no, claro, pero siempre han de hacer unos estudios de viabilidad, y el de los casos, en concreto, duró dos años y al final del mismo se resolvió dar únicamente almohadillas individuales» [Deriva con teleoperadoras].

El poder, además, se asume, se hace propio, se reproduce mediado por el aditamento que se da en cada uno de los nodos de la red. Lo hacen los médicos bajo la presión de los incentivos y las farmacéuticas, lo hacen las trabajadoras sociales acosadas por la falta de recursos, lo hacen las teleoperadoras incentivadas por una diferencia de estatus, lo hacen los editores seducidos por el brillo de la proyección pública, lo hacen las encargadas de sección alentadas por la responsabilidad y la pertenencia a una gran firma. El chantaje afectivo, las prebendas inmateriales, las promesas intangibles, las promociones potenciales, las oportunidades que se generan, los proyectos viables, el acoso psicológico o los beneficios en clave de favores y compromisos constituyen una gramática afectiva bien estudiada en algunos ámbitos, como el doméstico, donde ir al médico es siempre una concesión que obliga a una contrapartida traducible en tiempo, labor o pleitesía. Las relaciones radicalmente femeninas entre la señora y la asistenta son, en este sentido, un complejo juego asimétrico de dependencias mutuas en el que se negocia la intimidad que proporciona el acceso al cuidado y al aseo, la culpa, la responsabilidad para con los tuyos/suyos y la dependencia total que genera organizar una vida en torno a otras personas.

El lugar de negociación se ha disuelto, el momento contractual es indeterminable, el sistema de derechos y obligaciones se establece *as we go along*, de modo que el simple hecho de formular esta gramática es una tarea ardua, si no imposible. El convenio, para quienes lo tienen y para quienes lo tienen en su propio sector, es una anécdota que choca una y otra vez con la racionalidad de la actividad.



«Depende de las empresas, en algunas te dan un caramelito, a unos les pagan más si trabajan un festivo, a otros si trabajan por la noche les dan un plus de nocturnidad, entonces, más o menos todo igualado, incluso en el ámbito de todas las empresas, yo creo que la patronal lo tienen así establecido para que se dé una cosa mejor y otra peor. Esto del convenio, bueno, en el comité de empresa estamos luchando habitualmente nada más que por eso, porque se cumpla el convenio a rajatabla. Ahora han puesto una cosa muy buena, que es el que halla descanso por visualización de pantallas, porque antes lo que había es el descanso de 10 minutos o 15, dependiendo de las horas que trabajes normalmente, pero ahora lo que hay es cada 2 horas de trabajo, 5 minutos para relajar la vista, eso es importante que la gente lo sepa y que si nos presionan les dé lo mismo y sigan saliendo, tienen derecho, pero lo que ocurre en ese trabajo es que tú tienes tu descanso, pero es que si en ese momento hay muchas llamadas, el coordinador está ahí para decirte «espérate un poco que hay muchas llamadas, no salgas al baño». La función de coordinador no se sabe muy bien cuál, pues eso que alguien le pueda decir a otra persona que no vaya al baño, y lo de los descansos pues eso, si entras en el ritmo que entra todo el mundo, cuando llegas dices, bueno, voy a hacer las cosas bien y me da lo mismo salir 5 minutos antes o después al baño, pues eso se va creando así y entonces te puedes quedar sin descanso.... Cumplir el convenio en general, sí, pero claro no es en general, es cada día de trabajo, entonces como son llamadas que entran, pues con lo de atender bien el servicio y el tema de la profesionalidad, te lo venden muy bien» [Deriva con teleoperadoras].

Lo importante, como comentan las teleoperadoras, es lograr que lo que realmente se hace se parezca, o una crea que se parece, a lo que se esperaba hacer.

Renta

La renta es habitualmente el criterio clave para comprender el trabajo precario, la renta y la condición de permanente temporalidad a la que ya hemos aludido y que hemos tratado de complejizar a partir de algunas cosas que han ido saliendo en el curso de las derivas. La importancia del salario con respecto a otros valores como el prestigio, los recursos, la conectividad, las oportunidades de proyección estratégica o los intereses personales varía en función de las posibilidades que cada una, como individualidad, pero sobre todo por la posición social que ocupa de un modo más o menos fijo. Para algunas, las trabajadoras domésticas, el trabajo es exclusivamente eso, dinero, lo inmediatamente necesario para cambiar las cosas, para transformar «este infierno de inestabilidad en que vivíamos».

Las palabras de las mujeres con las que hablamos en el Parque del Oeste, además de su tono de voz, su entonación, que no podemos reproducir mediante la mera transcripción, lo dice todo.

– Si yo le digo «trabajo», ¿qué le sugiere?

– Trabajo es un oficio para tener dinero porque aquí todo es a base de dinero y, algo para conseguir trabajo, digamos, dinero. [Preguntando a una mujer ecuatoriana en el Parque del Oeste, Deriva con trabajadoras domésticas].

La renta va indisociablemente unida a los papeles y a la condición de ser mujer migrante. Ambos forman el circuito cerrado del trabajo doméstico en el que se ven atrapadas muchas mujeres que no pueden desarrollar sus profesiones o intereses. También en este circuito se pone de manifiesto la dimensión servil que señalábamos más arriba, una dimensión que encuentra su más clara expresión material en la transformación de la propia forma salarial: «por un lado, el salario aparece cada vez más como una variable de ajuste de la política económica, es decir, corresponde al salario absorber los *shocks* macroeconómicos, los altos y bajos coyunturales; por otro, experimenta un fuerte proceso de individualización: el salario base (aquél que se calcula contractualmente, que se basa en la cualificación del obrero y que constituye un elemento irreversible) determina apenas una parte de los ingresos salariales, mientras que una parte creciente se fija en función del grado de implicación, del celo y del interés demostrado durante el proceso de trabajo, es decir, después del momento de la contratación. Así pues, el salario es cada vez menos el resultado de una relación contractual (y de fuerza) y cada vez más pura remuneración individual por un servicio prestado».²⁹

Caminamos por las calles, atravesamos la ciudad en autobús desde la zona de Embajadores hacia el barrio de Salamanca, una superficie discreta pero repleta de marcas, de transiciones, de cambios medioambientales inscritos en los comercios, en los edificios, en el mobiliario urbano, en las gentes. Subimos por Velázquez en dirección a Jorge Juan, la nariz pegada al escaparate navideño de Loewe, un derroche de luces, burbujas doradas, purpurinas y copos arremolinándose al otro lado del cristal.

«Por aquí pasamos todos los días para llegar a casa y a trabajar, entonces lo significativo es eso que tú al pasar te encuentras con tiendas como ésta. ¡Qué maravilla de escaparate! Y eso, un bolso de 100.000 pts. Sí, llama mucho la atención estar en este barrio, incluso para la hora de descanso, si quieres bajar a tomar una caña sabes que no te va a costar como en el bar al lado de tu casa, entonces es muy significativo, tú vienes aquí a trabajar, lo dices en tu casa y dicen «vas a trabajar al barrio de Salamanca», parece que es lo que ellos hubieran querido, ya que no pueden vivir aquí, pero les hubiera gustado trabajar aquí. Muchas empresas de telemarketing están en la Moraleja y pasa lo mismo, la gente se va a la Moraleja a trabajar. Además, si van de traje, imagínate, la máxima perfección» [Deriva con teleoperadoras].

Seguimos por la misma acera y nos detenemos asombradas ante la imagen perfecta, la metáfora más elaborada de lo que nos sugieren estas calles en nuestro transitar por el trabajo precario. Se trata de un escaparate de alguna firma, completamente oculto, recubierto con una lámina que sólo deja libre, aunque no a la vista, un pequeño recuadro, demasiado elevado para nuestra estatura. Al encaramarnos, podemos ver una prenda exclusiva en un maniquí. La conjunción visual de la inaccesibilidad y la interdicción de ese gesto obsceno de meter la nariz (en donde no te llaman, porque si te llamaran no la meterías): ésa es la mejor descripción de lo que nos pasa.

²⁹ C. Marazzi, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos en la política*, Akal, Madrid, 2003.

Conflicto

Para nosotras la investigación es, por encima de todo, un pensar para la acción colectiva, un hallar los lugares desplazados del conflicto, saber nombrarlos, inaugurar otros anteriormente inexistentes con los que ya estamos experimentando: en la búsqueda de empleo, en la entrevista de trabajo (jesea gran máquina de humillación cotidiana!), en la red, en los centros comerciales, en el teléfono, en el parque, en el centro social... Después de este primer ciclo de derivas, cuyos recorridos y reflexiones tratamos de recoger en este texto, de la huelga del 20J y, más recientemente, de la frustrada huelga contra la guerra en Irak el pasado 10 de abril, hemos lanzado dos preguntas, en primera y segunda persona: «¿cuál es tu guerra? ¿cuál es tu huelga?».³⁰

El objetivo primero del Laboratorio de las Trabajadoras consistía en la creación de un espacio de comunicación permanente que no estuviera constreñido por el lugar de trabajo, que no se limitara a lo laboral, como si esto pudiera separarse de otros aspectos de la vida, o que no quedara restringido a la singularidad de tal o cual empresa, de este conflicto concreto, de aquella reivindicación, y pudiera rehacerse como una práctica dirigida a contaminar y provocar reacciones en cadena. Un laboratorio que nos permitiera estar al tanto de lo que acontece e improvisar movimientos conjuntos de apoyo y de revuelta (intervenir ante el despido o situación de maltrato de una trabajadora interna, participar en momentos de paros y luchas de las trabajadoras de la salud, del *telemarketing*...).

Tanto en el curso de las derivas como después, en los dos talleres de Cuidados Globalizados, apenas hemos tenido ocasión de atravesar experiencias de lucha reseñables: la huelga de las trabajadoras de la limpieza del Ramón y Cajal, la lucha de las teleoperadoras en Qualytel y otros gestos, brotes, protestas o procesos de levantamiento en ciernes. A algunas compañeras les resultó extraño el encuentro con las compañeras de la limpieza durante nuestro breve paso por el hospital. Nos las veíamos con un conflicto localizado, aún atravesado por la influencia de sindicatos como CCOO, al que tanto se han enfrentado las trabajadoras de la contrata Eurolimp-Ferrovial en el Ramón y Cajal para salvaguardar su autonomía y su funcionamiento de base, o por los rasgos de un conflicto en el que la precariedad reside fundamentalmente en la creciente pérdida de derechos, en la difuminación de las funciones de las trabajadoras con vistas a intensificar su actividad, o en la absoluta represión de cualquier brote de protesta.³¹ Hemos reconocido la cercanía de la relación que han buscado con los pacientes y sus familiares, con otros grupos sociales siempre más allá del entorno sindical, su discurso sobre los cuidados como algo que atañe a la ciudadanía y su crítica a la privatización de la sanidad.

Quizá el conflicto de las teleoperadoras nos resulta más próximo, sobre todo por la absoluta inexistencia de estructuras de representación, por la movilidad extrema (el constante trasvase de trabajadoras) y el aislamiento al que se ven sometidas, o por unas prácticas de lucha híbridas en las que se juega con el anonimato, la acción en red, la clandestinidad del proceso organizativo, la utilización de herramientas simbólicas para romper el aislamiento y el miedo, etc.³² Su experiencia de comunicación «con quien tienes al lado» y poco a poco para poder ir construyendo un sentido común, la necesidad de reconocerse, porque los nombres comunes no son obvios, o el poder

³⁰ <http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=03/04/09/1234246&mode=thread>

³¹ <http://www.nodo50.org/limpiezasramonycajal>.

³² En este sentido, la experiencia de las luchas de hace unos años en el censo de Madrid o en el Circo del Sol con personal contratado por Manpower han sido otras importantes fuentes de inspiración: <http://www.sindominio.net/labiblio/archivo.htm#prec>

cortocircuitar la lógica de la empresa produciendo otras nuevas nos da algunas pistas interesantes para futuras intervenciones.

Al indagar en la naturaleza íntima y paradójica de los rasgos del trabajo feminizado, descubrimos algunos puntos de ataque: hacer de la movilidad nuestra fuerza (como se decía en el debate del Gran Chow), apropiarnos de los canales comunicativos para hablar de otras cosas (y no cualquier cosa), modificar la productividad semiótica en momentos estratégicos, hacer del cuidado y de las redes invisibles de apoyo mutuo una palanca para subvertir la dependencia, convertir el «trabajo bien hecho» en algo ilícito y contrario a la productividad, convertir la práctica de habitar, de estar, en derecho creciente.

Nuestras incursiones en los espacios del no-trabajo o, para ser más exactas, en los tránsitos existenciales y subjetivos, tienen antecedentes aislados en los que hemos ido zambulléndonos, por ejemplo, en la campaña contra Inditex llevada a cabo por distintos grupos de mujeres (y de forma entrecortada desde 1998³³) o en la reapropiación de compresas de hace ya más tiempo. Transformar las luchas laborales en luchas ciudadanas que actúen sobre las asimetrías de sexo y sexualidad, de procedencia y papeles, de raza y de edad que atraviesan los circuitos metropolitanos de la precariedad constituye un recorrido que algunas hemos iniciado desde diversos lugares; las unas, desde el empleo propio o ajeno; las otras, desde lo social indistinto; las de más allá, desde un sindicalismo en experimentación, desde el movimiento feminista o desde los encuentros personales.

To be continued...

Al cierre de esta primera fase queríamos que nuestro esfuerzo de cartografiar sobre el terreno pudiera expresarse, multiplicarse y entablar un diálogo con otros. ¿Pero cómo poner en común un proceso tan íntimo y complejo? ¿Cómo expresar, en una sola tarde, en un solo lugar, la particularidad de los espacios y las vidas hacia las que hemos derivado? Todo esto nos llevó a lo que dimos en llamar el «Gran Chow»: una *performance*, lo más animada que pudimos, de las derivas, compuesta por una teatralización y una reproducción ficticia de los lugares (pasos de cebra, escaparates, pantallas, hogares, obras, salas de hospital y de enseñanza, transeúntes, etc.) que recorrimos y las gentes con las que hablamos protagonizada por... ellas mismas, vídeo, diapos, audio, un debate para el que ya estábamos demasiado cansadas y, para terminar, un piscolabis en La Eskalera Karakola.

En la casa, una traductora nos habla entre llamadas y catástrofes informáticas de su aislamiento, del agobio y del placer en la intimidad del texto. En el aula, una profesora da una clase de inglés a ritmo de consigna. En la casa nuevamente, una empleada de hogar nos explica sus horarios y la gestión de una familia a distancia. Salimos, paseamos, reflexionamos, vemos el vídeo de una deriva virtual con una arqueóloga que chupa mucha carretera, preguntamos a una trabajadora del Ramón y Cajal. Nos dejamos contagiarnos del ritmo frenético del teclado, de las llamadas, de las cacerolas, de las broncas.

³³ <http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=02/05/20/0131215&mode=thread>, <http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=02/05/27/2159245&mode=thread> y <http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=02/05/27/229240&mode=thread>



Y ya ubicadas y desubicadas, ya juntas y revueltas, vemos un montaje que recoge voces e imágenes de nuestros recorridos y debatimos. Hablamos de la precariedad, todo el mundo habla de la precariedad. Pero, ¿se puede? ¿Es útil? ¿Cómo definimos una categoría que contiene tantas diferencias, tal variedad de experiencias y condiciones? Surgen dudas. ¿No es juntar el trabajo precario de una investigadora y el de una interna sin papeles bajo el mismo nombre una forma de obviar una diferencia bestial de poder social? ¿Cómo delimitar la precariedad más allá de lo laboral? Y con estas y otras preguntas nos vamos al piscolabis y a tramar futuros itinerarios de lo común singular.

Indypiquete contra la precariedad y la guerra (huelga del 10 de abril de 2003 contra la guerra en Irak)

Ayer, el ejército estadounidense tomaba la ciudad de Bagdad. Con esta incursión masiva, se anunciaba el fin de la campaña bélica contra Irak. Pero no de esta guerra. Porque esta guerra va más allá del ataque a Irak o a Afganistán (¿quién se acuerda ya de Afganistán?). Desde el 11 de septiembre, la guerra se ha convertido en la forma de gobierno imperial. Guerra como mecanismo de legitimación de un poder que, tras haber desmantelado los sistemas de bienestar, necesita afirmar su capacidad de dominio, por más vacío y arbitrario que éste pueda resultar.

Como todas las guerras, esta guerra (global y permanente) tiene también sus frentes internos: creación de enemigos ubicuos y con ellos, extensión del pánico difuso; recorte de derechos y libertades justificado por una situación excepcional; medidas de austeridad y flexibilización laboral ante las exigencias de la guerra. Frente a esta guerra y frente a su lógica delirante, miles y miles de personas nos lanzamos espontáneamente a las calles. Nuestros cuerpos desafiantes desbordaron las ciudades del mundo por cuatro días consecutivos. El grito que los recorría: «NO NOS REPRESENTAN».

Hoy, jueves 10 de abril, algunos sindicatos han llamado a la huelga, respondiendo al grito generalizado de «o paran la guerra o paramos el mundo» y colocando la identidad de trabajador en el centro. ¿Pero qué huelga podemos hacer las que tenemos la identidad de trabajador dislocada, pese a ser ya tantas, cada vez más: las cuidadoras, las trabajadoras del sexo, las asistentes sociales, las *freelance* precarizadas (de la traducción, del diseño, del periodismo, de la investigación), las profesoras, las limpiadoras, las estudiantes-trabajadoras del Telepizza,

las vagabundas y deambulantes por un mercado laboral cada vez más pauperizado?

Podemos invadir las calles, como lo hicimos aquel jueves 20 de marzo en el que comenzaron los bombardeos, afirmando un deseo de vida otro, ajeno al absurdo de un poder que ha decidido gobernar y ordenar por medio del terror.

Podemos recorrer ese territorio móvil, que es el nuestro, pero también el de la guerra y el de la precarización, situarnos dentro y contra ese paisaje saturado de vallas publicitarias, maniqués con vestimenta militar, tallas estandarizadas de normalización anoréxica y contratos basura en todas sus variantes, que tantas veces hemos atravesado (en busca de empleo, de vestimenta, de ocio, de identidad), y desde ahí interrumpir el flujo (de consumo, de comunicación productiva, de invasión propagandística del imaginario, de control y cuidadosa reglamentación de la desviación, de criminalización de todo lo que no encaje en el cuadro), subvertirlo, volverlo caótico, convertirlo en algarabía y en grito de «no a la guerra».

Podemos probar a parar, si no el mundo, algunos de los circuitos productivos y de las conexiones clave de la economía-red, aliándonos a las máquinas y poniéndolas en huelga. A nosotras nos pueden despedir, pero a ellas no.

**Contra la guerra y sus múltiples frentes:
jam their lines!**

Indias metropolitanas contra la precariedad y la guerra.



simplemente, los datos vuestros, todos

DNI, teléfono, dirección, DNI, etc.
código postal... todo

y luego la experiencia laboral que tenéis

de edad... ¿tenéis algún tipo de topes?

¿No? porque yo tengo 29
y como estoy a punto de 30...

Encuentros en la segunda fase

El continuo comunicativo: sexo, cuidado y atención

*Ya, desde el famoso 11s estamos
Ya, en guerra global permanente
Yo, que vivo en guerra cotidianamente
Yo, salgo a las calles y digo que ¡NO!*
(A la huelga en do mayor, música de
«yo te amo con la fuerza de los mares»)

1. Punto de partida

En los meses que siguieron al «Grand Chow», diciembre de 2002, comenzamos a dar forma a lo que todas concebimos como una segunda fase de nuestra exploración en torno al trabajo precario femenino. Algunas compañeras se desplazaron a otros lugares y dejaron de compartir el cotidiano de *Precarias a la deriva* desde Madrid, otras se fueron vinculando y proponiendo iniciativas puntuales: la publicación de un texto en un libro o en una *web*, la participación en unas jornadas, la colaboración en un vídeo, el acompañamiento en un proceso organizativo o en una movilización, etc.¹ Todo esto está dando lugar a un modo de cooperación en red que no pasa tanto por la pertenencia, en este caso al grupo de *Precarias*, cuanto por la apertura de un terreno de comunicación y acción fluido, en ocasiones, excesivamente difuso, que en adelante esperamos se convierta en una herramienta para construir un nuevo espacio de agregación: el *Laboratorio de las Trabajadoras*.

Nuestras idas y venidas habían iluminado ya una serie de problemas, tanto en el plano teórico (el concepto de precariedad sin ir más lejos) y metodológico (¿Cómo acercarnos? ¿Cómo, estando a veces tan cerca y a veces tan lejos?) como en el modo de generar conflictos en entornos invisibles, frágiles, privados... o en entornos más o menos codificados, como el que se abrió en Madrid al calor de las movilizaciones (también laborales) durante la invasión de Irak... o en entornos difusos como el área comercial, los almacenes, el transporte público, etc. Contábamos con testimonios importantes, muchos de ellos registrados y transcritos y habíamos generado una serie de útiles, modestos eso sí, como el piquete-encuesta, la lista de correo precariasaladeriva@sindominio.net, los relatos de campo y, en general, una práctica minuciosa de registro dirigida a materializar y

¹ Hemos colaborado con http://www.centrodearte.com/plantillas/Revista/Proyectos/plantilla_portada_proyecto_5.asp?id_proyecto=9&id_revista=13; con la video artista María Ruido en http://www.sindominio.net/karakola/cuerpos_de_produccion.htm y «Totalwork», <http://www.sindominio.net/karakola/precarias/totalwork.htm>; hemos apoyado, asimismo, un encuentro entre colectivos de mujeres inmigrantes en Europa (MAIZ, Austria; Anacaona, Bélgica; AMDE, España y Punto di partenza, Italia), <http://www.servus.at/maiz/oeffentlichkeit.html> y participado en las jornadas «Pensar en Precario», <http://euskalherria.indymedia.org/eu/2003/01/3501.shtml>, así como en el segundo Foro Social Europeo que este año se celebró en París.

² «El precariado es al postfordismo lo que el proletariado fue al fordismo: trabajadores flexibles, eventuales y a tiempo parcial, autónomos, son el nuevo grupo social que requiere y reproduce la transformación neoliberal posindustrial de la economía. Es la masa crítica que emerge del vortex de la globalización capitalista, mientras fábricas y barrios demolidos se ven reemplazados por oficinas y áreas comerciales. Son l@s trabajador@s de servicios en supermercados y cadenas; l@s trabajador@s cognitiv@s que operan en la industria de la información, la gente cuyo trabajo autónomo empuja a formas extremas de autoexplotación. Nuestras vidas devienen literalmente precarias por imperativo de la flexibilidad» <http://www.chainworkers.org>

³ De hecho, en una ocasión, diseñamos una deriva, que luego no llegamos a realizar, en la que seguíamos los pasos de la deriva guiada pero introduciendo algunos componentes de la acción: la idea básica era la de sentarse en grupo y en unas sillas plegables en distintos espacios públicos (en el metro, en una terraza bar, en una plaza, en un almacén, etc.) convirtiendo así cada uno de estos espacios en una extraña estancia.

⁴ Este sencillo método tuvo ya su momento de ensayo durante las acciones de mujeres en el célebre, por raquítico, Foro Social Trasatlántico convocado durante la presidencia española de la Unión Europea en 2002. Pues bien, en aquella ocasión retomamos una campaña impulsada por *La Eskalera Karakola* en 1999 y nos lanzamos a reetiquetar las prendas de Bershka (Inditex) con frases del tipo «talla estandarizada de normalización anoréxica» o «100% trabajo explotado».

preservar nuestras reflexiones y nuestros recorridos. El conocimiento experimental/experiencial que propugnamos por medio de las derivas nos había puesto sobre la pista y había permitido expandir el punto de mira de un modo casi vertiginoso. Por otro lado, la concreción de la red de relaciones que se había abierto con el proyecto de las derivas y la invitación a la huelga, el proto-Laboratorio de Trabajadoras, seguía en ciernes, así como muchos de los enunciados, consignas e hipótesis que queríamos producir a partir de estas incursiones. Algunas derivas importantes, en particular una con trabajadoras de la producción mediática y otra por la industria del sexo, no habían llegado a realizarse por motivos diversos y, desde luego, no queríamos dejarlas en suspenso.

En enero de 2003 participamos en las jornadas *Pensar en Precario*, organizadas por CGT, y volvimos a coincidir con otras personas y colectivos que, como nosotras, llevan tiempo dándole vueltas a la cuestión de cómo pensar y organizar lo que algunos han dado en llamar el *precariado* o *precariado social*.²

Diseñamos entonces lo que sería esta segunda fase y hablamos de dar continuidad a este proyecto por tres vías diferentes (pero no desligadas): (1) un segundo ciclo de derivas, (2) una serie de talleres de reflexión colectiva abiertos a más gente y (3) algunas intervenciones que nos permitieran indagar en las formas posibles del conflicto.

De algún modo, las derivas se habían revelado como un contacto apasionante, una forma de contagio y reflexión a la que no queríamos renunciar, un método que, además, aún no había dado todos sus frutos. Un método infinito dada la singularidad intrínseca de cada recorrido y su capacidad para abrir y enriquecer los lugares.³ Los talleres eran una apuesta por un encuentro más pausado, también un modo de afianzar las relaciones que íbamos trabando y una llamada al delirio colectivo, eso sí, planificado. Los talleres, de algún modo, nacían de contactos o necesidades que habían surgido en el curso de las derivas: ¿por qué en femenino? ¿qué gira en torno a la denominada crisis de los cuidados? Algunos pasaron sin pena ni gloria, otros, en particular el *Taller de Cuidados Globalizados*, se consolidaron y nos han permitido profundizar en un campo tan complejo como es el de las condiciones en las que hoy se desarrolla la reproducción a escala global. Por último, el espinoso asunto del conflicto, plagado más de intuiciones que de otra cosa, permanecía ahí, irreverente, haciéndonos un guiño desde la esquina. La infiltración, el espionaje (¿industrial?), el travestismo, la rebelión de las máquinas, el etiquetado defectuoso⁴ y, claro, el *reclaim the streets* o el dispositivo móvil de encuesta especialmente diseñado para dar al traste con una movilización clásica, se revelaban como pálidas tentativas de lo posible.



La cosa, evidentemente, se ha ido complicando por el camino y hemos acabado involucradas en un acompañamiento a las salidas que realiza Hetaira en el centro de Madrid y la Casa de Campo, en una serie de autoentrevistas y diálogos con compañeras con las que nos hemos ido encontrando y, por encima de todo, en una iniciativa editorial y audiovisual que ha centrado nuestros esfuerzos durante los últimos meses de 2003 y que hoy se plasma parcialmente en este artículo que tienes entre las manos. ¡Qué aproveche!

2. Derivas y algo más... El embrollo del trabajo sexual

2.1. ¿Una vez más?

Las derivas, tal y como explicábamos en «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras» no se limitan al recorrido guiado por el transcurso de una experiencia de precariedad. No son ni mero deambular, ni actividad planificada. De modo que, cuando nos propusimos acercarnos al trabajo sexual, teníamos muy claro que no podíamos reproducir el rol de «mironas» como nos decía una prostituta en la Casa de Campo, ni tan siquiera el de simples simpatizantes. Por eso, salimos pensando, más que en ningún otro encuentro, en un intercambio que fuera más allá de la futura deriva con trabajadoras del sexo. De momento, el intercambio se ha plasmado en nuestra participación en algunas actividades de Hetaira,⁵ lo que nos han permitido acercarnos a la prostitución de calle, tan desconocida para nosotras, y establecer un vínculo donde no lo había. Esperamos que éste se vaya estrechando y, de paso, avancemos en una forma de cooperación que contribuya a conectar este sector del trabajo femenino tan estigmatizado y acosado con otras realidades precarias con las que, en ocasiones, puede incluso llegar a solaparse.

Pero, antes, ¿cabe preguntar por primera o última vez por qué el trabajo sexual? Sabemos, de primera o segunda mano, de las polémicas que giran en torno a la prostitución. Las internas al movimiento feministas⁶ y las que surgen habitualmente en los discursos públicos, por ejemplo, en los medios de comunicación, tan proclives al prohibicionismo. El debate entre abolicionistas y defensoras de los derechos de las trabajadoras sexuales que, para las que no lo sepan ha costado grandes peleas, escisiones y mucha mala baba, parece estar en un punto muerto y no vamos a ser nosotras las que lo reproduzcamos aquí. Algunas activistas y estudiosas que están trabajando en

5 www.hetaira.info

<http://www.ub.es/geocrit/sn-94-100.htm>. Sobre LICIT otro colectivo de defensa de los derechos de las trabajadoras del sexo, pero éste afincado en Barcelona :

6 Como algunas recordarán, las *Jornadas Estatales Feministas de Santiago de Compostela* de 1989 representaron uno de los hitos en el surgimiento de un enfrentamiento que giraba en torno a la pornografía, las fantasías sexuales, la prostitución y el trabajo sexual en general. Un debate que, en último término, y tal y como sugieren algunas teóricas, remite a las concepciones feministas en torno a la sexualidad y a la violencia. Ya a comienzos de la década de 1980, simultáneamente al arranque del movimiento feminista en España, surgen en distintos países europeos iniciativas dirigidas a la legalización de sindicatos de prostitutas, pero no existe en este momento ninguna conexión real entre feministas y putas en el Estado Español, donde el punto de vista dominante entre las primeras había sido el de considerar a estas últimas como víctimas del sistema patriarcal y por tanto objeto de reinserción. La conexión de algunos sectores del movimiento con las prostitutas llegará más adelante. En 1990 se celebraron las *Primeras Jornadas sobre Prostitución, Sexualidad, Pornografía y dependencias afectivas* organizadas por la Coordinadora de Catalunya, con la asistencia de la trabajadora sexual italiana Carla Corso. También en Madrid, en 1990, se celebraron unas jornadas de debate en torno a estas cuestiones que fueron publicadas posteriormente. «Lo que está emergiendo en este nuevo enfoque es un incipiente, a la par que extremadamente sugerente, movimiento a favor de los derechos de las prostitutas, con organizaciones locales y



vínculos internacionales. El nuevo entendimiento se basa en la noción de una problemática común, plena

de solidaridad pero exenta de paternalismos... «porque las prostitutas plantean las mismas demandas que las feministas (y que el conjunto de las mujeres): aspiran al derecho al trabajo, a recibir protección contra la violencia, a una vida sexual en la forma en que cada cual

prefiera, y éstas son cuestiones importantes para el feminismo, así que la lucha es la misma», Marjan Sax en Osborne, R. (ed). *Las prostitutas: una voz propia. (Crónica de un encuentro)*, Barcelona, Icaria, 1991. Véase también el volumen *Debates Feministas*, editado por la Comisión Antiagresiones y la Coordinadora de Mujeres de Barrios y Pueblos del Movimiento Feminista en 1991.

Tras este apasionante periodo de debates y conflictos, se abre otro más anodino repleto de pronunciamientos institucionales de corte integrador y contra el tráfico de personas y la violencia, ajenos, en cualquier caso, a la posición de reconocimiento de los derechos de las trabajadoras sexuales. De este modo los congresos de las prostitutas van por un lado y las declaraciones institucionales y de los grupos de mujeres, salvo algunas excepciones, por otro. En la

Comunidad de Madrid, y bajo el gobierno ultraconservador del PP, se han sucedido distintos acontecimientos públicos de orientación claramente abolicionista (es decir, que propugna la prohibición de la prostitución). A comienzos de 2000, se celebraron algunos talleres y jornadas más o menos a favor de los derechos de las prostitutas. Entre tanto, la labor reivindicativa y de apoyo a las prostitutas realizada por Hetaira y otros colectivos como Licit en Barcelona se ha consolidado y han surgido nuevos grupos y alianzas en este sentido, a la par

este campo, putas o no, afirman estar hartas de pelear contra unas posiciones excesivamente estrechas, deterministas y victimizadoras, y sentirse solas ante la renovada ola de criminalización que se nos viene encima y que golpea, en primer término, a los sectores tradicionalmente más perseguidos y marginalizados de la sociedad. La piedra de toque siguen siendo los derechos de las trabajadoras o, dicho de otro modo, la consideración de esta actividad como trabajo y, por consiguiente, como generadora de una serie de derechos (hoy en curso de ser desmantelados en casi todos los sectores laborales) equiparables a los que se desprenden en otros trabajos; y no como violencia o esclavitud sexual, como algo sobre lo que ninguna mujer puede tener pleno poder de decisión o epítome de la dominación patriarcal y capitalista.⁷



Esta última posición ha sido tradicionalmente defendida, con distintos matices, tanto por las feministas burguesas como por las socialistas, para las que la prostitución era equiparable a otros contratos desiguales que, como el matrimonio, debían ser abolidos y cuya abolición quedaba supeditada a la revolución socialista. Mientras muchas mujeres afirman su derecho a prostituirse y ser consideradas «como el resto de los trabajadores» (horizonte ya de por sí borroso y cambiante), los argumentos que tratan de inscribir la prostitución (junto a otros hechos sociales) en el orden patriarcal pierden centralidad en el seno de una polémica estancada.⁸

Lo que introduce la consideración pública del trabajo sexual es un argumento de tipo moral. La prostitución, se dice, atenta contra la dignidad de las mujeres, convirtiendo sus cuerpos en objeto de comercio (y violencia). Sin embargo, cuando la actividad es consentida, nos hallamos ante un *delito sin víctima* que no se sabe muy bien a quién protege... ¿a la sociedad?, ¿a la moral pública? Cualquier consideración del punto de vista de las profesionales queda, desde esta perspectiva, fuera de juego y quienes afirman proteger acabando siendo victimizadas.⁹

Por otro lado, el pragmatismo que domina el discurso regulacionista (del que participan de modo diverso las prostitutas, los empresarios de locales y algunas organizaciones feministas) se limita a considerar la gestión de esta actividad, algo que las feministas aliadas de las prostitutas vinculaban hace unos años a un debate más amplio al que se sumaban otras cuestiones que, poco a poco, han pasado a un segundo plano. Entre ellas, estaban los sentidos y

que se ha desatado, aún tímidamente, en España, el debate en torno a la regulación, con la constitución de una comisión en el Senado a la que han sido invitadas algunas feministas (M. J. Miranda y R. Osborne) que han manifestado la imposibilidad de abrir cualquier tipo de debate que no incluya a las protagonistas. Las intervenciones en esta comisión pueden consultarse en: <http://www.izquierda-unida.es/actividades/mujer/actualidad/actosenado.pdf>, 2002.

⁷ Algunas han querido ver aquí una confrontación entre reclamar derechos como trabajadoras o hacerlo como mujeres.

⁸ Carole Pateman ha abordado el *contrato* (temporal) *de prostitución* revisando algunos de los argumentos más relevantes. Para esta autora se trata de determinar la singularidad del mismo en el seno de las sociedades patriarcales, algo que tiene que ver con el hecho de que quienes prestan este tipo de servicios son mayoritariamente mujeres y que éstos van unidos a la identidad sexual, es decir, a la construcción de la feminidad y la masculinidad (y no ya al sexo o al cuerpo). Según ella, conforman un tipo específico de subordinación (diferente a otros contratos de venta de la fuerza de trabajo o a los que tienen lugar en otros sectores laborales feminizados). También es específico en relación con el matrimonio o con las «madres de alquiler», aunque mantiene una relación con estos contratos sexuales. La clave, según ella, reside en que estos servicios encarnan significados patriarcales ya que lo que se adquiere es la sujeción sexual o derecho de mando sobre la prostituta (algo que incluye la sexualidad, pero no sólo). Lo cierto, y aquí reside nuestra diferencia con Pateman, es que lo que se adquiere en la mayor parte de los casos no es una sujeción, como si dijéramos, real, sino una ficción (una representación de la sumisión, del deseo, de la debilidad o de tantas otras cosas diferentes) que está sujeta a negociación. Y, como en toda negociación, los términos de la misma están en relación directa a la fuerza que, en cada momento, tenga cada una de las partes. De momento, retengamos la idea de que para esta autora la prostitución establece una relación amo-súbdito y un modo de acceso, en este caso mercantilizado, al cuerpo de las mujeres. En su revisión de los argumentos de Pateman, Fraser distingue entre un nivel social y otro cultural o simbólico. En el primero, resulta más que dudoso que el contrato selle el control del cliente y la anulación de la mujer que, más bien, detenta un control considerable sobre la transacción sexual y goza de total autonomía fuera de ella (a diferencia de lo que ocurre en el matrimonio). Es más, si revisamos los argumentos de Pateman a la luz de nuestras reflexiones sobre la precariedad femenina, veremos que muchas de sus explicaciones no nos sirven y que la presunción de dependencia y sometimiento en los trabajos sexuales, en realidad, no es tal o, por lo menos, es menor en relación con otras áreas. Para Fraser, la dificultad no está en la relación contractual, sino en la esfera de lo simbólico, y es en ella donde la prostitución revela hoy la fragilidad del género. «Sugiero [sostiene Fraser] que aquello que con frecuencia se vende ahora en las sociedades del capitalismo tardío es una fantasía masculina del «derecho sexual masculino», fantasía que implica su precariedad en realidad. Lejos de adquirir poder de mando sobre una prostituta, lo que obtiene el cliente es la representación escenificada de dicho poder» (p. 307). De modo que estas fantasías chocan, por un lado, con la práctica contractual y, por otro, con una amplia gama de asociaciones diferentes que no se agotan en el modelo amo-súbdito, masculinidad-feminidad, sexo-violencia, y es aquí donde nuestra exploración puede abrir nuevos caminos. Lo que sí nos gustaría rescatar de Pateman es su encono para con los contractualistas liberales, en la actualidad encarnados por los empresarios a favor de la regulación, para los que la libertad contractual desatiende las condiciones sociales; entre otras, la dificultad de establecer contratos justos (no ya libres o voluntarios) en el contexto de un mercado laboral profundamente jerarquizado según el sexo, la raza y la procedencia. Pateman, C., *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995. Fraser, N., *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista»*, Santa Fé de Bogotá, Siglo del Hombre ed., Univ. De los Andes, 1997.

⁹ Tal y como explica Elena Larrauri, a partir de la década de 1980 asistimos a una expansión de la figura de la víctima en el derecho penal, algo que contaba ya con una importante tradición en la criminología crítica que hablaba de los «delitos sin víctima». «Surgían víctimas por doquier [...], la víctima de las drogas era el propio consumidor, la víctima del tráfico sexual entre adultos, la prostituta, la víctima de la pornografía, las mujeres, etc. Se produjo una especie de consenso en la necesidad de «intervenir» y se rechazaba la imagen de sujetos «libres»» (p. 231). Uno de los resultados de esta expansión fue el «robo del conflicto a la víctima». La misma argumentación válida para la consideración de delito puede ser empleada al hablar de la consideración del trabajo: si el trabajo es una forma de retribución dirigida a garantizar una existencia digna, entonces, la prostitución no es un trabajo.

¹⁰ Tal y como explicó M. J. Miranda en su intervención en la comisión del Senado, la regulación parte de la categoría de «derecho sin víctima», definida por E. M. Schur: «transacción o intercambio voluntario entre adultos de bienes y servicios con fuerte demanda y legalmente proscritos». Esta definición excluye, como es obvio, la prostitución infantil y la prostitución forzada y está en la base de la legislación vigente en España y en la mayor parte de los países europeos. Quienes se autodenominan «trabajadores/as del sexo» (como por ejemplo el *International Committee for Prostitutes' Rights*), apoyadas por grupos feministas y empresarios del sexo, solicitan, sin embargo, un paso más: en cuanto actividad económica y laboral «con fuerte demanda», requiere una regulación que garantice: (1) la des-criminalización de la prostitución libre entre adultos, (2) la regulación de las relaciones entre terceros (clientes y empresarios) de acuerdo con las leyes de comercio, laborales, fiscales, y otras regulaciones de las actividades económicas en general, (3) la aplicación estricta de las leyes penales contra el fraude, la coacción, la violencia, el abuso sexual de los niños, el trabajo infantil, los delitos contra la libertad sexual y el racismo, se produzcan donde se produzcan, tengan carácter nacional o internacional e impliquen o no la prostitución, (4) el respeto de sus derechos humanos y libertades civiles, incluyendo la libertad de expresión, de viajar, de emigrar, de trabajar, de casarse, de tener hijos, y cobertura de riesgos de desempleo, salud y vivienda, (5) derecho de asilo para todos aquellos a los que se acuse en su país de un «crimen de estatus», como prostitución u homosexualidad, (6) libertad para elegir el lugar de trabajo, dentro de las regulaciones

las prácticas sexuales, su transformación histórica y su contribución estratégica al género. Esto, que se podía pensar muy bien desde la prostitución y las prostitutas, no sólo concernía a las mujeres directamente implicadas, que ya es mucho, sino a todas. Los derechos de las prostitutas (la invención de nuevos derechos), que, como sucede también con los derechos de las trabajadoras domésticas, han permanecido al margen de la legalidad y, consecuentemente, de la regulación estatal,¹⁰ y su visibilidad como sujetos han de situarse en el centro del debate. Pero es que, además, la prostitución o, mejor, el trabajo sexual, es un lugar privilegiado para hablar del valor y de las dimensiones cambiantes del sexo en la sociedad patriarcal.

Lo cierto es que, hoy por hoy, el trabajo sexual constituye una estrategia para lograr ingresos (superiores a los que se obtienen en otras actividades), que muchas mujeres eligen entre opciones casi siempre malas y limitadas (sobre todo en el caso de las inmigrantes) y que lo único que han logrado las propuestas prohibicionistas o redentoras es socavar la oportunidad de generar una posición de fuerza de las mujeres que realizan estos servicios, someténdolas a una presión extra y contribuyendo a su estigmatización y a la invisibilidad. Los controles sanitarios especiales y policiales forzados, la segregación en áreas concretas de la ciudad y la implantación de distintos niveles de tolerancia, el registro obligatorio, la penalización de proxenetas y clientes o las multas por el ejercicio en la calle acrecientan este efecto.

Cuando han tenido ocasión de hablar, muchas prostitutas han afirmado su capacidad de elección o al menos su capacidad de buscarse la vida del modo mejor para ellas, dadas las circunstancias, y coinciden en que lo peor no es la supuesta indignidad del intercambio sexual, para el que han desarrollado mecanismos adecuados de implicación (tan adecuados que, como observa Pateman, molestan profundamente a los hombres que aspiran a obtener sexo «de verdad»), sino, precisamente, las condiciones bajo las que lo realizan y el modo en el que son tratadas por ello. Esto, como apuntan los testimonios de Mary-Loly, no es nuevo:

«Muchas veces he podido dejarlo y nunca me he decidido. ¿Por qué? Pues porque creo que después de tantos años de moverte con toda libertad, de hacer lo que te da la gana, de tener dinero en el bolsillo con cierta facilidad, resulta bastante penoso meterte a trabajar con un horario fijo, con un patrón que te explota y un sueldo que nunca te sirve para llegar a fin de mes decorosamente. Lo he visto también en algunas mujeres casadas que recurren a hacer algunos [servicios] para sacar algo del dinero que el marido no trae a casa.»¹¹

En definitiva y tal y como explica Cristina Garaizábal.

«[S]i no tenemos en cuenta las decisiones que toman las prostitutas, si las victimizamos pensando que *siempre* ejercen de manera obligada y forzada; si consideramos que son personas sin capacidad de decisión... todo ello implica no romper con la idea patriarcal de que las mujeres somos seres débiles e indefensos, necesitados de protección y tutelaje.»¹²



administrativas aplicables a otro tipo de actividades económicas y (7) derecho de asociación y trabajo colectivo. Evidentemente, la agenda de los empresarios no es idéntica a la de los colectivos en defensa de las prostitutas. La referencia electrónica aparece en la nota 7.

¹¹ Saiz Viadero, J. R., *Conversaciones con la Mary-Loly. Cuarenta años de prostitución en España*. Barcelona, Ediciones 29, 1976.

¹² Sobre este particular citaremos, entre otros, los siguientes textos: Osborne, R., *Las prostitutas: una voz propia, op.cit.* y Garaizabal, C., <http://www.pensamientocritico.org/crigar0703.htm>, 2003.

2.2. Circuitos alternativos

En cualquier caso y a pesar del estado de la cuestión en el feminismo, lo cierto es que el escenario en el que se debate el trabajo sexual se está modificando rápida y profundamente, y que esto debería provocar una reapertura del diálogo en otros términos. He aquí algunos elementos para el mismo.

El consumo de bienes y servicios de carácter sexual ha aumentado y se ha diversificado.¹³ Por otro lado, va siendo progresivamente aceptado, también por parte de las mujeres. Tal y como insisten las profesionales, el mundo de la industria del sexo es muy diverso y, en estos momentos, es difícil generalizar. Los lugares, los servicios, el régimen y las condiciones de trabajo, etc., varían y dependen, como en otras actividades, de la situación (de papeles, raza, lugar de origen, sexo, edad, situación familiar, etc.) de quienes lo realizan.

Otro hecho significativo es que las prostitutas españolas y de Europa Occidental en general están siendo sustituidas progresivamente por inmigrantes de países del Este, Latinoamérica y el Caribe, el Sudeste asiático y el África subsahariana. El trabajo sexual es una estrategia femenina de supervivencia indisolublemente unida a las migraciones actuales y a otras salidas que, como el matrimonio o el turismo sexual, dan forma a los nuevos *circuitos de la globalización*.¹⁴ El trabajo sexual es un trabajo flexible que podría, en algunos casos puede, desarrollarse de un modo más autónomo, desregulado e intermitente. En este sentido, constituye una oportunidad para muchas personas que ven restringidas desde el Estado (leyes de extranjería) y desde el mercado laboral sus posibilidades para acceder a recursos e ingresos dignos. No obstante, esta misma condición flexible y alegal contribuye a profundizar, además del estigma, la precariedad que pesa sobre este trabajo.

Existe una interacción restrictiva entre las leyes de extranjería y el trabajo sexual que tiene el efecto de bloquear las posibilidades de regularización y favorecer aún más las extorsiones y presiones de todo tipo, incluidas las que atentan contra la libertad sexual y la libertad de movimientos, que pesan sobre las migrantes en el trabajo sexual.

Se ha incrementado la trata de personas para la actividad sexual, algo que sucede en contra de la voluntad de las mujeres, acudiendo a la extorsión y a la violencia y que, querámoslo o no, cohabita en muchos contextos con el libre ejercicio.¹⁵ Es preciso, en este punto, afinar la distinción entre: (1) trabajo coaccionado (esclavo), (2) trabajo embridado por deudas (semiesclavo), (3) trabajo asalariado (sin deudas relacionadas con la migración) y (4) trabajo «autónomo» (sujeto en mayor medida a la propia organización de los tiempos, actividades, espacios, etc.). Somos conscientes de que estas categorías o regímenes precisan de un desarrollo que, a su vez, resulta tremendamente controvertido.¹⁶

Otro elemento importante es la incipiente organización de las prostitutas en España, derivada del hecho de que muchas de ellas, latinoamericanas, proceden de países en los que existen sindicatos de las trabajadoras del amor, como allí se denominan. Se ha producido, asimismo, una incipiente organización de los propietarios de locales, movida seguramente por el descenso de sus beneficios ante la competencia de la calle.

¹³ Colectivo IOE, *Mujer, inmigración y trabajo*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 2001; Proyecto Cles, *Barcelona, París, Turín. Intervenciones sobre la prostitución extracomunitaria*, Torino, Edizioni Formazione 80, 2002; Agustín, L. «Trabajar en la industria del sexo», en http://www.nodo50.org/mujeres-red/laura_agustin-1.html y «Cruzafronteras atrevidas: otra visión de las mujeres migrantes», en Martín, M., Miranda, M.J. y Vega, C. *Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión*, Madrid, Ediciones Complutense (en imprenta).

¹⁴ Sassen, S., *Contra geografías de la globalización*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003 y Gregorio, C. y Agrela, B (eds.), *Mujeres de un solo mundo: globalización y multiculturalismo*, Granada, Universidad de Granada, 2002.

¹⁵ «Pero, a no ser que consideremos mafiosos a banqueros, patronos, mercaderes y tanta gente que se aprovecha de las necesidades de las personas para acumular dinero, es conveniente distinguir entre lo que son las redes que posibilitan la entrada ilegal de emigrantes de lo que son las mafias. El término mafia se refiere a aquellas estructuras organizadas que extorsionan a las personas, mediante chantaje, coacción y violencia, para obligarles a hacer algo en contra de su voluntad. Y esto, aunque se da en algunos casos, no puede hacerse extensible a la forma como mayoritariamente entran los inmigrantes en nuestro país», Miranda, M.J., *Las prostitutas: una voz propia*, op. cit. En cuanto a la actividad, nos remitimos al siguiente fragmento: «“Las cosas han cambiando mucho”, me asegura. “Ahora no hay más que delincuencia. Antes se pagaba entre siete y ocho mil en cama. Ahora

2.3. De salidas y derivas

Con algunas de estas reflexiones y transformaciones en mente, iniciamos nuestro acercamiento al trabajo sexual. Nos sumamos durante el verano de 2003 a las salidas de Hetaira por la Casa de Campo y la zona centro,¹⁷ apoyamos alguna de sus movilizaciones e ideamos una serie de entrevistas y una primera deriva, realizada a primeros de noviembre, que nos ayudaran a abrir el campo del trabajo sexual (telefonía erótica, *peep shows*, casas de citas, etc.) y fueran una modesta contribución a la labor que Hetaira realiza desde hace años en relación con la prostitución de calle.

Con respecto a estas salidas hay que decir que tienen lugar en un momento especialmente difícil, alentado por las protestas vecinales, por el clima securitario que anima la actuación de los responsables políticos y de la policía, y por el sensacionalismo (sexo, mafias y extranjería, ¿qué más se puede pedir?) promovido por la prensa en los últimos tiempos.¹⁸ Los relatos de las salidas ponen de manifiesto la complejidad de la prostitución de calle, además de nuestros descoloques y fantasías (demasiado lúgubres o exóticas, demasiado ingenuas o voluntaristas, demasiado correctas e inútiles), teñidas, en cualquier caso, por los imaginarios del placer y del peligro.

La prostitución de calle se complica. La organización del trabajo está sometida a las presiones de mafiosos, mirones, clientes, policías, vecinos y proxenetas.¹⁹ Los precios están bajando y se diferencian en función de la raza, la edad y los papeles. Las que hacen la calle representan el escalafón más bajo y, en muchos casos, el más dependiente, sometido y perseguido.

La prostitución, como el trabajo doméstico, no hace sino poner de manifiesto las escalas sexuales y raciales que existen en un momento dado. Pero ¿cómo funcionan estos mecanismos? ¿Por qué las subsaharianas son «más baratas»? ¿Por qué está bajando el precio del servicio en la calle? ¿Por qué sube la demanda y los precios de las españolas? ¿Por qué no se van todas a las casas de citas? Para responder a estas preguntas tendríamos que referirnos a fenómenos tan dispares y de escalas tan distintas como la nueva división internacional y sexual del trabajo, la ley de extranjería y las políticas de control de los movimientos migratorios (y callejeros), la erotización de la jerarquía, el racismo y los complejos mecanismos que se desatan cuando el sexo se vende como servicio. Este análisis de encrucijada cuesta, pero pensamos que ahora, más que nunca, resulta imprescindible.

Uno de los elementos del placer, sostiene una compañera, es sentirse deseado, esto desaparece cuando compramos el sexo, pero puede ser sustituido, si podemos imaginar que la prostituta de algún modo elige y nos elige, que lo hace «porque quiere», no porque «no tiene más remedio», que existe, de hecho, un afecto.²⁰ Cuando se dispara todo este batiburrillo, nos vuelve a asaltar la posibilidad de pensar el sexo y las prácticas de sexo en una dimensión histórica; como lo hace Foucault y las feministas que tanto nos inspiran, es decir, como producción (y no como mera dominación), lugar de regulación y de gobierno. Entonces pensamos cómo se ha transformado la sexualidad en relación con la femineidad y la masculinidad, cómo se están especializando y sofisticando los servicios del sexo y cómo todo esto va unido a la invención de derechos en un contexto general dominado por la desarticulación y en otro particular, el del trabajo sexual, caracterizado por el desequilibrio y el estigma.²¹

estas niñas (hace un gesto señalando a las ecuatorianas y rumanas que están en la acera de enfrente) no cobran más de quince euros. Así no puede ser." Sin embargo, le molesta mucho que se hable de mafias. "Aquí no hay mafias. Hay delincuentuchos, que andan por aquí. Pero no hay mafias, ni de rumanas, ni de rusas, ni de nada. Y si queréis ver bien qué es lo que hay, estaos aquí, pero en distintas horas, no en un ratito, para que veáis lo que va y lo que viene." Estas mujeres, me dice señalando a las rumanas, no están utilizadas por ninguna mafia. Tienen sus chulos, como todas." "Tienen sus 'maridos'", añade M. (notas de una salida con Hetaira, II).

¹⁶ Sobre esto, véase por ejemplo, el último trabajo audiovisual de Ursula Bieman, *Remote Sensing*, en el que se establece un vínculo en ocasiones difuso entre las estrategias de migración, las políticas de extranjería, las condicionantes del mercado y las organizaciones mafiosas: <http://geobodies.org/video/sensing/sensing.html>.

¹⁷ Hetaira cuenta con una unidad móvil que es una vía para establecer una red de contactos en la que se compagina apoyo, asistencia, sociabilidad y agitación. Desde esta unidad se contacta con las mujeres, se disemina información y recursos, se visibiliza un punto de referencia para afrontar dificultades o promover reivindicaciones de forma colectiva, etc. Las ventajas de esta práctica organizativa son evidentes cuando las condiciones de vida y trabajo resultan extremadamente inestables y cuando las mujeres se ubican en diferentes áreas de la ciudad. En realidad, las conexiones están ahí, existen como un producto del propio trabajo en la calle; pero, como sucede con otros sectores, no son suficientes,

puesto que conviven con la competencia y, aquí más que en ningún otro lado, con el estatuto alegal de la prostitución de calle, con la desconfianza y con el acoso ejercido por la policía y por extorsionadores varios.

18 Dada la situación en la Casa de Campo y la zona centro, Hetaira ha solicitado en repetidas ocasiones del Ayuntamiento que convoque un *Foro para la Prostitución*.

19 «Y entre las dos comienzan a contar y contar, a mucha más velocidad de lo que mi cabeza es capaz de procesar: que no hay casi ninguna puta independiente, que casi todas, también las españolas, tienen chulos y las rumanas están metidas en mafias rusas y bosnio-kosovares y ucranianas que tienen proxenetas mujeres (que estás con ellas en la casa de campo y las vigilan y las controlan y les pegan y maltratan si hace falta). Parece que se les exige que hagan un dinero al día impresionante, un dinero que «no se hace en la casa de campo» dice E. Y ayer pegaron a una chica, a una que siempre la están maltratando, siempre le obligan a estar al sol y ayer la pegaron le empezaron a pinchar con un palo y todo en el vientre. Hoy no ha venido a trabajar S. Intentó intervenir en la paliza ayudar a la chica y la amenazaron con cortarles las piernas por meterse donde no la llaman, pero ella no tiene miedo, dice y llamó a la policía, pues que no se peguen delante de ella al menos. E. sí tiene miedo, cuenta como las mafias han matado a bocajarro a un policía nacional y si le hacen eso a un policía qué no les pueden hacer a ellas [...] Nos lo cuenta en un caudal de palabras imparable acompañado de mil gestos, le va en ello el cuerpo el alma y todo. Habla de cómo ya no hay relaciones limpias, de que las rumanas no exigen los condones, pero bueno que pasa el otro día un

En nuestra perspectiva feminista, el ejercicio de la prostitución reproduce una teatralización del poder; el hombre negocia y compra el derecho de acceso al cuerpo de la mujer y... a algo más, algo que no se puede separar de lo primero: una *performance* de sexo con amor, una sexualidad normalizada o aberrante, igualitaria o jerarquizada, voluntaria o forzada, la compensación de un déficit de sexo o afecto, una compañera, una madre, etc. Se pueden comprar muchos tipos de *performance*, no hay más que ver los anuncios del periódico. Las putas siempre han hablado de la chapa que les pegan sus clientes, de su papel de terapeutas o sujetos deseados, desmitificando así la generalización de la violencia y el desprecio como pauta del servicio sexual. Fantasías de dominio, de guerra, de inversión del poder, de secreto y desvelamiento... Como decía un cliente por la tele: «nadie da tanto por tan poco». El trabajo sexual, decíamos antes, es un lugar estratégico para revelar la sexualidad (la normal y la desviada) en un periodo histórico determinado, así como el modo en el que está vinculada con otras dimensiones de la identidad social. Las putas y las trabajadoras del sexo en general ponen de manifiesto las actuaciones de género y las fronteras del ser mujer.

Por lo que han contado algunas compañeras del sector, la estratificación depende en gran medida del efecto de realidad o verosimilitud de la ficción, es decir, de lo que se acerque a un encuentro sexual no mercantil. A algunos hombres les gusta pensar que la trabajadora no trabaja, que está en ello y se entrega en cuerpo y alma, como si dijéramos. La ficción del piso de estudiantes para publicitar las casas de citas, la mujer independiente o la azafata que recibe o acompaña a caballeros en la prostitución de alto nivel, los migrantes que quieren estar con españolas, el anonimato de los pisos o el *party line* en la telefonía erótica son manifestaciones de esta ficción de igualdad, de normalidad si se quiere. Ser de raza blanca es otro indicador de igualdad alejado del orientalismo que prometen las mujeres de otros colores y procedencias o del horizonte de pobreza y extranjería que puede llegar a intuirse en el caso de las mujeres inmigrantes. El *cybersexo* es un fenómeno interesante en este sentido, sobre todo por la dislocación de la identidad que posibilita la red y otros interfaces como el teléfono.²² La oportunidad de disfrazar el sexo por dinero a través de mensajes telefónicos registrados en un contestador contribuye a desmaterializar el intercambio y a asegurar una representación menos carnal, pero de una exterioridad más abierta a la simulación. Pero entonces, ¿qué significa todo esto?

Esto es precisamente lo que nos gustaría seguir explorando. En cualquier caso, no sabemos si esta tendencia a la «disolución» de los trazos de asimetría (de sexo, origen social, raza, procedencia, edad, estándares corporales e identidad sexual) es dominante. Evidentemente, convive con otras que valorizan las fantasías de dominación y sumisión o se inspiran en jerarquías de sexo, raza y procedencia.

Lo que sí resulta evidente es que estas fantasías (ya sean de igualdad o dominación/sumisión) se producen en el contexto de un sistema social jerarquizado de acuerdo con distintos ejes. La estratificación resultante abarca (1) el régimen de trabajo (coaccionado, embridado, asalariado sin deudas y autónomo); (2) la movilidad social, laboral y geográfica; (3) el grado de exposición del cuerpo (directo en la prostitución, semidirecto en el masaje o indirecto en el *peep show* o en la telefonía), y (3) la organización del trabajo (empresa flexible y en red como en los *chats* o en las casas de citas, familiar como en algunos burdeles, autónoma como las prostitutas por cuenta propia,

mafiosa, etc.). Si cruzamos todas estas categorías de posición y régimen tendremos un mapa de ejes bastante complejo.

Este mapa en curso empieza a mostrar algunas singularidades y lugares comunes. Muestra, por ejemplo, la similitud entre ciertas formas de trabajo sexual y otras en el campo de las comunicaciones, del comercio (en las grandes cadenas o el pequeño comercio) o en el servicio doméstico (igualmente frágil en lo que respecta al estatus legal). Hablamos de empresas muy similares. Con sus instrumentos publicitarios, su sistema de *controllers*, su recepcionista en el papel de contactadora, supervisora, presentadora, diseminadora y contable, sus instalaciones descentralizadas, sus horarios flexibles, su inclinación a acaparar todo el tiempo de la vida de las trabajadoras (como sucede con las domésticas internas), etc. Aunque el estigma social sea compartido por todo el sector de la industria del sexo, también tiene algo que ver con la feminización de la actividad, la invisibilidad y la falta de estima, rasgos que el trabajo sexual comparte con otros trabajos de cuidado y atención.

Otra dimensión para los nombres comunes y las singularidades a potenciar es la identidad de las mujeres. Como ha sugerido Laura Agustín, muchas no se piensan como «prostitutas» o «trabajadoras del sexo», sino como migrantes de tal o cual lugar «que se dedican de forma temporal al trabajo sexual como medio para alcanzar cierto fin. Esto significa que están menos interesadas en cuestiones de identidad que en que se les permita seguir ganando dinero de la manera que quieran, sin que se las agreda o violente, por un lado, o sin que se las tenga lástima y se las someta a proyectos para “salvarlas”, por otro».²³ Esta indefinición o ambigüedad profesional, que ya veíamos en las teleoperadoras, no es aquí el producto de la desregulación, sino la condición misma de un «oficio» que se confunde con la naturaleza misma de la mala mujer. A ella contribuye el carácter expansivo y diversificador de la propia industria (hoy resulta difícil distinguir algunos servicios eróticos de otras actividades «sensuales» dirigidas a fomentar la salud o de las que se desarrollan en el terreno del arte y/o del entretenimiento) y el flujo de entrada y salida de muchas mujeres, sobre todo migrantes, que hoy cuidan niños y mañana hacen una semana en la Casa de Campo.

Los apuntes, de momento, son muchos y dispersos. Los relatos e impresiones que hemos ido reuniendo recientemente sugieren más preguntas que respuestas. Hemos abierto bien los oídos durante las salidas, las entrevistas, en una primera deriva guiada por una compañera de la telefonía erótica y una recepcionista telefonista de una casa de citas; esperamos poder seguir abriéndolos en los próximos meses. En cualquier caso, esto nos parece un buen punto de arranque en un lugar que ya pensábamos sobredeterminado por el *impasse* en los debates feministas.

un cliente para un completo, casi se quita el condón a traición, pero que no todas somos iguales, dice, que pasa eso, no puede ser que se la chupen sin condón. Lo que termina de alterarla es el tema de la reunión con el alcalde. Ella se expresa con una claridad incomparable, tiene las cosas muy claras, lleva muchos años trabajando allí, pero es que se pondrá nerviosa y ya ha dado la cara otras veces y está harta de dar la cara sola y es que las putas todas tienen chulos o mafias y ella no quiere ir otra vez sola. No, pero bueno, están las demás de Montera, está C. que sí la conoce, bueno, se empieza a animar y dice que ella llevaría a Gallardón a dar una vuelta por la casa de campo y que viera lo que hay, ella le enseñaría, sí, cómo está lleno de mirones y entre los mirones [...], algunos son chorizos y esperan a verte hacer algunos coches para luego merodear a tu lado sin perder tu bolso de vista. Y los policías que llegan patrullando y detienen los coches donde ellas trabajan impidiéndoles trabajar así. Y las mafias ucranianas, encima ahora se han puesto a robar los coches de lujo de los clientes cuando la chica termina su servicio [...]. Y a las chicas rumanas las violan los de las mafias y los municipales y la policía también violan a los trans y a los travestis, y si no se dejan, amenazan con lo papeles o la detención [...]. Sí, ella va a ir a la reunión, esperará ver lo que se dice, que hablen los demás, porque hay que oírlo todo para después hablar claro. Y entonces dirá que policía sí pero en moto, que dé seguridad pero sin molestar y es que ahora se venden los sitios en la casa de campo, se venden a algún chulo...» [Relato «Ver, recordar y cinco dedos», notas de una salida con Hetaira, I].

20 «En el banco de enfrente unas africanas están arreglándose. Se colocan unas a otras el tirante, se ajustan las minifaldas, y se maquillan durante largo rato. Un chico de unos veinte años pasea con su perro cerca de ellas. Al cabo de un rato se acerca y habla con una. Parece que se conocen. Charla también con el grupo, y después vuelve a hablar con la primera. Pasado un rato el chico se va como enfadado. Camina rápido y tira de su perro para marchar más deprisa. Se para un momento a hablar con el guarda jurado. La chica africana se acerca de nuevo. El chico se separa para hablar con ella. Al cabo de un rato se separa con violencia. “¡Das mucho por culo – eh morena! ¿No me hablas y ahora me pides fuego?” Ella se aleja y se sienta. Él se acerca de nuevo. Se agacha y se apoya sobre las rodillas de ella. Veo una historia que se ha repetido en estos días. La de un hombre, normalmente joven, que va buscando en realidad una pareja. La quiere hermosa, pero también la quiere disponible, a ser posible que no plantee muchos problemas. Lo que está claro es que la busca. Y se engancha con facilidad. Es la historia de aquel chico que se acercó a L., la albanesa, es la historia de este chico, y son las múltiples historias que me contaron aquella noche» [notas de una salida con Hetaira, II].

21 Todo esto está muy bien contado en «No hay polla que le calce» y otros relatos de campo por Montera y la Casa de Campo: <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm>.

22 Esta perspectiva ha sido explorada por el ciberfeminismo y el posgénero; en relación con la telefonía erótica: <http://www.echonyc.com/~women/Issue17/boon.html>.

23 L. Agustín. «Cruzafronteras atrevidas», op. cit.

talleres_Precarias_a_la_deriva presenta:

Cuidados globalizados

(amas de casa, chachas, señoritas y cuidadoras en general)



>> dom 2 marzo 18h
Eskalera Karakola
[c/ Embajadores 40 <m> Lavapiés]

3. Amas de casa, chachas, señoritas y cuidadoras en general. El taller de cuidados globalizados

3.1. Hablamos de crisis

Las reflexiones de este taller se exponen en un texto incluido en este volumen, de modo que procuraremos que estas páginas sirvan a modo de invitación para situarnos en los orígenes del mismo y pensar a partir de una encrucijada: ¿crisis? ¿Conflicto? ¿Tránsito?

El Taller de Cuidados Globalizados se celebró a lo largo de tres sesiones en las que participaron mujeres que eran una mezcla de alguna de estas cosas: trabajadoras domésticas y cuidadoras, migrantes, estudiantas, activistas, abogadas, mediadoras sociales, etc. La primera sesión fue una suerte de acercamiento al panorama actual de los cuidados (transformaciones sociales, planteamientos feministas, papel de las migrantes y de las leyes de extranjería, legislación sobre trabajo doméstico, situación del mercado laboral), después nos pusimos a pensar en las «cuidadoras en pie de guerra», en las experiencias existentes y en otras posibles.

La discusión, como siempre, se lió de buena manera, porque es verdad que son demasiadas cosas: (1) la historia de la división sexual del trabajo y su configuración en el presente, (2) la feminización de las corrientes migratorias y el «trasvase de desigualdades», (3) el marco legal que fija el estatus del trabajo doméstico como subempleo y el de las mujeres como subalternas, (4) el contenido de este trabajo: sus pautas temporales, espaciales, subjetivas, etc. y (5) los frentes de lucha.

En cierto modo, nuestro interés por los cuidados globalizados es el mismo que anima toda la temática institucional de la «conciliación de la vida familiar y laboral», aunque parta de premisas distintas y conduzca a conclusiones diferentes.²⁴ De momento vamos a llamarle «crisis»:

«[E]l esquema reproductivo mayoritario entra actualmente en conflicto, por un lado, con la presión que ejercen los modos de desregulación del empleo (masculino y femenino) y la carencia de servicios públicos y, por otro, con las expectativas que el acceso a la educación, al empleo más o menos estable, a la autodeterminación sexual y, en general, al feminismo como planteamiento sobre la liberación de las mujeres han generado a partir de la década de 1970».²⁵

O:

«Con la quiebra del modelo de familia fordista, en la que la infraestructura social doméstica y de cuidados se resolvía mediante la dedicación exclusiva de las mujeres a este trabajo gratuito, nos encontramos ante un nuevo escenario, que supone también la quiebra de la antigua estructura de cuidados en la que la reciprocidad diferida garantizaba que las personas que eran cuidadas en su infancia y en su juventud, serían en el futuro cuidadoras de sus mayores».²⁶

²⁴ Sobre conciliación: Consejo de la Mujer, *Conciliar la vida. Tiempo y servicios para la igualdad*, CAM, 2003; en particular, Tobio, E.

«Conciliación o contradicción: cómo hacen las madres trabajadoras» y García C., «Organización del trabajo y autonomía personal. Apuntes para un debate sobre flexibilidad y conciliación» en este volumen.

²⁵ Marugán B. y Vega, C. «Gobernar la violencia. Notas para un análisis de la rearticulación del patriarcado», *Política y Sociedad*, vol. 39, pp. 415-435, 2002.

²⁶ del Río, S. y Pérez Orozco, A. «La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados», *Rescaldos*, n. 7, 2002.

²⁷ Sobre el Estado del Bienestar español: Giner, S. Y Sarasa, S. (eds.) *Buen gobierno y política social*, Barcelona, Ariel, 1997 y Adelantado, J. (coord.) *Cambios en el Estado del Bienestar. Políticas sociales y desigualdades en España*, Barcelona, Icaria, 2000. Para una visión general con cifras de los cambios en la familia: del Campo, S. Y Rodríguez-Brioso, M. «La gran transformación de la familia española durante la segunda mitad del siglo XX», *Reis*, 100, 2002, pp. 103-165.

²⁸ Algunos datos comparados para el debate: (1) crece la longevidad de los europeos (la esperanza de vida es de 75 años para los hombres y 81,2 para las mujeres, 82,7 para las españolas); (2) desciende la tasa de natalidad, especialmente en España (aunque hay que señalar que ha aumentado ligeramente en los últimos dos años); (3) disminuyen los matrimonios (2,2 millones en 1980 y sólo 1,9 en 2000); (4) crecen los divorcios (de 0,5 a 0,7 millones para las mismas fechas); (5) aumenta la natalidad extramatrimonial (hace veinte años menos de uno de cada diez nacimientos era extramatrimonial, ahora lo son casi uno de cada tres, aunque las tasas más bajas se dan en España, el 14% frente al 27,2%), E. L. De Espinosa, «España y la población europea», *EL PAIS*, 6 de Diciembre de 2001.

²⁹ Jaques Dozelot explica cómo se produce la crisis de la familia del Antiguo Régimen. La interrelación entre los poderes estatales y familiares cambia; la familia se organiza de un modo más flexible y se afirma en ella un sentido sobre la autonomía y la protección de sus miembros... (p. 51-96); *La policía de las familias*, Valencia, Pre-Textos, 1998.

Pero, vayamos por partes. Por *esquema reproductivo* mayoritario entendemos la familia nuclear patriarcal con una fuerte división sexual del trabajo que determina la división entre lo público y lo privado, la producción y la reproducción; se trata indudablemente de una familia de clase media y blanca, legítima heredera de la familia burguesa del XIX, y extendida como modelo (ojo, no necesariamente como experiencia) a casi todas las demás capas sociales a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Este esquema maximiza la reproducción, en el sentido de Bourdieu, biológica y social, tanto en lo que se refiere a la transmisión de la herencia, como en lo que respecta al cuidado de la descendencia en íntima colaboración con el Estado y al mantenimiento del orden moral. En la España franquista, este modelo tiene tintes especiales fuertemente marcados por un Estado del bienestar autoritario,²⁷ el predominio moral e institucional de la religión católica y la propaganda sobre el papel de las mujeres como «ángeles del hogar». La crisis de este modelo se inicia en el post-franquismo y se agudiza en las últimas décadas.²⁸ Crisis no significa aquí, que la división sexual no siga produciéndose, que con anterioridad las mujeres de clase baja no estuvieran sometidas a un esquema intensivo de trabajo fuera y dentro del hogar, o que este modelo se realice del mismo modo en distintos contextos (por ejemplo, en el ámbito rural), o que suceda lo mismo en todas partes y en las mismas fechas. Los matices son importantes y, sin embargo, nos parece pertinente hablar de un modelo hegemónico y aclarar que cuando hablamos de división sexual del trabajo no asumimos que las mujeres no trabajaran fuera de casa, pero sí que la reproducción deja de tener lugar mayoritariamente en el seno de la familia extensa y que, a partir del XVIII, en Europa se establecen una serie de servicios colectivos que, apoyándose en la familia y en las mujeres, están dirigidos a formar, pacificar e integrar a la población y a concitar los peligros que en aquel periodo, y en otros sucesivos, representaban las clases populares.²⁹ Ni que decir tiene que este esquema ha sido objeto de sucesivas crisis y readaptaciones; por ejemplo, tras las dos Guerras Mundiales.

Uno de los elementos de la crisis actual, la *desregulación*, atañe, por una parte, a la pérdida de empleos masculinos durante la década de 1980 y, por otra, a la creciente expansión, fragmentación y diversificación de los nichos de trabajo femenino, no ya en la administración o en la manufactura, sino en el sector servicios: limpiadoras, sirvientas, cuidadoras, camareras, dependientas, comerciales, teleoperadoras, esteticas, trabajadoras del sexo, acompañantes, etc., un sector, para qué decirlo, cada vez más precario.

El segundo aspecto de esta crisis, la ausencia de servicios públicos, tiene que ver con el desarrollo del llamado Estado del bienestar «mediterráneo», que se llama mediterráneo por no llamarlo rudimentario o familiarista. Esto quiere decir que la reproducción está en manos de las mujeres, muchas veces en régimen de «doble jornada» y que sólo en ausencia de una mujer intervendrá el Estado. Los servicios son, especialmente en el campo de los cuidados, un complemento a la acción de las mujeres. Los hogares con recursos acudirán a la contratación de otra mujer, probablemente migrante, para externalizar parte del trabajo. Y aquí entran ya en juego otras dimensiones, como las regulaciones de extranjería: el hecho, por ejemplo, de que la extranjería se apoye en un fenómeno discriminatorio injustificable desde cualquier punto de vista eurobienpensante como es la preasignación por ley de determinados empleos (servicio doméstico) a determinados grupos de población (mujeres extranjeras) en función de su sexo y su condición de *alien*. De verdad que si tanta declaración no fuera más que papel mojado, esto sería un atentado contra los derechos humanos.

El tercer elemento, la *generalización del feminismo*, forma parte del horizonte subjetivo de las españolas y constituye una herramienta popular y populista de la mayoría de los partidos y de algunas marcas. La aceptación de la autonomía de las mujeres como idea se ha diseminado e individualizado.³⁰ A pesar de lo cual, choca con los sentimientos de estrés y con la dificultad a la hora de plantearse la independencia (jóvenes en el hogar de los padres, casadas insatisfechas con sus parejas o mujeres a cargo de personas dependientes), la maternidad, la formación, la equidad en el reparto de tareas o la promoción. La autonomía, a pesar de sus efectos para la autoestima, acaba siendo poco más que un ideal al que apenas se puede tender, algo para las «superwomans», algo que puede llegar a agobiar en la medida en que no se alcanza. A estos aspectos hay que añadir otro factor clave: el *envejecimiento de la población*,³¹ que, junto al descenso de la tasa de natalidad, está provocando una situación de incertidumbre y, como dicen y hacen los medios, de alarma social que en los próximos años puede modificar o al menos matizar los discursos criminalizadores sobre la extranjería en beneficio de otros que hagan más hincapié en el carácter beneficioso de los migrantes como fuerza de trabajo y, lo que es más peligroso aún, como fuerza procreadora necesaria en su justa proporción. Probablemente, asistiremos a una combinación de ambas orientaciones.

Todos estos elementos forman parte de nuestros debates, pero además, en los últimos meses, algo ha cambiado en nosotras. Será que nos estamos haciendo mayores o que ponernos a hablar sobre estas cosas del cuidado en primera persona nos sitúa ante la perspectiva de que también nosotras seremos cuidadoras y eventualmente cuidadas. ¿O no? Algunas ya cuidamos en distinto grado a otras personas con las que convivimos, a nosotras mismas y, de un modo aún laxo, a otras personas de nuestra familia. Casi ninguna tenemos críos ni pensamos o podemos tenerlos. Alguna los tiene al otro lado del charco y gestiona uno de sus hogares en la distancia con toda la incertidumbre que esto representa. Pero, a ver, ¿qué opciones tenemos? A muchas nos horripila el tener que vivir con nuestros familiares, incluso la perspectiva de tener que cuidarlos; ya vemos cómo lo hacen nuestras mayores. Rehuimos el chantaje afectivo y afirmamos nuestro deseo de mantener relaciones libres, es decir, basadas en el afecto. Sin embargo, estas mismas relaciones (más inseguras en la medida en que no producen garantías o están sujetas a contratos formales) no incluyen marcos (recursos, espacios y vínculos) para el cuidado. Vale, no nos hemos casado o hemos constituido otro tipo de unidades de convivencia, pero... ¿cómo será la necesidad del cuidado en estos entornos? ¿Volveremos a la familia? ¿A qué familia, cuando nosotras figuramos entre las mujeres más jóvenes de la misma? ¿A la pareja quién la tenga? ¿Tendremos pareja? Hablar en primera persona y juntas tiene sus riesgos. También nosotras volvemos la mirada hacia la familia, cuando ésta no nos agarra de la barbilla y nos voltea la cara, y nos cuesta pensar en las otras como cuidadoras y en las escasas instituciones que generamos como facilitadoras del cuidado; al loro, el *hardcore* del cuidado no es tomarse un té con pastas en una tarde de depresión.

3.2. Testimonios desde la orilla

Mientras comenzamos a hablar de estas cuestiones, nos enfrentamos a la situación de algunas compañeras migrantes en el servicio doméstico y en los cuidados. En «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras», nos referimos a la transferencia de parte del trabajo reproductivo a

³⁰ Vega, C. «Interroger le féminisme: action, violence, et gouvernementalité», *Multitudes. Féminismes, Queer, Multitudes*, Exils, Paris, 2003. En <http://www.sindominio.net/karakola/textos>.

³¹ Actualmente, en España, unos 7 millones de personas (17,1% de la población) tienen más de 65 años y, según los escenarios de proyección elaborados por el INE, podrían llegar a ser 9,4 millones (21,7%) en 1025 y 12,8 millones (31%) en 1050.

³² Esto ha sido ampliamente analizado en la literatura a partir de la interacción entre la estructura del mercado laboral en España y las leyes de extranjería. Por ejemplo en Gil, S. «Políticas públicas como tecnologías de gobierno. Las políticas de inmigrantes y las figuras de la inmigración» en Aguirre, M. y Clavijo, C. (eds.), *Políticas públicas y Estado de bienestar en España: las migraciones. Informe 2002*, FUHEM, Madrid, 2002. Tal y como explica S. Parella Rubio, «[E]l propio “marco institucional” no sólo delimita legalmente la denominada “etnoestratificación”, sino que, además, es copartícipe en la configuración de un mercado de trabajo sexuado para la fuerza de trabajo inmigrante, relegando a las mujeres a las actividades típicamente “femeninas” más proclives a la invisibilidad y a la explotación. Esta situación repercute claramente en la composición de los flujos migratorios y en las estrategias migratorias, ejerciendo un efecto de atracción (*pull*) que sirve de estímulo para que las mujeres migrantes sean pioneras de la cadena migratoria, a sabiendas de que la política migratoria española les ofrece mayores posibilidades que a los hombres para regularizar su situación jurídica» (p. 286), «El trasvase de desigualdades de clase y étnicas entre mujeres: los servicios de proximidad», *Papers*, nº 60, 2000.

³³ C. Catarino y L. Oso, «La inmigración femenina en Madrid y Lisboa: hacia una etnización del servicio doméstico y de las empresas de limpieza», *Papers* 60, 2000.

las migrantes. Esto tiene distintas consecuencias y parte de un mismo problema: el trabajo reproductivo no se ha repartido y las condiciones de los empleos hacen más difícil la labor de las mujeres autóctonas. Que los hogares no tengan «esposa» no significa que las cosas no tengan que hacerse; es más, se dice que en los hogares modernos y a pesar o, en algunos casos, precisamente por todos los avances tecnológicos, la carga de trabajo es mayor. Aunque los ingresos no sean a menudo especialmente elevados, muchas parejas heterosexuales, y homosexuales imaginamos, evitan el conflicto: se contrata a alguien (por horas) y *en paz*. Si, además, hay criaturas y dos salarios, aunque sean flexibles y/o precarios, la solución, además de la abuela, está cantada. Esto origina una «demanda», un nicho para el empleo femenino precario que encaja perfectamente con una «oferta»: la de mujeres migrantes que buscan alternativas laborales y/o vitales en los centros del capitalismo global y que no pueden optar por otros empleos.³² Ya tenemos el *pull* y el *push*. Y, desde nuestro punto de vista, hay que insistir en el *pull* (la estructura del mercado laboral español con la explosión del trabajo sumergido, del subempleo y del desempleo), sobre todo ahora que el empobrecimiento en el Tercer Mundo se contempla, bajo el prisma neoliberal, como incapacidad para el desarrollo y como algo que hay que solucionar donde corresponde.

La capacidad adquisitiva de los hogares de clase media ha bajado y, con ella, los salarios de las trabajadoras por horas o externas: las que recogen al niño del colegio, cuidan del bebé, limpian y cocinan, hacen la casa, la oficina o el portal, pasean con la abuela o hacen de *baby sitting*. Quienes tienen más recursos o quieren servicios especializados (familias de clase alta, empresas, instituciones) se aprovechan de las condiciones generales de un sector prácticamente al margen de la legalidad o, lo que es peor, con una legalidad que ampara el abuso. La demanda de internas y externas, según muestra L. Oso, depende de si la familia tiene hijos pequeños; para los sectores de clase media, la interna cuesta casi lo mismo y hacen mucho más; los hogares unifamiliares de las áreas residenciales de las grandes ciudades tienen espacio suficiente para albergar a una interna; así los han diseñado los arquitectos. Las parejas profesionales sin hijos, en aras de la intimidad y la paz afectiva, optarán por la asistenta.³³

«[L]os trabajos que más salían eran de interna, más cuidando niños, con cuatro, cinco niños en unas condiciones tremendas. Lo que más sale es trabajo de internas, claro, porque imagínate que están solicitando externas, solicitan externas y les pagan 80.000 pesetas, por ejemplo y de interna pagan 90.000 y tienes una esclava ahí, porque claro, el trabajo de interna en la mayoría, no sé si hay excepciones, porque no se puede generalizar todo, pero en la mayoría de los casos se creen que son dueñas de la persona que está interna. Quien te contrata piensa que te está pagando bien, te está dando casa, te está dando comida y un trato familiar, usando uniformes, tratándote como muy inferior... Entonces ven el caso: ¿qué me compensa, tener una persona externa o tenerla interna? Tener una persona interna. Entonces ya el trabajo de externa se reduce totalmente y casi no hay trabajo de externa. Son poquísimos, son unas condiciones de que hay gente que dice: yo no quiero tener a una persona, porque no me apetece, no tengo la libertad, pero por esas condiciones, no porque las condiciones de explotarla, que digan: no puedo hacerlo, sino porque las condiciones personales, de intimidad y eso no les permiten hacerlo, no tienen el espacio para tener una persona interna. Pero por lo general ahorita, es el trabajo interna lo que hay, sea de personas mayores o de niños.» [trabajadora doméstica, Taller de cuidados globalizados I]

Este nicho, especialmente en el caso de las trabajadoras por horas, españolas sobre todo, pero también extranjeras con permiso de trabajo, ha sido claramente percibido por las empresas de servicios. Muchas trabajadoras, ante lo frágil e imprevisible de su situación, optan por vender parte de su salario a estas compañías en expansión.

Se trata, indudablemente, de una situación complicada, como nos contaron algunas mujeres durante las sesiones del taller:

«[E]l otro día una compañera de mi curro, bueno yo trabajo en un sitio que, bueno, pues de gente trabajadora, que ha tenido una época de salarios medianamente decentes y un estatus como, en fin, de clase media fundamentalmente, entonces, claro, ella es una mujer que tiene dos hijos su marido que trabaja en una empresa viajando, los hijos con catorce y dieciocho que la traen loca, y ahora su madre que está sola y se ha caído el otro día, pues ya no la puede dejar sola. Mujer que se quedó viuda y por eso ha tenido una autonomía muy alta desde que era muy joven... entonces me decía mi amiga, “claro es que no sé que hacer...” y yo le digo, “es que esto es espantoso, esto no hay quien lo viva”. Entonces se plantea tomarse vacaciones para estar con su madre en julio y su madre con su otra hermana en agosto, pero claro, eso es como que explota, ¿no? Entonces se plantea la cuestión de la teleasistencia. La teleasistencia no mola porque ella dice, es que a mi madre lo que le hace falta es compañía. Es decir que no solamente el problema es cuidar a una persona mayor que en un momento determinado le pueda pasar algo y venga un señor del Samur, sino que lo que se está sufriendo y lo que en cierta medida se busca es compañía y afecto. Entonces, ella se plantea el problema, y hará una contratación donde se paga un salario de mierda, o sea que eso es así, pero que hay un sector de personas trabajadoras que se encuentran con ese cruce cuando los hijos todavía no son mayores, los padres que ya son mayores, y ellas en medio con hombres que no colaboran, y yo veo que aunque colaborasen, la presión que hay en el mercado laboral es de tal envergadura que tampoco solucionaría el problema, entonces, cuando no hay una resolución colectiva de “vamos a hacer esto para no sé qué”, entonces como cada quien se busca la vida como puede, una de las alternativas es la contratación de otra mujer» [activista del Movimiento Feminista, madre trabajadora, Taller de Cuidados Globalizados III]

A esto hay que añadir una cuestión central que ya señalábamos en nuestros «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras» y que se entremezcla en todos y cada uno de los aspectos que hemos recorrido más arriba y que seguiremos recorriendo a lo largo de este libro: el *afecto*. La literatura sobre las «cadenas mundiales de afecto», a las que nos referiremos más adelante, reconstruyen los lazos del cuidado, en los que participan las familiares y personas cuidadas en el país de origen, las familias para las que ahora se trabaja y las relaciones afectivas que se establecen en el lugar en el que se habita. No se trata exactamente de un corrimiento (las que son madres siguen actuando de madres aunque de otro modo, siguen siendo licenciadas aunque ejerzan de domésticas) sino, más bien, de una reordenación o renegociación de los papeles y, en este sentido, de las identidades.³⁴ Algo que ha sucedido y sucede en el contexto español con las abuelas cuidadoras, de las que poco se habla.

Todas las cuestiones que se derivan de este reajuste global nos interesan. No desde la perspectiva del enfrentamiento entre mujeres o desde la culpabilización (la liberación de unas a costa de la opresión de otras), como se entrevé en algunos enunciados feministas que han interpretado la crítica postcolonial como una entonación del *mea culpa* que acaba por apelar a la buena voluntad individual. O,

³⁴ L. Agustín lamenta que esta perspectiva no sea desarrollada al hablar de trabajo sexual, en su artículo «cruzafronteras», op. cit.

a la inversa, como motores de la ansiedad y la venganza de las legítimas cuidadoras descuidadas frente a las extranjeras sádicas (véase el reciente escándalo que ha montado la prensa sobre el maltrato de una interna *ecuatoriana* a unos rubios mellizos de madre blanca ausente). Nos interesan, más bien, como dinámica que contribuye a la reconfiguración de los hogares, las familias, el sentido de la intimidad y de lo privado y los modos de amar, cuidar y gestionar los afectos. Nos interesan también en su trabazón con la sexualidad, con un continuo afectivo que siempre ha estado presente y que distribuye funciones de esposa, amante, cuidadora, servidora sexual, compañera, madre, esposa contratada, etc. Nos interesa, en definitiva, porque la capacidad para plantear negociación y conflicto por parte de los sectores femeninos más vulnerables y la capacidad para trazar alianzas es lo que asegurará mejores condiciones para todas. Se trata de desterrar definitivamente del imaginario la idea de la competencia leal o desleal, las cláusulas de prioridad nacional como una excusa para fomentar la precarización y la etnización y la diferencia sexual como un argumento para una «especialización» a la baja. El capital fragmenta lo social para restar valor, nosotras agregamos para elevarlo y desplazarlo hacia otros lugares. Indudablemente nos hallamos en un campo de fuerzas, de creación simbólica y prácticas de vida en el que es preciso intervenir. Al fin y al cabo, de uno u otro modo, estamos hablando del cotidiano de todas nosotras.

3.3. Guerras cotidianas

En cuanto a la estrategia, ¿qué decir? Hemos discutido por aquí y por allá largo y tendido. En realidad, tal y como afirma una compañera de la Asamblea Feminista de Madrid, llevamos ya tiempo dando vueltas a esto de poner la vida, la sostenibilidad de la vida, en el centro, aunque no logramos dar con las respuestas o, más bien, con las formas de poner en lo público este conflicto soterrado.³⁵ Igual nos vamos acercando. Cuantificar, valorizar, visibilizar, retirar, mercantilizar, abolir, industrializar, compartir, salarizar en la economía social, conciliar, pugnar por un salario doméstico, social...

El escenario que vamos esbozando se aparta evidentemente del que plantean las políticas conciliadoras que ven en el feminismo institucional y en las medidas diseñadas a tal efecto una herramienta inscrita en un relato progresivo de liberación de la mujer. Nuestro análisis es otro. Es primeramente global, en el sentido de contemplar la realidad de las mujeres (amas de casa, espo-

³⁵ Para algunas aportaciones a estos debates en el Movimiento Feminista en el Estado Español, véase el material de las Jornadas Feministas de Córdoba, recogido en *Jornadas Feminismo. Es... y será: ponencias, mesas redondas y exposiciones*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001.



sas, desde las dos orillas, asalariadas y no, en matrimonios y fuera de ellos, legales o ilegalizadas, en uniones homologadas/ables y en otras, etc.), de las más posibles, en conjunto y en sus interrelaciones, por todo lo ambiguas y conflictivas que éstas puedan ser. De nada nos sirve hablar de conciliación o incluso de valorización si no hablamos de distribución, de reparto, o mejor, de cooperación y de conciliación para todas y en condiciones justas. De nada, si cuando hablamos del hogar, no hablamos de la precarización de la existencia y del empleo y a la inversa. Como se ha señalado desde las posturas críticas, el debate sobre la conciliación en el empleo y en los hogares parte de premisas inadecuadas (son las mujeres quienes tienen que conciliar), además de evitar cuestiones cruciales (como la del trabajo migrante, la de las formas jurídicas de las uniones y la ciudadanía o la de las condiciones en el empleo precario y femenino) o reconducir los conflictos hacia posiciones de pacificación y justificación de las desigualdades.

La situación de los servicios sociales y su privatización progresiva, tal y como se explica en una entrevista incluida en este libro, no sólo no augura bonanzas, sino graves retrocesos. El reparto se ha producido en una escala muy limitada y con muchas dificultades, dadas las resistencias de los hombres, la falta de recursos y la flexibilización en el empleo. Las mujeres que trabajan en el sector doméstico y de cuidados no han asistido a la reforma de una legislación cuasi-feudal,³⁶ han visto, en cambio, cómo empeoraban sus condiciones de vida con la irrupción de las empresas de servicios, las políticas de extranjería y la dificultad tradicional de forzar la capacidad de negociación colectiva en estos sectores.

La estrategia de visibilizar, valorizar y hasta cuantificar³⁷ es imprescindible y a ella hay que incorporar el análisis del trabajo precario y la migración, ya que hasta hace no mucho ésta se fundaba sobre un modelo de mujer, hogar y empleo «típicos» y autóctonos. Además, no siempre van acompañadas de reflexiones que favorezcan una politización de nuestras vidas que articule conocimiento, cambio y conflicto colectivos. La llamada economía social (el tercer sector), en ocasiones, se acopla perversamente con las oportunidades de acumulación que ofrecen los ya no tan «nuevos yacimientos de empleo» y las recientes formas de subcontratación, y esto se acentúa aún más en el caso de las mujeres. El salario social, del que ya hablamos en las jornadas feministas estatales de Córdoba en 2000 y en otros encuentros, es una oportunidad para reencuadrar los debates sobre el trabajo y la vida, sin embargo, puede dejar indemne e igualmente invisible la cuestión del valor, del salario y las condiciones (que viven las empleadas de hogar) y las pautas de cooperación (que vivimos todas en nuestros hogares).

³⁶ Sobre legislación en el contexto europeo y otras cuestiones relacionadas con el sector doméstico: H. Lutz, «At your service Madame! Domestic Servants, Past and Present. Gender, Class, Ethnicity and Profession», <http://www.vifu.de/new/areas/migration/projects/lutz.html> También pueden consultarse los artículos publicados en los dos volúmenes de la International Women's University (IFU): VVAA, *Crossing Borders and Shifting Boundaries. Gender on the Move* y *Gender, Identities and Networks*, Leske + Budrich, Opladen, 2002.

³⁷ En esta línea se sitúan aportaciones tan importantes como las de Cristina Carrasco, Soledad Murillo o Arantxa Rodríguez, entre otras. Recientemente en las Jornadas «Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado», 2003, <http://www.sare-emakunde.com>



Por otro lado, hablar de afecto implica superar necesariamente el marco del empleo e incluso del trabajo e introducirse de forma especial en el ámbito de la relación, algo indisociable en cualquier actividad pero esencial en la que nos ocupa. Somos cuidadoras, todas y algunos todos, pero además necesitamos que nos cuiden, nos gusta y tenemos derecho a ello. Pero el afecto que buscamos no debería ser de mínimos, de obligación o culpa, de dependencia, sino que tiene que ser un afecto libre, aunque (hoy por hoy) pueda estar vinculado a un salario y, para que sea libre, tiene que ser justo. El afecto, bien lo sabemos, no es la panacea, por eso no basta hablar de él sin nombres ni apellidos. El amor tiene cualidades y es parte de relaciones sociales que hay que construir y deconstruir: amor, servicio, trabajo, solidaridad, etc. De modo que las luchas que estén relacionadas con los afectos, como lo son la mayoría de las que se libran en el terreno de la salud y la educación, no serán estrictamente laborales, sino ciudadanas a la par que personales. Serán luchas en contra de las guerras cotidianas. Y el reto al que nos enfrentamos en estos talleres es justamente éste: transformar el cuidado en una reivindicación social que modifique los afectos y los convierta en un bien común y abundante. Algo que ha sido un desafío constante para el feminismo y que la ofensiva neoliberal de las últimas décadas ha convertido en una urgencia.

Las luchas de las cuidadoras (de las amas de casa en los países empobrecidos, de las migrantes empleadas de hogar, de las trabajadoras sociales, de las limpiadoras ...) están en ciernes y algunas experiencias apuntan a un futuro de agregación que pudiera hacer estallar la atomización y precarización que se da en los servicios personales, la degradación de los públicos y las angustias y malabarrismos de las componendas familiares.³⁸ Las luchas de las personas (des)cuidadas, relevantes en otros países del Tercer Mundo, no así en Europa, a excepción quizás de Francia, son la otra cara de los mismos problemas: recursos, calidad y cooperación. En este sentido, los conflictos migrantes y los que giran en torno a los cuidados, que se dirimen en el plano laboral, pero, sobre todo, en el ciudadano y en el del imaginario y las formas de vida, precisan de un mayor grado de elaboración y confluencia.

³⁸ Algunas referencias sobre las reivindicaciones migrantes en el terreno doméstico son: <http://www.solidar.org>, <http://www.kalayaan.org>, <http://www.cfmw.org>. También habría que destacar aquí las luchas por la supervivencia de las mujeres en América Latina o luchas ciudadanas emergentes que tematizan cuestiones de recursos y cuidados como las del movimiento de las mujeres de la periferia en Francia bajo el lema «Ni putes ni soumises» o las de la red de mujeres migrantes y autóctonas en Italia «Punto di partenza».

4. «El impulso creativo». Deriva por la producción mediática

4.1. Hacer LOGO

En abril de 2003 derivamos por los circuitos de la precariedad mediática. Medios: diseño gráfico, empleos ligados a la producción mediática y cultural, trabajos en la industria del espectáculo, personal llamado «creativo», en publicidad, diseño corporativo, promoción y campañas de marca... sí, sí, elaboración del LOGO. Trabajo sobre el código: traducción, idiomas, corrección de pruebas y edición, investigación, consultoría desde el ordenata de casa, *free-lance* en medios, artistas sin rango, asidua a los *castings* en condición de intermitente del espectáculo, etc. Palabras clave: creatividad, vocación, conectividad, autonomía, flexibilidad, mérito, prueba, realización, profesionalidad, movilidad, (auto)formación, estrés, horario «libre», proyecto... Algunos hablan raro y dicen «tener unos temas sobre la mesa» o «monitoreado» o «píldoras culturales» y otras

cosas por el estilo. Si os fijáis, las personas que trabajan en la producción «creativa» no son teleoperadoras ni *chainworkers*, sin embargo, en ocasiones, las tareas de comunicación, control de los flujos semióticos y gestión se solapan y lo único que queda son los rastros, simbólicamente poderosos, de un cierto prestigio y de una cierta satisfacción que proporciona la creación, si no «de autor», sí al menos de «colaboradora», eso sí, eventual.³⁹

Así pues, establecemos una línea de continuidad entre nuestra primera deriva con las traductoras y profesoras de idiomas y esta nueva deriva con trabajadoras de la comunicación, en concreto junto a unas precarias de Radio Nacional: una con contratos «en prácticas» (hoy recién despedida) y otra con contrato «por obra», producto en ambos casos de un *master* en el que participa el Ente. Fuimos también de la mano de una estudiante de imagen que trabaja a salto de mata en el ámbito del audiovisual y participa en proyectos cooperativos poco alimenticios y, finalmente, de una joven promesa en una productora *masiva* y precarizada: Sogecine, perteneciente, junto a CNN +, Canal +, Canal Satélite Digital, Sogepack y un largo etcétera, a Sogecable.

Transporte público con Ángela y Toña hasta RTVE, pasillos ministeriales de otra época, nada que ver con las redacciones que aparecen en las pelis de Hollywood; transitamos por la red pasando por varias empresillas del sector audiovisual a las que Alejandra había ido a parar y en las que apenas la dejan las manos libres, y nos colamos en un céntrico edificio de filial de empresa líder para charlar con Carolina sobre el *backstage* del cine taquillero. De vuelta, paramos a tomar una caña y dar vueltas a esto de la producción de signos para acabar enfrascadas en una conversación con una forofa de una Jennifer López que trabaja haciendo habitaciones en un hotel de lujo en Manhattan y conoce a un ejecutivo agresivo disfrazada de gran dama y tal y tal.

Estos trabajos en este campo no son específicamente femeninos, aunque sí «feminizados» en el sentido que da Haraway a este término. Nuestro interés por ellos tiene que ver con tres cosas: (1) su componente de atención (algo que comparten, por ejemplo, con las teleoperadoras, con las trabajadoras sociales y con las cuidadoras) e imagen/*performance* (algo que los acerca, dejando a un lado el *glamour*, a la dependencia, también a la dependencia de cadenas), (2) su capacidad de generar imaginario y, en este sentido, de conformar el género o, dicho en palabras de Teresa de Lauretis, su carácter de *tecnologías de género* y (3) el creciente número de mujeres que trabajan en estos sectores. Evidentemente, aquí hay diferencias claves en el cara al público, el carácter de exposición o presentación que tienen los medios o la industria cultural frente a la traducción, por ejemplo. Estamos hablando de un campo muy vasto que tendremos que aprender a delimitar en nuestras indagaciones.

En nuestros «Primeros balbuceos del Laboratorio de trabajadoras» hablamos someramente de estos puntos. De las condiciones de trabajo en las pequeñas nuevas empresas en red, que no es que externalicen y contraten a otras empresas, sino que directamente crean compañías filiales a partir de sus antiguos departamentos, sin que esto implique en absoluto la posibilidad de respetar los convenios. Hemos hablado también de la maximización de conocimientos, de recursos afectivos y, en el caso de la industria cultural, mediática y publicitaria, más que en ningún otro lugar, de conectividad, sin que esto se traduzca necesariamente en renta o estabilidad. Hemos hablado de los tipos de contrato mayoritarios en los escalafones más bajos: becas, prácticas, por obra o ninguno. De la flexibilidad de horarios, de los escasos salarios y derechos, de la falta de delimitación de las tareas, de la polivalencia, de las jerarquías difusas orientadas a promover la autorregulación, etc.⁴⁰

³⁹ Tampoco son técnicas en sentido estricto -montadoras de redes, programadoras, especialistas en hardware o software, etc.-, sin embargo, una vez más, no siempre resulta fácil o conveniente distinguir, como bien muestra la experiencia de los HackLabs o de Indymedia, las tareas vinculadas a la comunicación, la información y la tecnología.

⁴⁰ En este sentido, las palabras que Toña nos dijo hace unos meses se han convertido en providenciales ahora que vuelve a estar en la calle: «Sí, duramos poco. Porque sustituyen el tiempo de vacaciones de los otros y luego ya está ¿no? En ese sentido yo soy una privilegiada porque presento un programa a mi edad, que eso es muy raro, pero también todo lo que he temido que sudar para estar ahí. Yo no me lo creo, a veces digo “ha merecido la pena el esfuerzo” y a veces digo “por qué tanto”, más que esfuerzo, porque soy trabajadora y me esfuerzo como cualquier persona, pero además la preocupación de tener un nudo en el estómago, de qué va a pasar mañana, además, das un paso en la escalera, y la escalera se hace más gigante, el siguiente paso es dos metros más grande. El tema de que he conseguido algo que muy poca gente ha conseguido que es tener un contrato. Pues ahora me tengo que enfrentar a que me hagan el siguiente contrato, y ya la prueba.» [Deriva con trabajadoras de la comunicación, primera parada]

4.2. Conexionismo y mediación en el semiocapitalismo

Además de todo esto, hay algo específico en este tipo de trabajos, aunque esto se dé en distinto grado y manera en todas las actividades: el valor social y el valor relacional. Este tipo de trabajos se realizan por vocación y como una inversión en una misma. Por eso, el proceso de aprendizaje (gratuito) no acaba nunca y el resultado, la obra, es en muchos casos un conjunto de posibilidades y contactos que hay que saber maximizar. Están asociados a la técnica y a la (auto)formación (como en la programación o el diseño), a las tareas inventivas, intelectuales y performativas (como en la moda o el mundo del arte) y a los ámbitos de poder e influencia pública (como en el cine, los medios o la publicidad). La conectividad, la cartera de clientes y contactos abiertos para futuros proyectos, constituye el elemento central, de lo que Ève Chiapello y Luc Boltanski, han caracterizado de un modo exhaustivo como la *ciudad por proyectos*, cuyos precedentes son la *crítica artística* y la investigación científica. A esta ciudad oponen otras como la *doméstica*, la *comercial*, la *inspirada*, la del *renombre* o la *industrial*, con las que ésta primera puede llegar a convivir.

«En un mundo reticular, la vida social se compone en lo sucesivo de una multiplicación de encuentros y de conexiones temporales, pero reactivables con grupos diversos, realizadas eventualmente a distancias sociales, profesionales, geográficas y culturales muy elevadas. El proyecto es la ocasión y el pretexto para la conexión, reuniendo temporalmente a personas muy dispares y presentándose como un extremo de la red fuertemente activado durante un periodo relativamente corto de tiempo, pero que permite forjar vínculos más duraderos que, aunque permanezcan desactivados temporalmente, permanecerán siempre disponibles» [El nuevo espíritu del capitalismo, Madrid, Akal, 2002, p. 155]

La retórica de los proyectos introduce una base para la evaluación: el mérito, y una práctica para medirlo: la prueba.

«Yo lo que veo en la radio y en los medios de comunicación en general es que trabajas como en un escaparate, no sé, imaginaros una persona que trabaja en una oficina y le ponen una cámara dos horas al día, pues esas dos horas estará haciendo como que hace algo, y esmerada. Entonces yo veo que nosotras al tener dos horas al día que nuestro trabajo se expone, que realmente te lo están evaluando, entonces ahí tienes que poner toda la carne en el asador, no es como, por ejemplo, tener unos papeles que en otro trabajo puedes decir "bueno, ya lo haré mañana", en este trabajo no puedes, es que a las seis de la tarde yo tengo que salir en directo y decir algo, entonces sí que te llevas trabajo a casa, yo las revistas me las llevo y me las subrayo en el metro, antes de dormir. Hace mucho que no leo libros porque me leo todas las revistas de música en la cama y luego me duermo, ahora ya sí porque por mi cumpleaños me regalaron un libro y he dicho "voy a dejar las revistas y a leerme un libro"». [Deriva con trabajadoras de la comunicación, primera parada].

La orientación hacia el proceso de comunicación es un aspecto fundamental. No se trata ya del viejo esquema sujeto-objeto o emisor-mensaje-receptor, sino de otro mucho más sofisticado inspirado en la pragmática, la semiótica, la etnometodología y el interaccionismo simbólico. En él se ponen en juego los códigos compartidos y no compartidos, los sinsentidos y malentendidos, los

implícitos, los performativos y la fuerza elocutiva, la mediación o traducción de unos signos a otros, la gestualidad y, en general, la encarnación, las expectativas, los gustos y los hábitos. Así, los rasgos del régimen informacional⁴¹ (fragmentación, preeminencia de lo visual, ensamblaje modular y sinopsis, des/recontextualización, intercambiabilidad, integralidad, estimulación sensorial...) no conforman unidades funcionales estáticas y discretas como en el periodo industrial, sino reversibles y recombinables, también en función de los procesos de retroalimentación: estudios de mercado, sondeos, llamadas al programa, nivel de audiencia y de venta de los productos asociados, etc.

Todo esto nos lo contó Carolina en relación con su trabajo en el departamento de producción en Sogecine con otras palabras. Hablando, por ejemplo, de cómo proyectar un hipotético público femenino:

«[D]e hecho creo que Sogecine tiene esa fama de ser muy machista, machista y masculina. Luego, es que tengo ejemplos tan graciosos... te llaman de vez en cuando para que veas un trailer; eres lo que llaman "target", público objetivo... entonces, eres mujer de 18-35 años, te voy a poner un trailer donde se supone que tienes que llorar como mujer de 18-35 años (no te lo dicen, pero lo doy por hecho) y te ponen una cosa que me parece una cursilada horrible, y les digo, a mí es que me parece feísimo, me parece una cursilada y ellos responden: "Tú eres una machota, fuera, que venga otra".» [Deriva con trabajadoras de la comunicación, tercera parada].

Y nos dio con este pequeño ejemplo de *feedback* personal y condicionado algunas claves para pensar las pautas de la reproducción simbólica (montaje sí, pero de lo mismo) y los dispositivos de autorregulación que desarrollamos quienes nos dedicamos a la manipulación de códigos masivos.⁴² Carolina comenta que puede incluso producirse un desfase en las tareas de mediación, entre la película y la traducción que hace la productora en el *trailer*, por ejemplo. Y como éstas, otras tantas en el interior de la industria cinematográfica. Esta labor de mediación se resuelve, aclara Carolina, en beneficio de la *media*, las mayorías, lo comercial, lo que sabemos que funciona y tenemos controlado. Y, lo que es más importante, no las resuelve un jefe, en Sogecine hay más jefes que empleados, la resuelve cualquiera: desde el autor del guión hasta la desarrolladora, la que diseña el cartel u organiza el estreno...

Pero la cosa va más allá: es una tarea de invención de mayorías, de conversión de minorías en mayorías, de codificación de la diferencia como mercancía.⁴³ Hablamos de un circuito, no de una relación unidireccional.

«[A] ellos les interesa que yo esté aquí, si no, no estaría y yo no soy en eso demasiado comercial, también les interesa justamente, y además, aquí yo creo que es más radical, pero en Canal +, por ejemplo, Canal + Televisión, está produciendo un montón de programas diferentes, dirigidos hacia un público muy diferente y donde sí que se busca un montón la innovación, mucho más que aquí, porque éste es un negocio muchísimo más arriesgado de por sí, entonces tienes que cubrirte muchas veces las espaldas y no ser tan arriesgado como en un programa que no te cuesta mucho hacerlo, que no funciona, lo quitas y ya está, aquí si no es un éxito en taquilla estás corriendo el riesgo de que esto lo cierren el año que viene ¿sabes? Yo creo que en este terreno no se puede, desde aquí, explorar tanto, quizá desde la televisión sí se puede crear mucho más. Y luego no nos engañemos, la televisión no tiene nada que ver con el público del cine, es muchísimo más mayoritario, además es una consumición mucho más inmediata. Una película, desde que tú la empiezas hasta que la haces, pasa un año. Si en ese momento se está buscando

⁴¹ Gonzalo Abril, *Teoría general de la información*, Madrid, Cátedra, 1997.

⁴² La totalidad de este debate está recogida en la transcripción de la Deriva con trabajadoras de la comunicación, publicada íntegramente en nuestra página web: <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm>.

⁴³ Como se observa en un reciente libro sobre los medios: la expectativa de la declaración de identidad está incorporada en el proceso general de la globalización; Sampedro, V. (ed.) *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*, Barcelona, Icaria, 2003.

⁴⁴ Carolina nos contó que una práctica habitual por parte de las productoras consiste en comprar guiones por un cierto periodo y los derechos de adaptación, pero también ideas sueltas o tratamientos de determinado personaje o determinada escena que luego se reescriben, en una desarticulación intelectual sin fin que nos trae a la mente la caducidad del concepto tradicional de arte o autoría.

⁴⁵ Jesús Martín Barbero, en sus reflexiones sobre la televisión, lo explica del siguiente modo: «El malestar en la cultura de la modernidad que expresan las generaciones de los más jóvenes en América

Latina, su empatía cognitiva y expresiva con los lenguajes del vídeo y el computador, enlazan con el estallido de las fronteras espacia-

les y sociales que la televisión introduce en el hogar deslocalizando los saberes y deslegitimando sus segmentaciones. Ello modifica

tanto el estatuto epistemológico como institucional de los lugares de saber y de las figuras de razón. No es extraño que el imaginario de la televisión sea asociado a las antipodas de los valores que definen a la escuela: larga temporalidad, sistematicidad, trabajo intelectual, valor cultural, esfuerzo, disciplina.

Pero al ser acusada por la escuela de todos los males y vicios que acechan a la juventud, la televisión desvela lo que ésta cataliza, los cambios en la sociedad: desde el desplazamiento de las fronteras entre razón e imaginación, entre saber e información, naturaleza y artificio, arte y ciencia, saber experto y experiencia profana, a la conexión de las nuevas condiciones del saber con las nuevas formas de sentir y las nuevas figuras de la socialidad», «Televisión: entre lo local y lo global», 1999,

<http://www.uc3m.es/inst/mu/fr-publicaciones.htm>. Para una crítica

eso, pero dentro de dos años, que es cuando la terminas, ya no funciona o sí... es mucho más difícil desde ahí ver el efecto que tienen. Los lunes al sol, por ejemplo, nadie suponía que iba a ser ese éxito. Nadie. De hecho, cuando se estrenó, las previsiones, que lo distribuyó Sogepack, la distribuidora de aquí, las previsiones eran de doscientos, trescientos millones en taquilla y lleva 1500. Es que no se puede saber». [Deriva con trabajadoras de la comunicación, tercera parada].

Pero, entonces, si hablamos de circuito, ahí tenemos también a las audiencias que, en ocasiones, se escapan o producen auténticas innovaciones que más tarde podrán ser mediadas, como ha sucedido con la cultura híbrida del rap o con las telenovelas, cuyas claves culturales latinoamericanas han sido recodificadas en el mercado global. La concentración de los medios, con sus tendencias a la centralización del mando y la gestión, convive, primero, con la multiplicidad y el desmenuzamiento de los procesos productivos,⁴⁴ incluidos los puntos de fuga; segundo, con formas de colaboración e intercambio entre las entidades dirigidas a facilitar la coproducción; y, tercero, con el carácter a menudo ambivalente de la movilización de las audiencias. Éstas interpretan y utilizan los medios en distintos contextos locales y acuden para ello a diversos marcos de referencia. De modo que no está todo dicho.

Así pues, las experiencias del universo informacional son contradictorias. Quienes leen la globalización únicamente en términos de homogeneización e imperialismo cultural olvidan con frecuencia las tendencias, eso sí, contradictorias, hacia la diversificación, la hibridación, la deslocalización y descentralización de los referentes, la formación de nuevas comunidades transnacionales y virtuales, la facilidad, si no la igualdad, en el acceso y la manipulación de las herramientas y códigos informacionales, la relevancia de los medios locales y alternativos o las pautas de interactividad.⁴⁵

Indymedia proporciona un buen ejemplo de la orientación que, en adelante, adquiere la confrontación: «*don't hate the media, become the media*» dicen quienes habitan la experiencia digital y logran burlar las restricciones del cable. El impulso creativo y la intimidad tecnológica producen crisis notables en las manipuladoras de códigos: de esto nos hablaron extensamente nuestras cuatro guías a lo largo de la deriva.⁴⁶ La posibilidad de poner la creatividad en otra parte, desincrustarla y reincrustarla en otro circuito, es un deseo y una frustración que hay que tener muy presente.

4.3. Tecnologías del género: «cuando lo personal es digital»

A pesar de la insistencia en el acceso y la proliferación y diversificación de los puntos de emisión, recepción, circulación y reproducción, los problemas atañen también a las representaciones y, en este sentido, nuestra política, tal y como sugiere Stuart Hall, ha de ser (de)constructiva, sobre todo cuando nos enfrentamos a las imágenes hegemónicas del género.⁴⁷

Aclaremos entonces que este dilema no tiene nada que ver con la dicotomía forma-contenido, hoy excesivamente rudimentaria. Estamos hablando de la articulación de conocimientos, *techné*, discursividades y sociabilidades en el régimen informacional. El ciberfeminismo ha captado esta reformulación del problema al analizar los vínculos materiales y simbólicos entre la tecnociencia y

la tecnocultura y las retóricas del género.⁴⁸ Algunos relatos de este libro se refieren a esta cuestión. Además de apuntar determinados límites de las utopías informacionales, las ciberactivistas están señalando, sin hacer concesiones a la nostalgia, las trampas de las reencarnaciones múltiples y polimórficas en el espacio virtual. La *informática de la dominación* promete nuevos monstruos y relatos, sin embargo, esto, al igual que la propia mediación tecnológica, está lejos de asegurarnos una humanidad posmoderna. Y si no, que se lo digan a Tríniti.

Siguiendo con esta cuestión de las tecnologías del género, hemos hablado, también en nuestros encuentros fortuitos, de Jeniffer López, joven humilde, habitualmente de origen italiano o latino, que limpia habitaciones y fantasea con un ascenso social abrupto y por amor; la misma historia que la de *Pretty woman* (de puta a señora de copete) y la de esa desgraciadísima película, *Oficial y caballero*, en la que una obrera industrial sueña y finalmente se convierte en prometida de un tipo de *West Point*, con el que sale cogida del brazo de la fábrica en la última escena. Bien, podríamos citar otras tantas representaciones de los medios de masas, sexuadas, sexualizadas y racia-lizadas, cortadas por el mismo patrón. Nosotras, además, nos hemos topado con el nuevo espíritu constructivista de la Nike y con otras tantas fantasías de género (las que cuentan las trabajadoras del sexo sin ir más lejos), cuya materialidad está en relación directa con el valor social y económico que ponen en juego. La visibilidad tecnificada (sobreexposición y disolución de las fronteras de la privacidad), la inmediatez y la creciente autonomía de la comunicación y la cultura con respecto a los hechos



al imperialismo cultural: Chris Barker, *Televisión globalización e identidades culturales*, Barcelona, Paidós, 2003

⁴⁶ El impulso creativo se resuelve de distintas maneras. Carolina sale por un barrio de la periferia, cámara en mano, para hacer un documental. Hace cursos y, a diferencia de sus compañeros, frecuenta el cine no comercial. Alejandra participa de un colectivo de producción audiovisual implicado en los movimientos sociales, *Deyavi*, que hoy por hoy no le soluciona lo del sustento. El programa de radio *Pingüina*, obra original de Ángela y Toña que ganó el premio CCCB a la creatividad y a los nuevos lenguajes artísticos y en el que, por cierto, se entrevista a *La Eskalera Karakola*, no está en las ondas, sino en una grabación inédita y en la apasionada mente de sus autoras. Acerca de la explotación del impulso creativo, Carolina comenta la sensación de desgaste, de chupasangres que ella experimenta y como, piensa su propia creatividad, se agotará en algún momento si no bebe de distintas fuentes.

⁴⁷ Otro de los problemas de la comunicación comunicativa es el de la propiedad intelectual y los nuevos cercamientos. Otro, no menos importante, se refiere a los límites que hoy por hoy tiene la circulación de «otros mensajes» y sus dificultades a la hora de traspasar la concentración económica y de mando de los grandes medios y de la industria del entretenimiento. Otro más, tiene que ver con la constitución misma de esos mensajes otros. Sobre todas estas cuestiones, véase

<http://sindominio.net/biblioweb.html>. También Berardi, F. *La fábrica de la infelicidad. Nuevas fomas de trabajo y movimiento global*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.

⁴⁸ Ahí van algunas referencias inestimables: Haraway D. *Modest_Witness@Second_Millennium. FemaleMan@_Meets_OncoMouse™*, Nueva York, Routledge, 1997; Featherstone, M. y Burrows, R. (eds.), *Cyberspace/Cyberbodies/Cyberpunk: Cultures of Technological Embodiment*, Londres, Sage Publications, 1995; Catherine, N. Hayles, *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*, Chicago, University of Chicago Press, 1999; Chris Hables Gray (ed.), *Cyborg Handbook*, Londres, Routledge, 1995, y la propia Sadie Plant. El material que circula en la red es apabullante; se puede entrar en castellano desde <http://ciberfeminista.org>, con links a otras páginas, entre ellas, <http://www.cybergrrl.com.au>, <http://www.webgrrls.com> y <http://www.geekgrrl.com.au>. En inglés, <http://www.cyberfeminism.net>.

⁴⁹ Más allá del lema de la CNN, «está pasando, lo estás viendo», asistimos en estos momentos a una auténtica mutación de la supuesta relación de mediación: «está pasando porque lo estás viendo». En este mismo sentido, otro rasgo interesante del régimen informacional se refiere a cómo los medios están dejando ver, o directamente convirtiendo en objeto de visión, lo que hasta el momento había sido el *backstage* de la producción mediática o incluso cinematográfica: el protagonismo de la cámara, los traspasos del directo convertidos en arte y parte de la retransmisión, la incorporación de los media como agentes en programas como *Operación Triunfo*, ¿el fin de la transparencia del signo? ¿Del fetichismo de la mercancía? Para una reflexión sobre todas estas cuestiones en relación con la televisión, véase Gérard Imbert, *El zoo visual. De la televisión espectacular a la televisión especular*, Barcelona, Gedisa, 2003.

⁵⁰ Benjamin, W., «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, (1936) 1986 y Buck-Morss, S., «Estética y anestesia. Una revisión del ensayo de Walter Benjamin sobre la obra de arte», *La Balsa de la Medusa*, n. 25, 1993, pp. 55-98.

⁵¹ «Desde mi punto de vista, el poder que nos puede dar la práctica teórica y política del “como si”, radica en su potencial para abrir, a través de sucesivas repeticiones y estrategias miméticas, espacios donde se pueden engendrar manifestaciones de acción feminista. Es decir, a través de la parodia podemos hacernos con algo de poder, siempre y cuando se lleve a cabo con una conciencia crítica enfocada a la subversión de los códigos dominantes. Es por ello que en ocasiones he afirmado que la estrategia de “mimesis” que plantea

registrables, contables o noticiables⁴⁹ tiene mucho que ver con un nuevo modo de objetualizar el cuerpo de las mujeres en el *close up*, la fragmentación o en los mecanismos de *shock* y anestesia. Las mutaciones del *sensorium*, que ya analizara Benjamin refiriéndose a la reproductibilidad técnica y a las posibilidades del montaje,⁵⁰ se han intensificado y ahora entramos en una nueva fase; en palabras de nuestras gurús: «*When the digital is political*».

Las transformaciones históricas de las identidades y de las relaciones de género en los medios no dejan lugar al optimismo, aunque sepamos ya que lo que sucede en el ámbito de la recepción sea harina de otro costal, y que sobre la producción, incluida la feminista, habría mucho que decir. En paralelo, la introducción de discursividades paródicas, con Madona a la cabeza, a lo largo de los últimos años, ha abierto nuevos horizontes que han despertado un gran entusiasmo entre algunos sectores feministas.⁵¹ El posfeminismo, la teoría *queer*, la pospornografía, el feminismo prostético, al reclamar el carácter reflexivo y constructivo de las identidades de género, pone de manifiesto el artificio, la inscripción y subversión de los códigos. Nuestra capacidad.

5. Políticas feministas

Como os explicamos al comienzo de este texto, nuestras idas y venidas han iluminado algunas vías para la acción política. Intentaremos poner algo de orden en este hablar desde el proceso.

En primer lugar y gracias al Taller de Cuidados Globalizados, hemos ido delimitando nuestros *puntos de ataque*. La crisis de los cuidados o, más bien, la articulación política de este hecho que desde una u otra orilla nos afecta a todas y a todos, es uno de ellos. No pensamos que exista una manera sencilla de plantearlo, una fórmula única del tipo salario social, salario para el ama de casa, reparto o lo que sea. Tendremos que actuar por combinatoria. Hablamos de un conflicto soterrado con muchas patas, entre ellas, la extranjería, la concepción de los servicios públicos, las condiciones laborales, la familia y el afecto, que tendremos que abordar de un modo conjunto pero en su singularidad.

Frente a los discursos securitarios y criminalizadores de izquierda y derecha tenemos que tematizar la seguridad como un bien colectivo centrado en la sostenibilidad de la existencia. Los medios no hablan de esta cuestión, los políticos menos. De vez en cuando aparece algún sociólogo aludiendo a la pirámide poblacional o a los cambios en las formas de la familia. Otros, progresistas, empiezan a sostener frente al gobierno que en efecto necesitamos a los migrantes, pero no son capaces de desmarcarse de la instrumentalización que se hace de los mismos. Los necesitamos sí, pero como fuerza de trabajo y como úteros para la procreación.

A todo esto, hay sectores que se están pertrechando. Entre ellos, las empresas de servicios, pero también las de seguros, que están viendo cómo encajar las pólizas de dependencia como una alternativa, para quienes puedan pagarla, al sistema público de pensiones. De todo esto poco se habla y de la sobreexplotación de las mujeres en uno u otro régimen (familiar o salarial) de cuidado tampoco. Los términos del contrato sexual están en juego y nos gustaría contribuir a su explicitación y, por encima de todo, a su politización.

Por otro lado, nuestro apasionamiento con el trabajo sexual, del que vamos conociendo sus vericuetos en sectores como el de las líneas eróticas o de las casas de citas, vuelve a situarnos en un mapa complejo en el que también hay que hablar de extranjería, de derechos laborales y existenciales y de imaginario. Advertimos en todo esto un *continuum* que de momento llamaremos cuidado-sexo-atención. El afecto, con sus cantidades y cualidades, ocupa el centro de una cadena que conecta lugares, circuitos, familias, poblaciones, etc. Estas cadenas están dando lugar a fenómenos y a estrategias tan desconcertantes como los matrimonios apañados o contratados en lo virtual, el turismo sexual, los matrimonios «solidarios» como forma de trasvasar derechos, la etnificación del sexo y de los cuidados o la formación de hogares múltiples y transnacionales.

En nuestro encuentro-valoración (y torneo futbolístico) de octubre de 2003 esbozamos un cuadro con casillas en las que figuraban categorías y ejes del trabajo. El cuadro era inmenso y tan sólo acertamos a rellenar una fila que tuvimos que dividir en subcasillas y anotar con miles de matices al margen. En cualquier caso, la intencionalidad del mismo era entrecruzar las realidades del trabajo precario femenino. La complejidad, hay que ver lo «postmo» que somos, atenta contra cualquier impulso estructuralista; aún así, seguimos pensando en elaborar hipótesis, enunciados que, sin renunciar a la complejidad, expresen de forma ajustada lo que nos está pasando.

En segundo lugar, hemos conversado sobre la necesidad de *producir consignas*, en plural, que aglutinen todos estos puntos calientes. Claro, «hagamos de nuestras necesidades, afectos y deseos un desorden global» o «acortando distancias, aumentando desigualdades» se nos han quedado cortas: demasiado generales, demasiado vagas. Durante la última sesión del Taller de Cuidados derivamos o, más bien, deliramos sobre este particular. Entre otras cosas, nos dimos cuenta de que algunas de estas consignas podían llevarnos a lugares tan ambivalentes, pero necesarios, como reivindicar la posibilidad de tener y criar hijos e hijas y retomar, simultáneamente, los discursos radicales, hoy tan denostados, contra la familia como gran dispositivo de control, dependencia y culpabilización para las mujeres. Impresionante ¿no?

En tercer lugar, se impone la necesidad de construir *puntos de agregación* contra la atomización y la soledad. Curiosamente, nuestro deambular nos ha hecho valorar en mayor medida el derecho negado de territorializarnos, si bien este territorializarnos no tiene lugar ya en el puesto móvil y cambiante de trabajo, sino en un espacio más abierto y difuso de esta ciudad-empresa. El *Laboratorio de las Trabajadoras* sería un lugar/momento operativo para poner en común conflictos, recursos (jurídicos, laborales, telemáticos, de apoyo mutuo y cuidado, vivienda, etc.), información y sociabilidad. Para producir agitación y reflexión. Lo vemos y no lo vemos: de momento estamos perfilándolo, no sólo en sus aspectos prácticos, sino sobre todo en su capacidad de constituirse en atractor, conector o movilizador de sectores tan distintos como las trabajadoras domésticas y las teleoperadoras. Una de las patas de este proyecto sería un centro de documentación sobre la precariedad en femenino.

En cuarto lugar, aspiramos a fortalecer algunas de las *alianzas* locales e internacionales que hemos establecido. Este libro y este vídeo se perfilan como una herramienta útil para este propósito. Nos gustaría llevarlo a los lugares que hemos transitado en este año y pico. Al centro de salud y los locales de la asociación, a la plaza y al ciberespacio, al Foro Social y al centro de enseñanza.

En quinto lugar, subrayamos la importancia de la *enunciación pública y de la visibilidad*: si queremos romper con la atomización social, es preciso también intervenir con fuerza en la esfera pública,

Irigaray es fuente de poder político, ya que aborda simultáneamente los problemas de la identidad, de la identificación y de la subjetividad política. El registro irónico es una forma orquestada de provocación y, como tal, expone una especie de violencia simbólica de la que las chicas disturbio son máximos exponentes». Rosi Braidotti, «Un ciberfeminismo diferente», http://www.e-leusis.net/Ciberfeminismo/mujeres_ciberfeministas.asp. Véase también <http://www.estudiosonline.net/texts/index.htm> y <http://www.ctheory.net/default.asp>.

⁵² Entre ellas, las Non Grata Class con su collection parisienne; <http://lasnongratasclass.org>.

⁵³ <http://www.sindominio.net/karakola/precarias/derivacadenas.htm>.

⁵⁴ <http://www.sindominio.net/karakola/operacionrosa.htm>
<http://www.sindominio.net/article.pl?sid=03/05/27/1839230&mode=thread&threshold=0>

⁵⁵ «Yo (nos cuenta Carolina a propósito de un conflicto en Sogecable) en teoría no tendría ni por qué haber opinado, se supone que no puedo estar en las asambleas ya que en teoría no soy trabajadora de Sogecable, vamos que es alucinante, estás con CNN, con Lo + Plus, con millones de cosas en las que puedes hacer un montón de actividades y decir: vamos a coger un telediario y soltamos esta noticia, decir que se quiere despedir de Sogecable a no sé cuántos trabajadores, pues esto no se plantea... Pero es que ni siquiera los compañeros se están moviendo para eso, que esté todo el mundo acojonado, es que ni siquiera decir: vamos a parar la carretera de Tres Cantos, aunque sea, pero nada. La gente que no va a las asambleas, los sindicatos con los compañeros... de repente era el planteamiento... es que no somos mineros ¿sabes? Que con ese discurso desde luego aquí no vas a calar, cuando además estáis haciendo lo que estáis haciendo. Era todo bastante soberanista y luego el comité, bueno, vino un tipo de Telemadrid muy majo, y claro, estaba flipado, el pobre. Nos decía, mirad

hacer circular otros enunciados, producir acontecimientos multitudinarios que pongan sobre la mesa la precariedad como conflicto, también en su conexión con los cuidados, con la sexualidad. Una propuesta concreta en este sentido sería construir formas de intervención, tal vez utilizando la guerrilla de la comunicación como ya lo están haciendo algunas compañeras.⁵² Actuar en el campo de los cuidados y el trabajo sexual en alianza con otros grupos de mujeres como pueden ser Las Tejedoras, las empleadas de hogar, las teleoperadoras que conocemos, con la Asamblea Feminista, Hetaira y otros grupos. También, más allá, en los confines europeos: con Maiz, con las mujeres en red que se aglutinan en torno a NextGeneration y, en general, con las mujeres a las que nos hemos ido acercando y con las que podamos llegar a confluir. Nuestra deriva de búsqueda de empleo por las grandes cadenas en tiempos de guerra, de la que existe una transcripción de viaje, nos dio algunas pistas en un terreno tan inexplorado como las entrevistas de trabajo o los filtros de selección de personal en las ofertas de empleo.⁵³ Nuestra puesta de largo de la mano del dispositivo insuficientemente móvil contra la lógica de la guerra de la *Operación Rosa* también hizo lo suyo.⁵⁴

Así, por lo pronto, detectamos tres tipos de conflictos latentes (o que se dan de forma invisible no organizada): (1) el absentismo generalizado en los trabajos no profesionales (*telemarketing*, servicios al consumo en grandes cadenas, etc.), (2) la exigencia de otros contenidos, otros fines y otras formas de organizar la actividad en los trabajos profesionales (comunicación, sanidad...) y (3) la exigencia de reconocimiento en los trabajos tradicionalmente desconsiderados (trabajo doméstico, trabajo sexual). Hay que tener asimismo en cuenta la hibridación de estos tipos e inspirarse, tal y como hicieron las teleoperadoras o tal y como apuntan algunas insubordinadas en la comunicación,⁵⁵ de las propias fuentes, recursos, modalidades y oportunidades que nos brinda la acción de indagar sobre la naturaleza misma de los distintos trabajos, sus puntos fuertes y débiles, sus conexiones comunes en una política personal de la ciudad(anía).

Otra propuesta gira en torno a la idea de construir un *MayDay* del precariado social en Madrid, es decir, un momento de irrupción en las calles de Madrid aprovechando el peso simbólico del 1 de mayo, pero dirigido a reapropiarnos de él, trabajado en común con todos los grupos de Madrid que en este momento intentan pensar y actuar desde y contra la precariedad y pensado como forma de expresión de todas esas trabajadoras atípicas, semitrabajadoras y no trabajadoras que, a pesar de todo, tejemos cada día la riqueza social.⁵⁶ Algunas iniciativas en este sentido ya se han producido en nuestro entorno más inmediato, aunque, la verdad, no siempre con buenos resultados.⁵⁷



En sexto lugar, nos empezamos a enfrentar de forma consciente a la necesidad de movilizar *recursos económicos e infraestructuras comunes*. Queremos liberar, tal y como hacen los partidos: liberar de la extranjería y liberar de la precariedad. Para ello podemos montar una agencia matrimonial... Podemos desobedecer, falsificar, piratear, acoger y todo lo que se nos ocurra. De todos modos, tanto la propuesta del Laboratorio como otras muchas que podamos acometer pasan por el dinero y el dinero, ya se sabe. No nos gustaría devenir *star systems* y andar de aquí para allá sin poder desarrollar las redes locales que tanto necesitamos o caer en la dependencia de la subvención. En fin, que estamos dando vueltas a todo esto al grito de ¡Pasta ya!

Los recursos, como vamos entendiendo, son igualmente inmateriales y afectivos. Nuestra apuesta es la de construir el *procomún*. Para ello, es preciso colectivizar el conocimiento y las redes frente a la rentabilización individual y bien cercada a la que tan bien nos han acostumbrado las agencias intelectuales y empresariales de la *ciudad del renombre*.

Y ya para acabar. Unas cosas nos llevaron a otras: las derivas a más derivas, a talleres y miles de diálogos y debates, a la manifestación y las grandes superficies, a la posibilidad de acumular (más allá de la política de los gestos, también de los gestos cotidianos) densidad, historia, vínculo, narración, territorio... y en esas andamos.

nosotros los de Telemadrid, os decimos dónde estamos para los telediarios y vosotros vais detrás y os ponéis con las pancartas, y la gente: um, no sé...Nada, un desastre.» [Deriva con trabajadoras de la comunicación, tercera parada]. Sobre este conflicto: acp.sindominio.net/article.pl?sid=03/05/27/1839230&mode=thread&threshold=0

⁵⁶ Esta idea ya ha tenido una concreción en otros lugares; por ejemplo, en Italia; <http://www.chainworkers.org/chainw/mayday003/autonomo.htm>

⁵⁷ Nos referimos, entre otras cosas, a la acción de octubre de 2002 en una iglesia del centro de Madrid; véase <http://acp.sindominio.net/article.pl?sid=02/10/07/1533210&mode=thread>.



